

EL DESARROLLO COMO DISCURSO Y EL CRECIMIENTO COMO MITO

Repensando el desarrollo, explorando el postdesarrollo

JUAN MASULLO JIMÉNEZ

TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE SOCIÓLOGO

DIRECTOR DE TESIS

OLGA LUCÍA CASTILLO OSPINA

Doctora en Estudios del Desarrollo, Cardiff University

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA

BOGOTÁ D.C.

2010

Agradecimiento

El lector tiene en sus manos el resultado de un proceso de investigación del que hizo parte, de diferentes e importantes maneras, distintas personas. Extenderles un especial agradecimiento es lo mínimo que puedo hacer. A mi familia en Bogotá, Buenos Aires, Paris y Washington, por construir el espacio no físico perfecto para desarrollar mis ideas y dedicarme a esta investigación. Olga Lucia Castillo, por encaminare por la fascinante senda del post-desarrollo y acompañarme en mi andar. Arturo Escobar, por su legado, su obra y por tomarse el tiempo para colaborar en lo que a su alcance estuvo. Jennifer Duarte, por ser central en el equilibrio que guió el proceso. Lucas Sánchez, por las largas y edificantes conversaciones que dieron vida y pulieron muchas ideas y posiciones. Ricardo Barrero, Lina Medina, Natalia Urbano y Samuel Vanegas por ser todos referentes clave en mi formación como sociólogo. Sanho Tree, John Cavanagh y Jorge Restrepo, por permitir que el Institute for Policy Studies y el Centro de Recursos para el Análisis de Conflictos hayan sido parte de este producto.

“The passion of beginning is the pleasure of the end”

“Lo que parece un final del trayecto se debe transmutar en una era fundacional que aporte nuevas ideas y modelos al Estado, la economía y la sociedad del Siglo XXI.”

Un nuevo mundo feliz
Ulrich Beck, 1997

TABLA DE CONTENIDO

1. EL DESARROLLO COMO DISCURSO: formaciones discursivas y deconstrucción.....	6
1.1 Introducción.....	6
1.2 Marco Conceptual y Diseño Metodológico: El post-estructuralismo como enfoque y clave metodológica.	8
1.2.1 Desarrollo y Postestructuralismo.....	11
1.2.2 Metodología.....	20
2. EMERGENCIA, INSTITUCIONALIZACIÓN Y PROFESIONALIZACIÓN DEL DISURSO DEL DESARROLLO	21
2.1 Segunda Postguerra: contexto de emergencia	21
2.2 Profesionalización e institucionalización del desarrollo como crecimiento económico	26
2.2.1 Primeras y más influyentes aproximaciones teóricas	30
2.2.2 Nexos: Evolucionismo y Teoría de la Modernización	33
3. DESARROLLO, NEOLIBERALISMO Y CRECIMIENTO ECONÓMICO	40
3.1 Breve discusión en torno a las propuestas alternativas de desarrollo.....	41
3.2 Desarrollo, neoliberalismo y la obsesión por el crecimiento.....	46
4. EL MITO DEL CRECIMIENTO ECONÓMICO.....	57
4.1 Tres falacias del crecimiento económico	60
4.1.1 La falacia del crecimiento como distribución.....	61
4.1.2 La falacia del crecimiento como reducción de la pobreza.....	65
4.1.3 La falacia del crecimiento como empleo.....	70
4.2 En síntesis.....	75

- 5. CONCLUSIONES: EXPLORANDO EL POSTDESAROLLO 78
 - 5.1 Entreviendo una era post-desarrollo: Desarrollo alternativo Vs. Alternativas al desarrollo 83
 - 5.2 Nuevos escenarios y los límites del postdesarrollo 85

- 6. BIBLIOGRAFÍA..... 89

- 7. ANEXOS..... 100

EL DESARROLLO COMO DISCURSO Y EL CRECIMIENTO COMO MITO

Repensando el desarrollo, explorando el postdesarrollo¹

“Enfrentar las limitaciones del desarrollo actual como la búsqueda de alternativas no es una tarea sencilla. La mayor parte de las personas creen sinceramente en los sueños que alienta ese concepto [...] Los medios de comunicación alientan esos sueños y los políticos los repiten en sus discursos. Desde la academia convencional se insiste una y otra vez que debemos marchar al ritmo del progreso económico; se pueden discutir los instrumentos y los medios que sustentan el progreso, pero la esencia de esa idea no la ponen en duda. Los académicos y los políticos apenas discuten sobre la cómo aplicar esas recetas de la manera más eficiente o más veloz.”

Eduardo Gudynas, 2009

1. EL DESARROLLO COMO DISCURSO: formaciones discursivas y deconstrucción

“The white man takes his own mythology, Indo European mythology, his own logos, that is, the mythos of his idiom, for the universal form of that he must still wish to call Reason”

Jaques Derrida, 1971

1.1 Introducción

La presente investigación profundiza principalmente en dos temáticas que si bien están íntimamente relacionadas y usualmente se las percibe y aborda como sinónimos, son diferentes: desarrollo y crecimiento económico. Se inscribe así en el campo de Estudios sobre el Desarrollo que empezó a tomar fuerza teórica e incidencia política primordialmente a partir de los años 50. La forma particular en la que se aborda y se entiende el desarrollo conduce a tratar otras tres temáticas también estrechamente relacionadas: las formaciones discursivas, la deconstrucción y

¹ La presente monografía hace parte de un proceso investigativo de casi tres años en los que el autor, junto con la directora y el apoyo de estudiantes y profesores de fuera y dentro de la Pontificia Universidad Javeriana, han elaborado diferentes productos. Entre estos está la tesis de grado con la que el autor obtuvo el título, con los más altos honores, de politólogo en la Pontificia Universidad Javeriana. La presente monografía tomó como base ese trabajo y constituye una profundización y avance.

el post-desarrollo. Dado esto, el enfoque seleccionado para llevar a cabo la investigación es el post-estructuralismo y así, el marco conceptual incluye, además de dos conceptos centrales de este enfoque –*formaciones discursivas* de Michel Foucault (1968, 1972, 1973, 1980, 1991a, 1991b) y *deconstrucción* de Jaques Derrida (1975, 1978, 1981, 1989, 1990)²-, conceptos y principios teóricos medulares del post-desarrollo³ contenidos principalmente en las siguientes cuatro obras especialmente representativas: *The Development Dictionary: a guide to knowledge as power* editado por Wolfgang Sachs (1992); *La invención del Tercer Mundo, construcción y deconstrucción del desarrollo* de Arturo Escobar (1995); *The Post-development Reader* editado por Majid Rahnema y Victoria Bawtree (1997); y *The History of Development from Western Origins to Global Faith* de Gilbert Rist (2004)⁴.

El análisis acá contenido busca aportar a la deconstrucción del discurso del desarrollo por la vía del crecimiento económico. De esta manera, no sólo se está reconociendo la existencia de otras posibles vías para apostarle a esta tarea⁵, sino también resaltando que crecimiento económico y desarrollo son conceptos diferentes. Hecha esta aclaración, el objetivo principal de esta monografía es establecer una crítica al crecimiento económico como aspecto estructural del discurso del desarrollo y como vehículo para alcanzar la satisfacción de “necesidades básicas” y más altos “estándares de vida” de una porción mayoritaria de los pobladores de lo que fue llamado el “Tercer Mundo”⁶. Para ello se buscará responder la siguiente pregunta de investigación: En medio del contexto actual, delineado por la apertura de mercados y la liberalización, *¿Se traduce el crecimiento económico en mejoras sociales que aportan al*

² Más adelante en este capítulo se expondrá la manera en que estas nociones se aplican concretamente al discurso del desarrollo para efectos de esta investigación. Para profundizar en estas, al margen del tema del desarrollo, recomiendo ver: Foucault (1972, 1973, 1980, 1991a, 1991b), Derrida (1975, 1978, 1981, 1989, 1990), Perreti (1989, 1998) y Culler (1984)

³ Se reconoce que estos trabajos no representan forzosamente un grupo unificado de pensamiento, tampoco una tendencia teórica del todo definida a partir de la que se pueda hablar de una corriente de pensamiento instituida o una teoría como tal. Sin embargo, en sus análisis, es posible identificar fundamentos teóricos y metodológicos afines, preocupaciones similares, así como formas y estrategias compartidas para dar cuenta y aproximarse a dichas preocupaciones.

⁴ Todas las citas y referencias tomadas de textos revisados y analizados en inglés (ver Bibliografía) han sido cuidadosamente traducidas por el autor.

⁵ Otras posibles vías por las que diferentes autores representantes del postdesarrollo han realizado críticas al discurso y han procurado, implícita o explícitamente, apostarle a su deconstrucción son: el reconocimiento de “otras sociedades” y su derecho a tener sus propios principios de organización social; el reconocimiento de las prácticas transformadoras de los movimientos sociales del “Tercer Mundo”; el reconocimiento de la imposibilidad material de tener un mundo en el que todos los países sean “desarrollados” según el modelo de los países de occidente enfatizando en la imposibilidad biofísica; el reconocimiento de una imposibilidad social que se refleja en la manera en que la acumulación y el acaparamiento característico de los países “desarrollados” profundiza las relaciones basadas en la competencia y mina las actitudes solidarias y cooperativas; entre otros.

⁶ Se usan estos tres términos entre comillas ya que la generación, uso y carga ideológica de los mismos, hace también parte estructural del discurso del desarrollo y de las prácticas que de este se deriva.

*alcance de un estado en el que la mayoría de las personas del llamado “Tercer Mundo” satisfacen sus “necesidades básicas” y logran elevar sus “estándares de vida”, tal y como lo ha promulgado el discurso del desarrollo?*⁷

Para llegar a una posible respuesta se buscará cumplir con los siguientes objetivos específicos en cada uno de los capítulos que componen esta monografía. En el presente capítulo se expondrá, con la intención de dar a conocer el marco conceptual y el diseño metodológico sobre el que descansa la investigación, la manera en que el post-estructuralismo es utilizado para abordar el tema concreto del desarrollo. Ese ejercicio estará compuesto por dos tareas: (a) explicar de qué manera se entiende el desarrollo como una formación discursiva; y (b) explicar en qué consiste la estrategia de la deconstrucción y de qué manera es utilizada en este discurso en particular. En el segundo capítulo, se describirán analíticamente los principales elementos que componen el discurso del desarrollo, así como su indisoluble relación con el crecimiento económico. De manera general se mostrará también la íntima relación que el discurso del desarrollo mantiene con el Evolucionismo y la Teoría de la Modernización, sobre todo en sus primeros años de formación discursiva. Revelar estos nexos, así sea de forma general, resulta clave para emprender una crítica como la que se pretende en este escrito. En el tercer capítulo se expondrá cómo el modelo neoliberal revitaliza y refuerza la sinonimia que desde los años 50 se planteó entre desarrollo y crecimiento económico, reforzando de manera significativa el discurso y las prácticas alrededor del desarrollo. En el cuarto capítulo se buscará desmitificar lo que llamo el ‘mito del crecimiento’ revelando tres de sus falacias: (i) el crecimiento como distribución, (ii) el crecimiento como reducción de la pobreza, (iii) el crecimiento como empleo. En un último capítulo se presentarán algunas conclusiones finales que recogen las reflexiones contenidas a lo largo del análisis, presentando también algunos de los rasgos característicos del postdesarrollo que resultaron centrales para la elaboración de esta investigación.

1.2 Marco Conceptual y Diseño Metodológico: El post-estructuralismo como enfoque y clave metodológica.

⁷ Si bien se plantea una pregunta cerrada con la intención de proporcionar una respuesta puntual, el desarrollo de los objetivos planteados y el análisis realizado, no se limitan a responder la pregunta. Detrás de este ejercicio puntual, tal y como lo propone el subtítulo, hay una intención de repensar radicalmente el desarrollo y de explorar y aportar al avance de lo que se conoce como postdesarrollo. Claro es que ninguna de estas dos tareas a las que esta monografía pretende aportar se agotan en el tema puntual del crecimiento económico.

El presente análisis se enmarca dentro del campo de estudios sobre el desarrollo que durante más de cinco décadas ha sido de especial interés para las ciencias sociales, en particular para la sociología y la antropología. Tomando algunos elementos de la ‘Geografía del Desarrollo’ de Peet y Hartwick (1999) y siguiendo fundamentalmente a Escobar (2005), la trayectoria de este campo puede dividirse, con fines analíticos, en tres grandes momentos que corresponden a tres orientaciones teóricas contrastantes⁸: (1) En las décadas del 50 y el 60, bajo el enfoque liberal y marcado, desde el campo de la economía, por la propuesta de desarrollo como crecimiento económico y, desde la sociología, por la Teoría de la Modernización en su acepción clásica. (2) En las décadas del 60 y 70, bajo un enfoque principalmente de corte marxista-estructuralista y de orientación especialmente sociológica, marcado primordialmente por la Teoría de la Dependencia y un poco después por la Teoría del Sistema Mundo. (3) A partir de la segunda mitad de la década del 80, tomando especial fuerza en la del 90 y aún hoy en constante construcción, bajo el enfoque post-estructuralista y adelantado principalmente desde las disciplina de la antropología y la sociología, marcado por una serie de aproximaciones crítico-culturales que lejos de proponer una versión de desarrollo ‘más refinada’, cuestionan el concepto mismo de desarrollo⁹.

Hablar de tres momentos en los que diferentes orientaciones teóricas se suceden y ubicarlas en periodos de tiempo específicos no quiere decir que el surgimiento o existencia de una sepulte a la otra, ni que en su momento cada una goce de plena exclusividad. Sencillamente ese periodo, hasta cierto punto, fue el contexto de emergencia en el que se hicieron escuchar con más fuerza y cobraron especial importancia teórica, en algunos casos, política. Una vez emergen, empiezan a ganar adeptos, y aunque con importancia relativa e intensidades distintas, coexisten con las

⁸ Esta clasificación no desconoce la existencia de matices y diferencias importantes entre las propuestas que surgen desde enfoques, paradigmas y teorías similares. Se opta por esta clasificación con objeto de organizar la multiplicidad de trabajos que a lo largo de las décadas se han elaborado dentro de este campo de estudios y así ubicar el presente trabajo a lo largo de esta trayectoria. Esta clasificación bebe principalmente de A. Escobar, una de las principales voces que dan forma a la ‘corriente’ del post-desarrollo y es utilizada, con fines analíticos, por otras voces importantes de esta corriente -ver Rahnema y Bawtree (1997). Para una descripción cronológica más detallada, que deviene en múltiples matices, de las diferentes corrientes y propuestas centrales en este campo de estudios esencialmente en los dos primeros momentos señalados, recomiendo ver Leys (1996) pp. 3 – 18.

⁹ Para ser consistentes con el trabajo de Peet y Hartwick (1999), es importante aclarar que los autores dividen el primero momento en dos: *teorías económicas del desarrollo como crecimiento* y *teorías sociológicas de la modernización*; y a la hora de presentar su propuesta teórica construyen un tercer momento que denominan *Modernismo crítico, democracia radical y desarrollo*. La primera distinción si bien es válida no resulta determinante para este análisis pues lo que acá nos interesa, más que la orientación disciplinar de la propuesta es la sinonimia planteada entre crecimiento económico y desarrollo. Respecto a la propuesta teórica de los autores, se tendrán en cuenta algunos de los elementos de la propuesta pero no se incluirá como parte del tercer momento fundamentalmente porque se aleja radicalmente de la crítica cultural posestructuralista al abogar por un refinamiento del desarrollo.

demás. Muestra contundente de ello es que hoy es posible encontrar, tanto en el espectro teórico como en el práctico, aproximaciones al tema del desarrollo que defienden argumentos muy cercanos a los acuñados por la Teoría de la Modernización y en especial a la propuesta de desarrollo como crecimiento económico promovida en los años 50, aproximaciones que gozan de legitimidad en espacios académicos y en círculos de toma de decisión y elaboración de políticas públicas. De la misma manera, aunque principalmente en el campo teórico, es posible ver, especialmente en la década del 90, esfuerzos que buscan profundizar y “actualizar” los principales preceptos de la Teoría de la Dependencia¹⁰, así como apuestas que retoman críticas marxistas/neo-marxistas y posestructuralistas para construir nuevas formas de aproximarse al desarrollo¹¹.

Una contundente crítica al concepto mismo de desarrollo, en la acepción particular que adquiere en la década del 50 y en las formas que esta va tomando con el paso del tiempo, es transversal a este trabajo. A través de una aproximación crítica al tema del crecimiento económico se pretende aportar a la tarea de deconstruir una idea que desde hace décadas hace parte de nuestros imaginarios y que hoy descansa enraizada en nuestro sentido común como algo positivo, necesario, deseable, alcanzable y que en cierta medida no acepta disputa. En este sentido este análisis se ubica en el momento tres de los señalados anteriormente y se une a una serie de trabajos que desde hace un par de décadas están dando forma al post-desarrollo.

Por último, resulta importante explicitar la delimitación temporal que se establece para la presente investigación. En tanto en el capítulo tercero se sostiene y se sustenta que el llamado neoliberalismo revitaliza la sinonimia entre desarrollo y crecimiento económico establecida en los primeros años de formación discursiva, este análisis se moverá fundamentalmente entre la década del 50 y parte de la del 60 (primeros años de formación discursiva del desarrollo) y los años en los que el modelo neoliberal se hace hegemónico en los países del “Tercer Mundo”¹². En este sentido se deja de lado un análisis en profundidad de las elaboraciones teórico-prácticas que

¹⁰ Para profundizar en este punto recomiendo en particular ver Leys (1996) pp. 31 – 36.

¹¹ Para profundizar en esta apuesta recomiendo ver Peet y Hartwick (1999) pp. 195 - 210

¹² Se reconoce que, encarnada en personajes como Margaret Thatcher y Ronald Reagan, la hegemonía del neoliberalismo comienza a finales de la década del 70 y principios de la del 80. No obstante el énfasis analítico de esta investigación está en los años en que este modelo se hace dominante en el “Tercer Mundo”, que exceptuando el caso prematuro de Chile, tiene lugar a partir de la segunda mitad de los 80 tomando especial relevancia en la época que se abrió con el Consenso de Washington (1989 - 1990).

se realizaron en el campo de estudios del desarrollo durante parte de los 60, los 70 y parte de los 80; aportes que se hicieron principalmente desde enfoques y modelos cercanos al marxismo, al estructuralismo, a la Teoría de la Dependencia, al estatismo y a lo que se conoce como el modelo Cepalino, y que sin duda dinamizaron el debate en torno a sus teorías y modelos.

1.2.1 Desarrollo y Postestructuralismo

El señalar que esta investigación se enmarca en el tercer momento señalado conlleva a responder la pregunta por la manera en que el análisis es efectivamente abordado con el lente del post-estructuralismo. Siguiendo a los principales exponentes del postdesarrollo, en particular a Rist (2004) y Escobar (2005), es válido señalar que la forma en la que este trabajo se aproxima al tema del desarrollo comparte por lo menos los siguientes siete elementos fundamentales propios de una aproximación post-estructuralista.

- (1) Se entiende el desarrollo como un discurso que se forma en la segunda post-guerra, identificando las palabras inaugurales del presidente Harry S. Truman como uno de los hitos de emergencia y como el momento en el que abiertamente se llevó el concepto a un nivel político. En este sentido se entiende el desarrollo como una construcción social con una historia política y cultural particular que toma forma en medio de un contexto geopolítico determinado.
- (2) Se utiliza el lenguaje político-cultural del discurso del desarrollo para criticar a la vez aspectos cruciales de la modernidad al considerarlo una estrategia de poder y control social moderno.
- (3) Se resalta que el discurso ha estado acompañado, y en gran medida sostenido, en un extenso aparato institucional que le ha permitido convertirse en fuerza social real, efectiva y transformadora.
- (4) Se resalta un la existencia de un proceso de profesionalización de los problemas de desarrollo que ha puesto al servicio del discurso y prácticas del desarrollo un conjunto de conocimientos especializados encargados de construir una estructura teórica sólida, así

como campos de estudio consagrados a la identificación de problemas y estrategias para solucionar las patologías de un recién conceptualizado ‘mundo subdesarrollado’.

(5) Se concibe críticamente el discurso del desarrollo como discurso homogenizante, universalizante y así, profundamente excluyente.

(6) Se identifica al crecimiento económico como *concepto clave* y *vehículo* de desarrollo, apareciendo así como uno de los ejes centrales en los que el análisis crítico ha de poner el acento¹³.

(7) Al buscar desmontar el ‘mito del crecimiento’ se establece una crítica al desarrollo sin pretensión alguna por refinar o perfeccionar la idea misma del desarrollo

En síntesis, este análisis presenta la manera en la que el crecimiento económico se erige como un aspecto fundamental tanto en la *institucionalización* como en la *profesionalización* del desarrollo (Escobar 1988, 1995, 1997), imponiéndose como meta a alcanzar con el *Producto Interno Bruto* como criterio de medición. Esta lógica está ligada a la imposición de las sociedades desarrolladas e industrializadas como modelo a seguir y conlleva a silenciar y excluir múltiples voces vernáculas, así como diversas propuestas en términos de sus conocimientos, sus formas de analizar y entender su presente y de ponderar su futuro. De esta manera, en este trabajo, al identificar el crecimiento como uno de los ejes centrales y conductores del discurso del desarrollo desde su ‘invención’ y apostarle a sacar a la luz algunos de los mitos que se han construido en torno a este, se busca aportar a la deconstrucción de la noción de desarrollo en sí misma. No subyace una intención de alcanzar una conceptualización verdadera y efectiva del concepto de desarrollo, sino atacar precisamente la forma en que se ha venido conceptualizado por largos años, la obsesión por hacerlo y las implicaciones que esto ha tenido en el transcurrir de nuestras sociedades. En este sentido, el objetivo de esta investigación no sólo es conducido a la luz de dos elementos característicos del postestructuralismo (las formaciones discursivas y la deconstrucción), sino también es congruente con la crítica-cultural que desde este enfoque se ha establecido a este y otros más productos de la modernidad.

¹³ La importancia del crecimiento económico en la ‘corriente’ del post-desarrollo queda expresada con claridad en sus estudios más representativos. Ver por ejemplo: “conceptos clave del discurso del desarrollo” en Sachs (1992); y “vehículos del desarrollo” en Rahnama y Baetree (1997).

El desarrollo como formación discursiva.

El entendimiento del desarrollo como discurso histórico, adoptado y propuesto en este escrito bebe, por un lado, de los estudios de Foucault (1968, 1972, 1973, 1980, 1991a, 1991b) en torno a las formaciones discursivas, y por el otro, de la aplicación de estos al tema concreto del desarrollo que hacen principalmente Escobar (1988, 1995, 1997, 2005) y DeBois (1991). Para este efecto, se tienen en cuenta a su vez otros autores centrales en la ‘corriente’ de post-desarrollo, fundamentalmente Wolfgang Sachs (1992, 1997), Gilbert Rist (2002). Majid Rahnema y Victoria Bawtree (1997), y Gustavo Esteva (1992)¹⁴.

Un discurso, como punto de partida, puede entenderse como una serie de enunciados y declaraciones, cuidadosamente organizadas y racionalizadas (*serious speech acts*), construidas por sujetos validados como expertos que se mueven en medio de los vínculos entre la ciencia (conocimiento) y el poder, y que por lo tanto conllevan procedimientos igualmente validados (Foucault, 1973). El encuentro de un conjunto de prácticas discursivas en un mismo periodo de tiempo, como el acaecido en torno al desarrollo a partir de la del 50, construye sistemas formalizados de conocimiento (formaciones discursivas) con sistemas internos de reglas que determinan lo que se puede decir de un objeto determinado, del *objeto del discurso*, en este caso, el desarrollo.

Plantear el desarrollo como un discurso lleva entonces a concentrar la atención, no sólo en la estructura formal y semántica del discurso y en sus leyes de construcción, sino también en las reglas y condiciones que gobiernan su existencia. Esto permite entender, consistente con la metodología de análisis crítico del discurso social, que el discurso “[...] como acción social ocurre en un marco de comprensión, comunicación e interacción que a su vez es parte de estructuras y procesos socio-culturales más amplios.” (Silva, 2002: *versión en línea*)

¹⁴ Al respecto, el artículo de Wolfgang Sachs (1997), *The Archeology of the Idea of Development*, resulta bastante especial si se tiene en cuenta que Foucault señala que al analizar los discursos lo que él hace “[...] no es una formalización ni una exégesis, pero sí una arqueología.”, es decir, el estudio del “[...] conjunto de reglas que en un determinado periodo y para una sociedad dada definieron [...]” (Foucault, 1991: 59 – 60) los límites y las formas de lo decible, de conservación, de memoria, de reactivación y de apropiación. La intención de Sachs de hacer una *arqueología de la idea del desarrollo* es sin duda congruente con la exposición que Foucault hace de las formaciones discursivas y de la manera en que estas se analizan.

Teniendo en cuenta esto, en el siguiente capítulo se identificarán, para el caso del desarrollo, lo que Foucault (1972) llama las *condiciones de existencia*, ya que en estas, específicamente en las relaciones particulares que se establecen entre estas, es posible designar la emergencia de un *objeto de discurso*, la *formación discursiva* en torno a este y la constitución de un *campo discursivo*. Precisamente es este campo el que determina las condiciones de existencia del discurso, establece límites y correlaciones con otras declaraciones, a la vez que determina formas de declaración excluidas del campo/espacio del discurso.

Si bien estas relaciones establecidas entre las diversas condiciones de existencia no definen la constitución interna del discurso ni su estructura semántica, sí posibilitan su aparición en determinado momento histórico, su interrelación con otros objetos, la definición de su especificidad y diferencia (frente a otros objetos así como frente a entendimientos y usos pasados de objeto mismo), así como la dilucidación de su heterogeneidad, irreductibilidad y complejidad. Es de esta manera que es posible señalar que el desarrollo, como objeto de discurso, “[...] no preexistía en sí mismo, obstruido por algún obstáculo al borde de la luz. Existía bajo las condiciones positivas de un complejo grupo de relaciones.” (Foucault, 1972: 25)

Un discurso estructurado e inmerso dentro de un entramado de relaciones sólidamente entrelazadas da lugar a un proceso en el que una realidad social particular es construida. Concebir al desarrollo como discurso es proponer de entrada que el desarrollo, específicamente en la acepción que tomó en la inmediata segunda post-guerra, creó un espacio con límites definidos – una realidad social de escala global- dentro del que sólo determinadas cosas pueden ser dichas, pensadas e incluso imaginadas; en palabras de Foucault (1991), creó *los límites y formas de lo decible*. De esta manera se entiende, como punto de partida para este análisis, al desarrollo como el resultado de un gran entramado compuesto por diversos elementos que se interrelacionan entre sí de tal manera que dan vida a una ‘nueva realidad’.

De este entramado, resulta pertinente destacar los siguientes elementos en diferentes planos del múltiple entramado de la formación discursiva del desarrollo:

Político-económico: la urgencia de emprender un decidido proceso de formación de capital, proceso que acarrea consigo otra serie de elementos como la tecnología, los recursos – incluida la población-, la política monetaria y fiscal, y como no, el crecimiento económico.

Cultural: la fe en la razón, la ciencia y el progreso, la necesidad de adoptar el tipo de educación y los valores “occidentales” modernos. *Institucional*: la creación de un complejo institucional sólido y mundialmente legítimo que promociona, financia y apoya todo el proceso de transformación hacia una meta única y definida. Finalmente, la incorporación de tres premisas básicas íntimamente ligadas entre sí que sirven de ‘paraguas’ y motor de todo este proceso: la modernización, la industrialización y la urbanización.

Sin embargo, la mera existencia de estos elementos no es suficiente para que un discurso cree realidades y de vida a los fenómenos que evoca. El discurso del desarrollo emergió del establecimiento de una serie de relaciones entre todos estos elementos componiendo un todo nuevo que no es identificable ni en cada una de las partes singulares, ni es el resultado de la mera sumatoria de estas. “Fue constituido no por una variedad de posibles objetos bajo su dominio, sino por la forma en que, gracias a un conjunto de relaciones, le fue posible crear sistemáticamente los objetos de los que hablaba, agruparlos y organizarlos de determinada manera, y dotarles de una unidad propia.” (Escobar, 1997: 86 – 87). Dado esto, al aproximarse al desarrollo como una formación discursiva no es viable centrar la atención en uno de los elementos de aquel entramado constitutivo, desligándolo del sistema de relaciones al que pertenece.

Compartiendo esta advertencia, el presente escrito analiza el tema del crecimiento económico como parte de un sistema mayor que permite la creación de objetos y realidades, sistema que le otorga la fuerza de convencimiento de la que hoy aún goza y despierta la fe que en él muchos aún tienen. De esta manera, la investigación, al concentrarse en un aspecto específico inherente al discurso, el crecimiento económico, no deja de lado las regularidades y relaciones identificables en las demás *condiciones de existencia y reglas de formación*¹⁵ que dan vida al espacio discursivo del desarrollo¹⁶.

La sistemática y sólida interrelación de los múltiples elementos involucrados ha concedido que este discurso se adapte a condiciones constantemente cambiantes y sobreviva así a lo largo del tiempo. Ello no quiere decir que el discurso no haya sufrido mutaciones, pero sí que la “[...]”

¹⁵ Ver Anexo # 1: Foucault: el Desarrollo como objeto de discurso.

¹⁶ Esto resulta de especial importancia si se considera que la unidad de un discurso no está asentada en la existencia del objeto de discurso, sino en el juego de reglas que posibilitan la emergencia del objeto en un determinado periodo de tiempo.

arquitectura de la formación discursiva construida en el periodo de 1945-55 ha permanecido intacta, permitiendo que el discurso se adapte a las nuevas condiciones.” (Escobar, 1997: 89)

La aceptación de esta afirmación da sentido a que hoy, casi seis décadas después de la ‘invención’ del discurso, este escrito se concentre en analizar críticamente y buscar caminos para la deconstrucción de este discurso. Sin embargo, no es sólo esta aceptación lo que motiva la realización de este ejercicio, es también el convencimiento que las condiciones actuales, marcadas por los lineamientos de una agenda neoliberal, son favorables al fortalecimiento de este discurso y de muchos de los elementos básicos incorporados desde la década del 50.

El espacio creado por el discurso del desarrollo acepta modificaciones, es dinámico y flexible frente a cambios contextuales, se apropia de la crítica y sobrevive a ella. No obstante, como lo apunta Rist (2004), hay algo que no acepta disputa: el “núcleo duro” sobre el que se sostiene el discurso, el concepto como tal y sus aspectos estructurantes como el crecimiento económico.

En su más reciente obra, *Unjust Deserts* (2009), Alperovitz y Daly señalan que si bien el escepticismo postmoderno ha enseñado a ser cautelosos frente a las grandes narrativas y afirmaciones objetivas, el “[...] crecimiento económico moderno, sin embargo, es el área en la que ese escepticismo simplemente no aplica.” (Alperovitz y Daly, 2009: 19). Esta investigación apunta precisamente a esa área a la que según ellos el escepticismo, o en otras palabras, la crítica cultural, no llega. Aproximándose al desarrollo como formación discursiva y cuestionando decididamente el concepto en sí mismo, este análisis se concentra en un aspecto estructurante de ese “núcleo duro”: el crecimiento económico.

Dicho esto, el trabajo de Foucault se considera apropiado para aproximarse a este tema fundamentalmente porque permite penetrar la racionalidad del desarrollo como fuerza coercitiva que opera no sólo desde las instituciones (institucionalización) y programas de estudios del desarrollo (profesionalización), sino también, en su relación poder-verdad-conocimiento, desde las mentes de las personas. La obra de Foucault posibilita así la construcción tanto de una arqueología, como de una genealogía del discurso del desarrollo en la que se diagnostican las relaciones políticas, geopolíticas, culturales y sociales de poder y conocimiento que están en el seno del constructo social que es el desarrollo. “La genealogía le apuesta al redescubrimiento y reconstrucción de lo olvidado, una tarea que no es posible a menos que primero se elimine la

tiranía de los discursos globalizados. Las genealogías son entonces, anti-ciencias, no necesariamente en oposición a los conceptos científicos, pero sí a los efectos de los discursos científicos organizados vinculados a los sistemas de poder centralizados.” (Peet y Hartwick¹⁷, 1999: 131)

La aproximación al desarrollo como discurso que se hace en este trabajo es, precisamente, una oposición a los efectos de un discurso que logró vincularse a los círculos de poder al institucionalizarse y profesionalizarse, deviniendo en una fuerza real coercitiva en las mentes de las personas.

La estrategia de la deconstrucción.

Aplicar la deconstrucción a este tema es sacar a la luz lo que está oculto tras el discurso del desarrollo, del concepto mismo y de los múltiples contextos en el que se le usa, señalando sus principales consecuencias e implicaciones y tomando partido frente al proceso. Es, en palabras de Escobar, “[...] poner de manifiesto el carácter arbitrario de los conceptos, su especificidad cultural e histórica, y los peligros que su uso representa en el contexto del Tercer Mundo.” (Escobar, 1995: 36). A la luz de esto, la presente investigación busca asumir, mediante la deconstrucción, una tarea que en 1997 ya proponía Sachs: mover de lado las ruinas del monumento dominante del desarrollo y abrir paso para descubrir nuevas tierras. Aportar a la deconstrucción del discurso del desarrollo por la vía del crecimiento es proponerse mover del camino las ruinas de este edificio alguna vez dominante para así abrir las puertas de una nueva era en la que sea posible visionar alternativas reales.

La deconstrucción se entiende como una *estrategia* de lectura del discurso del desarrollo, no como un *método* para analizarlo. Derrida aclara que la deconstrucción no es un método en tanto esto conduciría a desconocer la singularidad del objeto estudiado. Es decir, un método es una herramienta que se utiliza para aproximarse a cualquier objeto de estudio de la misma manera y siguiendo unas reglas y pasos generalizables. “Por eso, no se debería hablar sin más de *la* deconstrucción *en singular*, sino que habría que hablar de *deconstrucciones en plural*, de

¹⁷ Es necesario señalar que cuando estos dos autores son citados haciendo referencia al posestructuralismo o al postdesarrollo, están sirviendo de voceros de los autores de esta ‘corriente’ presentando los principales elementos de estas propuestas, más no están presentando posiciones y elaboraciones teóricas personales.

deconstrucciones que se inscriben en la singularidad misma de lo deconstruido.” (Peretti, 1998: 3).

En tanto se reconoce la singularidad del discurso del desarrollo (*arqueológicamente* y *genealógicamente* se reconocen sus elementos y relaciones principales, así como el *periodo dado* en el que emerge y la *sociedad dada* a la que dirige), se ‘utiliza’ la deconstrucción, tal y como la entiende Derrida, como un *acontecimiento singular* que exige replanteamientos y reinenciones constantes. Sin embargo, entender la deconstrucción en tanto estrategia y no en tanto método, “[...] no excluye una cierta andadura que es preciso seguir.” (Derrida, 1975: 303). Es decir, el reconocimiento de la singularidad del objeto no impide la existencia de una *estrategia general de la deconstrucción* que en este análisis busca aplicarse.

Algunos elementos que pueden extraerse de esta *estrategia general* y que son asumidos en esta investigación son los siguientes:

El discurso del desarrollo acarrea consigo un sentido teleológico de la historia, planteando inclusive con claridad, como en los estudios de W. W. Rostow, una etapa final a alcanzar. Asimismo el desarrollo y el crecimiento económico son planteados como metas naturales de la historia y su devenir, y el paso (o pasos) hacía su alcance es expresado como continuo y lineal. En este escrito, en consecuencia y congruencia con la *estrategia general de la deconstrucción* (adaptada, recreada e inmersa en el caso singular del desarrollo), se busca rebatir esta interpretación de la historia y mostrar que tanto el desarrollo como la necesidad inaplazable de crecimiento son constructos artificiales; es decir, no son naturales, no son dados y por tanto son sujetos de intervenciones que pueden conducir incluso a su deconstrucción. Este entendimiento permite concebir la historia, tal y como lo plantea Peretti en el capítulo del *Diccionario de Hermenéutica* (1998) consagrado a la deconstrucción, como *diferencial*¹⁸, esto es, no continua ni lineal, en la que el desarrollo y el crecimiento económico aparecen como *efectos de su huella*. La estrategia de la deconstrucción consiste entonces en desmontar cuidadosamente, no destruir sin más, cada una de las piezas sobre las que se sostiene ese discurso. En ese desmonte

¹⁸ En Derrida el uso del término *diferencial* –en el original en francés *la différance*– aplicado al entendimiento de la historia alude también al rescate de la ‘no indiferencia’, es decir, el rechazo a la indiferencia frente a las huellas, quiebres, rupturas que conlleva una aproximación a la historia continua y lineal. Ver principalmente Derrida (1978).

su busca identificar y dar a conocer los *estratos ocultos* constitutivos y las fuerzas que obran tras del él.

Sin entrar a discutir si detrás de este discurso hay o no buenas intenciones y si desde el principio se conocían o no las consecuencias colaterales de una carrera ciega por el crecimiento, la cuestión está en dar a conocer argumentos contundentes que relativizan las bondades ‘indiscutibles’ del crecimiento económico y del desarrollo. Por consiguiente, el objetivo general trazado en este escrito es congruente con la *estrategia general de la deconstrucción* en el sentido en que se busca sacar a flote lo que la historia ha impedido que se conozca, todo aquello que deliberadamente quedó por fuera del *espacio de lo decible*. En palabras de Derrida, deconstruir es desentrañar “[...] lo que ésta historia puede haber ocultado o excluido, constituyéndose como historia a través de esta represión en la que encuentra un reto” (Derrida, 1981:15)

En síntesis, las siguientes palabras de Peretti señalan con claridad la manera en que acá se asume la *estrategia general de la deconstrucción* para establecer una crítica al mito del crecimiento económico como aspecto estructurante del discurso del desarrollo desde una perspectiva postestructuralista:

“[la deconstrucción es] una especie de *palanca de intervención activa*, estratégica y singular, que afecta a [o, como escribe a veces Derrida, «solicita», esto es, conmueve como un todo, hace temblar en su totalidad] la gran arquitectura de la tradición cultural de Occidente (toda esa herencia de la que nosotros, querámoslo o no, somos herederos), en aquellos lugares en que ésta se considera más sólida, en aquellos en los que, por consiguiente, opone mayor resistencia: sus códigos, sus normas, sus modelos, sus valores.” (Perreti, 1998: 2)

En este sentido, el presente escrito se propone analizar, en el siguiente capítulo, aunque de manera general, el discurso del desarrollo de dos maneras fundamentalmente: arqueológicamente, esto es, identificando los principales elementos y relaciones de las estructuras del discurso que hace que este devenga en un todo; y genealógicamente, esto es, identificando como los discursos fueron formados, cuál fue su contexto de emergencia y qué prácticas sociales y relaciones de poder jugaron un rol en este proceso. Hacer esto resulta fundamental para aportar, por la vía del crecimiento, a la deconstrucción del discurso en el sentido en que permite develar, como bien lo anota Derrida (1971), que las relaciones entre la

realidad y la mente no son directas sino históricamente específicas y lingüísticamente mediadas (Derrida, 1971: 212 – 214; Peet y Hartwick, 1999: 124 – 127).

1.2.2 Metodología

Esta investigación, que es esencialmente de corte cualitativo, descansa en un amplio ejercicio de recolección y revisión de contenido bibliográfico especialmente de fuentes secundarias. Esta bibliografía representa un compendio multidisciplinar de fuentes que de alguna manera han hecho aportes concretos al campo de Estudios del Desarrollo. Esta revisión se complementó con bibliografía que se ocupa de la exposición de los conceptos e ideas medulares que se tomaron del enfoque seleccionado para el análisis, el postestructuralismo. Estos conceptos, en concreto las formaciones discursivas principalmente desde la obra de Foucault y la deconstrucción fundamentalmente desde la obra de Derrida, sirvieron de clave metodológica para la aproximación a los dos temas centrales de estudio: el desarrollo y el crecimiento económico.

Finalmente, aunque no todos se citan de manera explícita en el texto, se tuvieron en cuenta algunos elementos característicos de la técnica de análisis crítico –cultural- del discurso social a la luz de aspectos señalados por Wodak (2003), Fairclough (2003), Sánchez (2004), y Silva (2002). Se tuvo en consideración uno de los tres ejes que pueden identificarse en el enfoque histórico del análisis del discurso propuesto por Wodak (2003) y Fairclough (2003): la lectura crítica externa de los textos, ubicados éstos en medio de redes de prácticas y relaciones históricas, sociales, culturales y políticas. Por otra parte, a la luz de la perspectiva de análisis crítico del discurso de Sánchez (2004), se entendió el discurso del desarrollo como constitutivo de ciertas prácticas políticas concretas y como parte integral de eventos –momentos- políticos determinados, tal y como se verá en los capítulos dos y tres. Del estudio que Silva (2002) hace de la perspectiva de análisis crítico del discurso de Van Dijk se entendió este discurso como una acción social que tiene lugar dentro de un marco de comprensión, comunicación e interacción que hace parte de estructuras y procesos socio-culturales más amplios.

2. EMERGENCIA, INSTITUCIONALIZACIÓN Y PROFESIONALIZACIÓN DEL DISURSO DEL DESARROLLO

2.1 Segunda Postguerra: contexto de emergencia

Después de casi veinticinco siglos en los que la filosofía occidental de una u otra manera se ocupó de la interpretación y reinterpretación de la idea de desarrollo¹⁹, esta sufrió una transformación fundamental. El final de la Segunda Guerra Mundial, y en gran medida la reestructuración geopolítica que le siguió, parecen haber trastornado la historia de la construcción social del desarrollo.

El fin de este enfrentamiento bélico trajo consigo serios cambios en la arena geopolítica que resultaron decisivos a la hora de conceptualizar y re-conceptualizar los diferentes componentes políticos, ideológicos, económicos y sociales del sistema internacional. Estos cambios, en gran medida, respondían a la necesidad de los Aliados de una nueva “imagen verbal” de ese nuevo mundo que emergía después de la derrota Nazi (Carrizosa, 2001). Nuevas condiciones históricas de la estructura política y económica mundial empezaron a caracterizar el escenario internacional post-1945. Se creó la Organización de Naciones Unidas como un forma de internacionalismo basado en la promoción de la cooperación y la articulación de nuevos términos de intercambio entre países. Se ‘inventó’ el Tercer Mundo²⁰ y su destino pasó a hacer objeto de discusión y negociación internacional²¹. Así las cosas, pasada la guerra, el mundo no industrializado, más allá de su papel de proveedor de materias primas, en el juego de definir y redefinir el mundo, empezó a jugar un papel decisivo en el régimen de representación geopolítica y geoestratégica mundial.

¹⁹ Para una aproximación a la manera en que se entendió este tema en Aristóteles y la Antigüedad, en San Agustín y la teología de la historia, en Rousseau y la Ilustración, recomiendo ver Rist (2002, 2004) pp. 28 – 43. Para la evolución del concepto, en diálogo con la evolución de las ciencias sociales, recomiendo ver Wallerstein (1984)

²⁰ Siguiendo a Escobar (1995), Arocena (1995) y Platsch (1981), el término “Tercer Mundo” fue acuñado por primera vez por el demógrafo francés, Alfred Sauvy, a comienzos de los años cincuenta para referirse a las áreas pobres y atrasadas del mundo, siendo su uso una analogía del “Tercer Estado” francés. En la nueva configuración geopolítica del sistema internacional que empezaba a configurarse en la segunda post-guerra, el Tercer Mundo representaba a las naciones pobres y no industrializadas, el Segundo a las naciones industrializadas comunistas, y el Primer Mundo a las naciones industrializadas *libres*. Resulta interesante anotar que aún hoy, cinco décadas después y ante la ausencia de lo que era el Segundo Mundo, la analogía sigue utilizándose, representando la configuración de un régimen geopolítico dividido entre Norte y Sur.

²¹ Clara evidencia de ello quedó consagrada en la *Conferencia de Constitución de la Naciones Unidas* en San Francisco, celebrada en 1945.

Sin lugar a duda estas transformaciones no fueron, ni lo son hoy, ajenas al tema del desarrollo; todo lo contrario, su magnitud e implicaciones en múltiples niveles han llevado a que algunos analistas ubiquen la “invención del desarrollo” en el periodo de la inmediata post-guerra. Si bien reconocen que en ese momento no se creó la noción de desarrollo como tal, señalan que sí se ‘inventó’ una muy particular forma de concebirlo. De ahí que Carrizosa afirme que “El auge y uso masivo de la palabra “desarrollo” es relativamente reciente; antes de la Segunda Guerra Mundial se la utilizaba con un sentido muy distinto” (Carrizosa, 2001: 75)”.

De acuerdo con quienes dan vida y promueven la ‘corriente’ del post-desarrollo, la era de la segunda post-guerra dio entonces inicio a la *Era del Desarrollo*. Para esta ‘corriente’, el “Punto IV”²² del discurso inaugural del presidente estadounidense Harry S. Truman representa el hito fundacional de esta nueva era. De este discurso, pronunciado el 20 de enero de 1949, emerge, para quedarse por décadas, una muy singular noción de desarrollo.

En su discurso inaugural el presidente Harry Truman propuso que el mundo entero debe gozar de un ‘acuerdo democrático justo’ a través de la intervención de un todavía joven Tío Sam entusiasmado por resolver los problemas de la pobreza global. Esta “Doctrina Truman” inició una nueva era en el manejo de los asuntos internacionales. (Peet y Hartwick, 1999: 145)

En sus palabras inaugurales, por primera vez, se declaró *subdesarrollado*²³ al hemisferio sur y así, se elevó el nuevo concepto a un nivel político y geoestratégico. Sus palabras rezaron “Hemos de consagrarnos a un nuevo y decidido programa para lograr que los beneficios de nuestro adelanto científico y de nuestro progreso industrial sirvan también de avance y crecimiento del mundo subdesarrollado.” Así, la noción de desarrollo tomó por lo menos dos formas particulares íntimamente relacionadas entre sí: la primera, como herramienta de contención comunista - antídoto a la revolución-; y la segunda, como instrumento al servicio del diseño hegemónico de los Estados Unidos. “Usando por primera vez la palabra ‘subdesarrollo’ en dicho contexto, Truman cambió el significado de desarrollo y creó el emblema, un eufemismo, utilizado de ahí en

²² Ver Anexo # 2: Punto IV del discurso inaugural del Presidente Truman.

²³ El término “subdesarrollo” se le atribuye a Wilfred Benson (1942) y en ese sentido se reconoce que no lo inventó Truman. Lo que se busca resaltar acá es que fue el presidente estadounidense quien lo puso en circulación y lo insertó, abiertamente, en los juegos políticos y de poder a nivel internacional. Vale la pena anotar que si bien en los Propósitos de las Naciones Unidas no aparecía como tal el concepto de subdesarrollo (excepto algunas alusiones marginales en el Capítulo IX), en el mismo año del discurso de Truman, el Departamento de Economía de las Naciones Unidas, en algunos de sus informes, ya hablaba de países subdesarrollados.

adelante para aludir, discreta o inadvertidamente, a la era de la hegemonía americana.” (Esteva, 1992: 6)

La inclusión del adjetivo “subdesarrollado” para referirse a las “regiones económicamente atrasadas” del mundo en las primeras líneas del Punto IV de discurso de Truman y en algunos de los informes del Departamento de Economía de las Naciones Unidas de 1949, estableció una relación entre *desarrollo* y *subdesarrollo* que para entonces era desconocida, modificando sustancialmente el contenido de la idea de desarrollo. Se insertó el desarrollo –y de la mano el subdesarrollo- en un contexto político-económico internacional determinado, en un sistema internacional cruzado por relaciones de poder entre Estados y marcado tanto por una nueva oleada de descolonización en Asia y África, un creciente nacionalismo en América Latina, como por la bipolaridad característica de la naciente Guerra Fría²⁴. El área caracterizada como ‘subdesarrollada’ se convirtió en objeto de tecnologías políticas²⁵ que buscaban la superación de su condición de “atraso”. En medio de la confrontación Occidente/Oriente propia de la Guerra Fría, el “Tercer Mundo” devino en un campo de poder donde se situaron luchas estratégicas de dos bandos sedientos de exportar las cosmovisiones que portaban y defendían. Así, “[...] el desarrollo se convirtió en la gran estrategia para promover tal rivalidad, y al mismo tiempo, impulsar los proyectos de la civilización industrial.” (Escobar, 1995: 75)

De ahí en adelante, las relaciones Norte-Sur²⁶, por mucho tiempo entendidas a la luz de la clave *colonizadores-colonizados*, se empezaron a leer bajo una nueva clave: *desarrollo-subdesarrollo*. Se sugirió, a su vez, algo inédito: la idea de un tipo específico de cambio, provocado deliberadamente, y dirigido hacia una etapa final alcanzable por todos. “Bajo la [nueva] hegemonía del desarrollo, aparatos de producción de conocimiento (el Banco Mundial, agencias

²⁴ El contexto internacional de aquellos años, que en palabras de Foucault (1971) serían las *condiciones históricas que posibilitan la emergencia discursiva*, además de la Guerra Fría y la nueva oleada de descolonización en África y Asia, se caracterizaba por: un creciente nacionalismo latinoamericano, una posición de preeminencia militar y económica de los Estados Unidos, la necesidad de los países industrializados de ampliar sus mercados, el fuerte temor al comunismo por parte de los países del Primer Mundo, el problema de la superpoblación, la fe en la ciencia y la tecnología, el éxito del Plan Marshall, nuevas formas de conocimiento económico, el desarrollo de nuevas áreas de estudio, entre otras. Todos estos elementos, aunque con intensidades variadas, dieron forma al discurso del desarrollo. Para profundizar en estos elementos del contexto histórico recomiendo ver: Hobsbawm (2007) -especialmente los capítulos VIII, IX y XII-; Gendzier (1985); y Chomsky (1987)

²⁵ Es decir, un espacio sujeto a la aplicación constante y mecánica de innovaciones científicas y tecnológicas junto con una serie de mecanismos diseñados, usualmente en el exterior, con la intención de lograr y acelerar la obtención de un resultado que hace parte de un objetivo político predeterminado.

²⁶ La distinción Norte/Sur adquirió mayor fuerza en este contexto como resultado de los cambios geopolíticos que acarreeó consigo la Segunda Guerra mundial. Posteriormente, como resultado del ‘derrumbe’ del Segundo Mundo, ganó aún mayor centralidad en la representación geopolítica el Primer Mundo (como Norte) y Tercer Mundo (como Sur).

de planeación y desarrollo, etc.) establecieron una nueva economía política de la verdad, muy diferente a aquella de la era colonial.” (Peet y Hartwick, 1999: 147)²⁷.

Esta forma nueva economía política mostró el desarrollo como “algo alcanzable” a través de un cambio inducido por una serie de tecnologías políticas puestas a su servicio, le imprimió al desarrollo un carácter mecanicista, como lo señala Antonio García (1972). De esta manera, se incluyó además, como parte de esta vasta metamorfosis, una idea de continuidad entre los dos términos que componen esta nueva clave: entre el subdesarrollo -entendido como un mero estado de carencia- y el desarrollo –definido a la luz de la experiencia de otros- existe una brecha que es posible acortar a través de acciones determinadas. Subdesarrollo y desarrollo no fueron planteados como términos opuestos y/o inversos, no fueron entendidos como dos caras de una misma moneda. Todo lo contrario, el primero se construyó como versión transitoriamente inacabada del segundo, de ahí la idea de continuidad²⁸.

Por último, la idea de subdesarrollo se construyó en función de la pre-existencia de la de desarrollo. Es decir, la condición de subdesarrollo sólo cobró sentido en tanto existía esa otra condición, superior, deseable y alcanzable, que es, el desarrollo. “Articulado alrededor de un constructo ficticio [el “subdesarrollo”], fue producido un discurso que inculcó la necesidad de perseguir este objetivo [acceso a la forma de vida creadas por la civilización industrial].” (Escobar, 1998: 429).

Como es de esperarse, un cambio de tal magnitud y audacia no es neutral ni política, ni económica, ni culturalmente. Este cambio, como se mencionó, está estrechamente ligado a la afirmación del proyecto hegemónico de los Estados Unidos y se inventó al servicio de sus intereses particulares, entre ellos, la contención del avance del comunismo. Siguiendo a Rist (2004) es posible sostener esta afirmación por lo menos a partir de tres elementos, entendidos estos específicamente dentro del contexto de la segunda postguerra:

- (i) De manera consistente con la tradición anticolonialista que los Estados Unidos han defendido desde finales del S. XVIII, la nueva dicotomía (desarrollo/subdesarrollo)

²⁷ Esa nueva economía política es lo que Rahnama (1991), Escobar (1995), Rist (2004), entre otros, han llamado, la economía del desarrollo.

²⁸ Para profundizar en esta idea recomiendo ver Rist (2004) pp. 87 – 90.

desacredita el sistema colonial y justifica el proceso de descolonización. Hablar de unas naciones desarrolladas y otras subdesarrolladas fue una manera de “reconocer” la condición de Estado-nación independiente de los Estados del “Tercer Mundo”. Identificarlos como merecedores de ayuda, y señalar la necesidad y posibilidad de que se desarrollen, fue una manera de “reconocerlos” más allá de su papel de proveedores de materias primas, agrietando así con el histórico esquema metrópoli/colonia;

- (ii) La dicotomía plantea una diferencia entre las distintas partes del mundo en la que una parte desarrollada goza de riqueza y prosperidad y la otra, subdesarrollada, es presa de la carencia manifiesta en el hambre, la pobreza y el estancamiento. Frente a esta situación resulta inaceptable no hacer nada, por lo tanto se justifica una necesaria y urgente intervención cuya batuta la iba a tomar los Estados Unidos;
- (iii) Se encuentra en el desarrollo una forma propicia para proyectar y exportar el modelo defendido por los Estados Unidos que, en nombre de la prosperidad y la felicidad, y apoyada en indicadores macroeconómicos, se muestra al margen de la disputa ideológica de la Guerra Fría.

Para entender estos tres elementos en su real dimensión, resulta importante tener presente la posición que alcanzó Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial en el concierto de las naciones. Además de estar en el bando de los “vencedores”, se instituyó, aunque no libre de cuestionamientos y amenazas (esencialmente por el bloque socialista), como la principal potencia militar y económica del globo. Así, hasta cierto punto, puso bajo su tutela a los demás países de Occidente, muchos de ellos devastados por la guerra y necesitados de ayuda²⁹. Así se proyectó ante el mundo entero como la gran hegemonía del sistema internacional capitalista, cuyos principios, especialmente en materia macroeconómica, estuvieron auspiciados por el

²⁹ En gran medida esta ayuda provino de los mismo Estados Unidos. Esto se hizo claramente manifiesto en el denominado *Plan Marshall* o *European Recovery Program* (nombre oficial) aprobado por el Congreso de los Estados Unidos en 1948. Fue una estrategia diseñada por el *Departamento de Estado* de los Estados Unidos para reconstruir los países europeos y revitalizar su economía después de la Segunda Guerra Mundial a través de un programa masivo de ayuda económica. Se buscaba también detener de paso el avance del comunismo y el restablecimiento y fortalecimiento de los regímenes democráticos. Este Plan, que movilizó generosas sumas de dinero hacia el viejo continente, revela con claridad, no sólo la cómoda posición económica de los Estados Unidos para la época, sino también la manera en que los demás países occidentales entraban bajo la tutela estadounidense.

internacionalismo de la Organización de Naciones Unidas y las instituciones financieras internacionales recientemente creadas.

Con esto, y bebiendo del análisis que al respecto hace Escobar (1995), es posible argumentar entonces que una serie de imperativos que reunía Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial fueron definitivos a la hora de dar forma al discurso del desarrollo. Estos imperativos pueden agruparse de la siguiente manera: consolidar el centro, encontrar mayores tasas de ganancia en el exterior, controlar las materias primas, expandir los mercados para los productos norteamericanos y desplegar un sistema de tutelaje militar³⁰.

El encuentro de estos factores sirvió para establecer las condiciones de lo que Foucault (1971) llama el ‘contexto de emergencia’ de una formación discursiva; en este caso, en torno a un nuevo objeto, el desarrollo. La emergencia de este objeto discursivo estuvo entonces sujeta, como veremos, a relaciones de poder, producción de conocimiento y constitución de verdades legitimadas a través de centros de conocimiento e instituciones de intervención y ayuda. Así, el desarrollo resultó “exitoso” en tanto devino en un discurso que sirvió para administrar el “Tercer Mundo” –el subdesarrollo- en una forma más sutil que la del colonialismo. Por medio de este discurso, gobiernos, comunidades y pueblos enteros empezaron a ser vistas, por los demás y por sí mismo, como “subdesarrolladas”, y consecuentemente, fueron tratados y administrados.

Por lo demás, queda claro que la transformación que sufrió la noción de desarrollo en lo absoluto puede considerarse neutra; como bien lo ha ilustrado Rahnema (1997), el manuscrito escondido del desarrollo está cargado de objetivos geopolíticos y por lo tanto no puede verse como una respuesta generosa a una supuesta demanda de ayuda por parte de millones de personas del denominado “Tercer Mundo”.

2.2 Profesionalización e institucionalización del desarrollo como crecimiento económico

El interés claro por aproximarse sistemáticamente al tema del desarrollo con pretensiones teóricas desde las ciencias sociales, especialmente desde la economía, puede remontarse por lo menos a la época del avance del capitalismo temprano en Europa Occidental y los Estados

³⁰ Para profundizar en estos imperativos ver Escobar (1995) pp. 146 – 170.

Unidos en el Siglo XIX. Sin embargo en 1950, y en grado considerable como resultado de la extensa transformación mencionada, este interés se intensificó primero entre economistas y luego entre una gama más diversa de científicos sociales. Como resultado tenemos una vasta oleada de corrientes, propuestas teóricas y modelos en torno al desarrollo, que respondiendo además a la invención del subdesarrollo, prestó atención especial a los países del “Tercer Mundo” y a las múltiples patologías que entonces se le diagnosticaron. Esta explosión de estudios en el campo del desarrollo es lo que Escobar (1995, 1997, 1998) bautizó la *profesionalización del desarrollo*, uno de los mecanismos que permiten que esta formación discursiva adquiriera fuerza real y activa. Este mecanismo “[...] se refiere básicamente al proceso mediante el cual el Tercer Mundo es incorporado a la política del conocimiento especializado y de la ciencia occidental en general.” (Escobar, 1995: 95)

El nuevo binomio desarrollo-subdesarrollo rápidamente se ubicó en el centro de importantes discusiones políticas, económicas, sociales e ideológicas tanto en los países del Norte como en los de Sur. Su protagonismo se hizo manifiesto así, tanto en la discusión y construcción teórica generalmente al servicio de programas y proyectos políticos gubernamentales, como en la explosión de instituciones internacionales³¹ consagradas a la promoción del desarrollo. Esto fue conceptualizado por Escobar como la *institucionalización del desarrollo*, el otro mecanismo que catapultó el discurso en la escala global. “Instituciones académicas, especialmente lugares como Harvard o Cambridge, junto con importantes organizaciones de desarrollo, como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, y la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo, ejercieron poder no sólo controlando los flujos de dinero, sino también creando las ideas, las representaciones y los discursos dominantes (Peet y Hartwick, 1999: 146). Estos mecanismos, operando interrelacionados, permitieron enfrascar al mundo dentro de categorías occidentales y

³¹ Entre estas instituciones pueden destacarse la creación por parte de la Asamblea General de las Naciones Unidas, en 1949, del Programa Ampliado de Asistencia Técnica. Este programa, junto con el Fondo Especial establecido también por la Asamblea General en 1958, se integró finalmente, en 1965, en el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Cabe mencionar también la creación, por parte del Banco Mundial, de la Sociedad Financiera Internacional en 1956 para apoyar las inversiones privadas y de la Asociación Internacional para el Desarrollo (AID) cuatro años más tarde para otorgar préstamos en condiciones favorables. En el ámbito bilateral la *U.S Agency for International Development*, así como algunas otras de corte voluntario como CARE.

occidentalizantes, capturando imaginarios sociales y culturales y (re) construyendo identidades *intra* e *inter* subjetivas. (Foucault, 1972; Latouche, 1997; Mitchell, 1988³²).

La *profesionalización* y la *institucionalización*, sumados a la introducción progresiva de problemas, entendidos como anomalías o patologías que deben ser tratadas vía intervención, dieron vida a “[...] un aparato que organiza la producción de formas de conocimiento y la organización de formas de poder, interrelacionándolos.” (Escobar, 1995: 98). Este aparato y el campo de intervención creados, resultaron decisivos para la creación, operatividad y posterior sobrevivencia del desarrollo como discurso. De esta manera, es válido decir que el desarrollo, como discurso y lógica cultural, emergió de dos formas íntimamente relacionadas: “[...] como un conjunto de ideas, formas de comportamiento, y prácticas sociales operando directamente en el mundo económico; y como un discurso representando estas prácticas reales, pero originado en la academia, en las burocracias estatales y en las instituciones.” (Peet y Hartwick, 1999: 143).

En este periodo de efervescencia teórica e institucional, los principales y más influyentes promotores de esta nueva idea de desarrollo fueron los ingenieros de la propuesta de desarrollo económico muchos de ellos ligados a los departamentos de investigación de las instituciones financieras internacionales y/o las Naciones Unidas. Sus trabajos tendían a equiparar y a reducir la noción de desarrollo a la de crecimiento económico³³. Así, la academia, las instituciones financieras internacionales, los organismos internacionales, e incluso las comunidades y los individuos convergieron en anunciar que la búsqueda por las respuestas a las preguntas sobre el desarrollo había terminado, pues “Las verdades del desarrollo habían sido reveladas: el desarrollo era el crecimiento económico.” (Broad y Cavanagh, 2009: 2).

El mecanicismo inherente al discurso se hizo entonces manifiesto en una serie de tecnologías políticas que buscaban acelerar la ecuación ahorro-inversión con miras a alcanzar mayores tasas

³² Es válido señalar que Mitchell más precisamente habla de categorías europeas. Para tener consistencia con el hilo argumentativo, se considera más apropiado hablar, en este contexto, de categorías occidentales, y como señala Latouche (1996), occidentalizantes.

³³ Refiriéndose a los primeros años de formación discursiva, Broad y Cavanagh anotan lo siguiente respecto a la relación entre crecimiento económico y desarrollo en el seno de una de las más influyentes instituciones financieras internacionales: “[...] el Banco Mundial no tenía una visión de desarrollo fuera de un mundo económico de crecimiento restringido. En gran medida los oficiales del Banco Mundial habían equiparado crecimiento con desarrollo. Para ellos, desarrollo no significaba principalmente la provisión adecuada de comida, agua potable y limpia, vestimenta y techo, en resumidas cuentas, la provisión de estándares de vida consistentes con la dignidad humana. Estos se convirtieron en preocupaciones secundarias que serían alcanzadas vías crecimiento. En la perspectiva del Banco, no crecimiento económico significaba no desarrollo [...]” (2009: 22)

de crecimiento económico. “Se dijo que resolver los males económicos a través del crecimiento económico se traduciría automáticamente en resolver los males sociales, políticos y ambientales. La respuesta se presentó como un hecho –como un hecho indisputable comprobado por la teoría económica. No había porque continuar el debate.” (Broad y Cavanagh, 2009: 2).

Como resultado, el desarrollo del subdesarrollo consistió, casi exclusivamente, en el crecimiento del ingreso *per cápita*. De esta manera, una doble obsesión, en lo que tiene que ver con el desarrollo, dominó los últimos años de la década de 40, toda la del 50 y parte de la del 60: el aumento del PIB y la industrialización. A la luz de esta obsesión, en gracia de utilizar el PIB como medida de crecimiento económico y ligando estrechamente –sino agotando- este último a lo que se entendía por desarrollo, el PIB devino en una medida de bienestar y así, como señala Carrizosa, “[...] la palabra “desarrollo” llegó a reemplazar y convertirse en sinónimo de todos los términos usados anteriormente para referirse al bienestar.” (Carrizosa, 2001: 76). El nivel del PIB y el ritmo de crecimiento del mismo, devino entonces en el criterio máximo para evaluar las sociedades humanas y su “progreso”.

El desarrollo se concibió así, desde los primeros años de formación discursiva y soportando en aparatos de profesionalización y institucionalización de alcance global, como un mero estado de carencia. Se obvió que esa situación era el resultado de un devenir histórico determinado y por lo tanto no se preguntó por las razones que estaban, y aún hoy están, en la base de esa condición de pobreza y “atraso”. Se planteó una correlación entre los modelos de crecimiento y el bienestar de las sociedades en la que “[...] todos los satisfactores posibles –tanto los que satisfacen necesidades básicas como los valores más abstractos: justicia, paz, amor, amistad, belleza, reconocimiento, participación y conocimiento- se pueden lograr manteniendo un ingreso monetario adecuado.” (Carrizosa, 2001: 81). Así planteadas y legitimadas las cosas, como anota Rist (2004), el crecimiento económico y la ayuda extranjera proveniente de los países desarrollados con miras a alcanzar tasas de crecimiento más altas, aparecieron como las únicas opciones y respuestas certeras.

Para efectos de la sinonimia entre crecimiento y desarrollo, resulta de especial importancia la relación que se estableció entre desarrollo y pobreza. El desarrollo apareció como respuesta/solución a lo que Escobar (1995) denomina la *problematización de la pobreza*.

Después de la Segunda Guerra Mundial, algunos países empezaron a definirse como “pobres” a la luz de los patrones y niveles de riqueza de los países industrializados³⁴. Si el estado de pobreza de una porción mayoritaria de la población global estaba en la base de las prácticas y del discurso del desarrollo y si la razón de este estado residía en unos ingresos insuficientes, la solución para sacarlos de esa penosa condición no podía ser otra que el crecimiento económico. “Que el rasgo esencial del Tercer Mundo era su pobreza, y que la solución radicaba en el crecimiento económico y el desarrollo se convirtieron en verdades universales, evidentes y necesarias.” (Escobar, 1995: 56). A su vez, el énfasis en el tema de la pobreza fue favorable a los intereses de Occidente en su cruzada anticomunista. Se vendía la idea de que la pobreza, de no tratarse y superarse con urgencia, sería el germen que traería consigo la expansión del comunismo a lo largo y ancho del globo.

2.2.1 Primeras y más influyentes aproximaciones teóricas

Un magno exponente de esta propuesta de desarrollo como crecimiento económico es el historiador económico norteamericano Walter Whitman Rostow, particularmente en la obra, *The Stages of Economic Growth: A Non Communist Manifesto* (1960). Sin embargo, hay otros importantes e influyentes promotores de esta corriente que desarrollaron sus aportes incluso antes de que fuese publicada la obra de Rostow. Entre estos vale la pena destacar a Ragnar Nurske en *Problems of Capital Formation in Underdeveloped Countries* (1953), Sir W. Arthur Lewis en *The Theory of Economic Growth* (1955) base del *Modelo Lewis*³⁵, Benjamin Higgins en el artículo “Development planning and economic calculus” (1956) y, aunque desde un enfoque más cercano al neomarxismo y desde una perspectiva crítica, Paul N. Baran con el artículo, “On the Political Economy of Backwardness” (1952) y el libro, *The Political Economy of Growth*

³⁴ Esto quedó claramente expreso cuando el Banco Mundial, en 1948, señaló que los países con un ingreso *per cápita* inferior a 100 dólares serían definidos como pobres. Bajo este criterio prácticamente dos tercios de la población mundial fueron catalogados en condición de pobreza. Este fenómeno fue bautizado por Majid Rahnema (1991) como la *globalización de la pobreza* después de 1945 y hace parte de de la segunda ruptura en la arqueología de la pobreza que propone el autor.

³⁵ El propósito central de este modelo es explicar cómo se impulsa o empieza el crecimiento económico en un país subdesarrollado (*less-developed country*) que cuenta con un sector tradicional agrícola y otro capitalista industrial. El crecimiento económico tiene lugar cuando hay un aumento en el tamaño del sector industrial donde es posible acumular capital. Así el crecimiento económico es el resultado de un cambio estructural de un país que le apuesta al crecimiento relativo del sector capitalista industrial. Para profundizar en este modelo recomiendo ver: Lewis (1955) y Nafziger (2004) pp. 138 – 140.

(1957)³⁶. Un elemento común central subyace a sus elaboraciones teóricas: en el centro de la discusión del desarrollo se ubicó el crecimiento económico³⁷.

Una breve descripción de la obra *The Stages of Economic Growth: A Non Communist Manifesto*, dada su especial influencia en este campo de estudios, resulta pertinente para poner de manifiesto la íntima e indisoluble relación que entre crecimiento económico y desarrollo se estableció en los primeros años de formación discursiva por la vía de la profesionalización del discurso. La marca central de la obra de Rostow es la descripción del paso del subdesarrollo al desarrollo a través de la identificación de una serie de pasos o etapas por las que *todos* los países han de pasar. Según su teoría, es posible ubicar a *todas y cada una*³⁸ de las sociedades, en su dimensión económica, en alguna de las siguientes cinco etapas: la sociedad tradicional, las condiciones para el despegue, el despegue hacia el crecimiento auto-sostenido, la marcha hacia la madurez, y la era del gran consumo en masa.

Estas etapas no son meramente descriptivas. No son meramente una forma de generalizar determinadas observaciones factuales acerca de la secuencia del desarrollo de las sociedades modernas. Tienen una lógica interna y una continuidad, [...] constituyen, a fin de cuentas, tanto una teoría del crecimiento económico como una teoría más general, aunque aún parcial, acerca de la historia moderna como un todo. (Rostow, 1960: 12, 1)³⁹

Para la época en que Rostow publicó su obra, los países “avanzados”, como los de Europa Occidental, Estados Unidos y Japón, habían “logrado” *el despegue* y se encontraban en alguna de las fases finales del camino trazado, sino en la final. Del otro lado, los países del hemisferio sur, o bien continuaban siendo *sociedades tradicionales* o bien se encontraban buscando reunir las condiciones para *el despegue*. Sin embargo, la situación de atraso de estos países no tenía por qué despertar mayor preocupación. Según Rostow, estos países debían seguir una serie de

³⁶ Si bien su enfoque dialéctico consistente con su posición marxista/neo-marxista lo aleja de la corriente dominante del discurso, su ataque a los órdenes feudales y defensa de la economía de mercado en los países subdesarrollados, donde el crecimiento es una ficha clave, permiten incluirlo en esta lista.

³⁷ La importancia de estos trabajos, para efectos del presente análisis, reside, más que en sus postulados teórico-económicos como tal, en el hecho de ser piezas centrales de la formación discursiva del desarrollo.

³⁸ El uso de las cursivas responde a la intención de resaltar el grado de generalización inherente a las tesis básicas de Rostow.

³⁹ Resulta importante destacar lo siguiente: Al hablar de una “lógica interna” Rostow está queriendo decir que el desarrollo de las etapas no responde a factores externos tanto como a una interrelación determinada de factores que le dan vida al proceso de desarrollo de la etapa a la que luego le seguirán otras; una vez el proceso se ha iniciado, éste seguirá su curso de manera “continua” hasta llegar al estadio final. A su vez, al pretender elevar la teoría de las etapas del crecimiento a la condición de “teoría de la historia moderna” está buscando señalar que el proceso en el que las sociedades atraviesan estas etapas es un proceso característico y medular de la era moderna. Pasar por las cinco etapas identificadas parece así ser una exigencia que la Modernidad impone a las sociedades que ya no pueden quedarse en un ‘estadio tradicional’. Este aspecto revela una cercanía muy íntima entre su teoría y la Teoría de la Modernización; en esta relación se reparará más adelante.

reglas o ‘trucos’⁴⁰ de desarrollo para lograr *despegar*, llegar a ser economías con *tasas de crecimiento sostenidas* y finalmente, gozar del *consumo masivo*.

Uno de estos ‘trucos’, que en gran medida define lo que en los años 50 y parte del 60 se consideró la estrategia estrella para lograr desarrollo, ya había sido elaborado, de manera independiente, en 1939 por el economista inglés, Roy Harrod, y luego en 1946 por Evsey Domar, economista polaco-americano. Este truco, se conoce entonces como el *Modelo de Crecimiento Harrod-Domar*. Según este, para lograr *el despegue* y así avanzar a lo largo de las etapas identificadas por Rostow, la estrategia estelar descansa en una relación entre *capital, ahorro e inversión*. Esencialmente lo que se pregona es alcanzar una óptima conjugación entre *ahorro* -doméstico e internacional- e *inversión productiva*⁴¹ para aumentar la masa o stock de *capital* de un país. Si lo que se persigue es acelerar el crecimiento económico, lo que hay que hacer es movilizar los ahorros con la intención de generar suficiente inversión. “Para crecer, las economías deben ahorrar e invertir una determinada proporción de su PNB. Entre más pueda una economía ahorrar, y así, invertir, más rápido podrá crecer.” (Todaro, 1979: 53). Un aumento de capital, habiendo establecido una tasa de ahorro determinada, se traduce en un incremento del PIB; esto se conoce como la relación capital-producto que estuvo en el núcleo de las más influyentes aproximaciones al desarrollo de la época.

De aquí se deriva que, tanto para la teoría de Rostow como para el modelo *Harrod-Domar*, el principal obstáculo o limitante para el desarrollo de los países ‘subdesarrollados’ sea su relativo bajo nivel de formación de capital. Por lo tanto, si un país desea crecer en una tasa determinada y su capacidad de ahorro⁴² e inversión no le es suficiente para alcanzar dicha tasa, la solución está, bien sea en la ayuda externa, o en la inversión privada extranjera. Esta lógica, teniendo en cuenta además que el apogeo de esta propuesta fue en las primeras décadas de la Guerra Fría sirvió para justificar las masivas transferencias de capital y asistencia tecnológica que corrían

⁴⁰ La utilización de la idea de “trucos de desarrollo” es tomada de la literatura en inglés, “tricks of development” concretamente en la obra de Micheal Todaro (1978)

⁴¹ En términos económicos se entiende por *inversión productiva* el gasto en bienes de producción favorable a aumentar la producción futura y por esta vía el capital. La productividad de la inversión puede medirse de acuerdo a la relación capital-producto.

⁴² La capacidad de ahorro de un país descansa básicamente en el cobro de impuestos (ahorro público), en la obtención y manejo de divisas (ahorro externo) y en la plata que está en los bancos (el ahorro privado).

desenfrenadamente de las naciones desarrolladas a las subdesarrolladas (a este respecto no es gratuito además que el subtítulo de la obra de Rostow rece *Un manifiesto no comunista*).

A su vez, en esta redefinición de la representación geopolítica mundial, los países del Tercer Mundo interiorizaron e incorporaron de tal manera su condición de subdesarrollados y el discurso del (y necesidad de) desarrollo, que en su carrera por tal conquista, salieron ansiosos en búsqueda de capital extranjero para aumentar su stock de capital y potenciar su crecimiento. “[...] el desarrollo se volvió tan importante para el Tercer Mundo que sujetar a sus poblaciones a una variedad infinita de intervenciones se volvió aceptable para los gobernantes de estos países.” (Escobar, 1997: 91-92)

2.2.2 Nexos: Evolucionismo y Teoría de la Modernización

Estudios sobre el tema, como el de Schumacher (1973), José Arocena (1995) y Serge Latouche (1997), ubican la propuesta de desarrollo económico y así la teoría de Rostow, dentro de un *enfoque evolucionista del desarrollo*, llamando la atención respecto a la estrecha relación que existe entre la noción de desarrollo y la idea de evolución al interior de esta propuesta⁴³. Al entender el desarrollo como un proceso compuesto por una serie de etapas que es necesario recorrer para llegar a un estadio final (lo que Latouche llamó críticamente *La grande société*), se liga indisolublemente el desarrollo con la idea de proceso evolutivo. “El pensamiento evolucionista supone el conocimiento del “punto de llegada” de la evolución para poder luego reconstruir las etapas gracias a un análisis retrospectivo.” (Arocena, 1995: p.38)

Además del establecimiento de un punto de llegada y de la consecuente identificación de etapas previas a la conquista de ese ‘estadio máximo’, es posible identificar en la tendencia a organizar

⁴³ Es importante anotar que la tendencia a relacionar desarrollo con evolución no se agota al interior de la propuesta de desarrollo económico de Rostow ni tampoco de las décadas del 50 y 60. Todavía hoy es posible advertir, inclusive en propuestas alternativas, esta estrecha relación. Inclusive es posible encontrar en descripciones e intentos de definición recientes de la idea de desarrollo alusiones concretas a la biología y por esta vía al evolucionismo, tal y como se hizo décadas atrás.

y clasificar⁴⁴ jerárquicamente a las sociedades del mundo otro aspecto claro del evolucionismo. Con esta clasificación se ponen de relieve unos valores y unas características que le son propias a las sociedades avanzadas, aquellas que están en la parte más delgada de la pirámide, mostrándolas como el modelo a seguir. De manera consecuente, este evolucionismo social⁴⁵, de la mano de la *Teoría de la Modernización*, permitió anclar sólidamente en el imaginario colectivo la idea de que los valores occidentales no sólo son superiores sino que han de buscarse sin cuestionamientos. Inopinadamente, uno de estos valores fundamentales es el desarrollo, de ahí que, por ejemplo Rist (2004), hable del desarrollo *como la historia de una creencia occidental* y Latouche (1997) de *la occidentalización del mundo* al criticar el discurso del desarrollo y explorar el post-desarrollo.

De esta manera, como lo ha apuntado Schumacher (1973), las palabras ‘desarrollo’ y ‘evolución’ parecen ser virtualmente sinónimos: las sociedades se desarrollan o evolucionan a lo largo de una senda trazada por otras que ya se han desarrollado o evolucionado. “El desarrollo siempre ha sido visto como una dinámica necesaria de la vida social, algo que tiene lugar de manera casi natural en el mundo moderno: el desarrollo fue para la sociología lo que la evolución fue para la biología.” (Peet y Hartwick, 1999: 143). La idea de progreso aparece así, en medio del discurso del desarrollo, como uno de los principales legados de la modernidad, haciendo imaginar a todas las sociedades, como lo señala Shanin (1997), avanzado hacia un estilo de ser y vivir racional-occidental.

El punto de llegada, que en la teoría de Rostow es el “consumo masivo”⁴⁶, supone un proceso de transformación fundamental de las sociedades. Este proceso, que envuelve la superación de la época tradicional, es básicamente la industrialización, el segundo componente de la ‘doble obsesión’ mencionada más arriba. Siendo las sociedades industrializadas la meta a alcanzar, el estudio de estas permite a los evolucionistas construir un camino a seguir de valor universal.

⁴⁴ Es importante señalar que esta clasificación no es neutra. Permite, al seleccionar el PNB como indicador y referente infalible, ubicar a los Estados Unidos y otros países “desarrollados” en la cabeza de la clasificación.

⁴⁵ No está demás aclarar, como lo hace Rist (2002) que el evolucionismo social, diferente al evolucionismo biológico (ligado a Darwin), es una filosofía de la historia –cosa que queda clara en el trabajo de Rostow- que se basa en una hipótesis no verificada de orden teleológico. Por el otro lado, el evolucionismo biológico es una explicación basada en rigurosas observaciones favorables al entendimiento de la evolución de las especies vivas sin suponer el obediencia a necesidades internas.

⁴⁶ Resulta clave resaltar lo homogenizante que resulta suponer, al señalar como fase última –proseguible y deseable- el *consumo en masa*, que el consumo masivo de bienes y servicios es el objetivo prioritario y el estadio último al que toda sociedad en el mundo quiere llegar.

Industrializarse se convirtió, para las sociedades subdesarrolladas, en una condición necesaria e inalterable para potencializar su crecimiento económico y así, su capacidad de producción y consumo de bienes y servicios. La industrialización apreció como llave que posibilitaría la modernización de las economías atrasadas, la llegada de la racionalidad económica “adecuada” a los pueblos subdesarrollados, la eliminación de la brecha y desventaja en el comercio exterior, la ocupación de esa gran masa desempleada. A la luz de este discurso, “[r]esultaba “claro como el agua” que la industrialización era la clave del desarrollo” (Escobar, 1995: 148-149).

Considerando que la industrialización era una de las estrategias estelares para la conquista de la modernización y del desarrollo, es importante revelar la relación existente también entre la propuesta del desarrollo económico encabezada por los trabajos de Rostow y la *Teoría de la Modernización* en su acepción más clásica y general.

A grandes rasgos, la *Teoría de la Modernización*, elaborada con mayor fuerza en los dos decenios posteriores a la segunda guerra mundial, plantea en su base la necesidad urgente de pasar de lo tradicional (o premoderno) a lo moderno como imperativo universal. A la luz de esto, es posible advertir por lo menos tres objetivos centrales íntimamente vinculados entre sí. El primero, describir minuciosamente a las sociedades tradicionales y a las modernas, distinguiéndolas y elaborando índices para identificarlas y clasificarlas. El segundo, desentrañar las condiciones y potencialidades con las que las sociedades tradicionales cuentan para constituirse en sociedades modernas, desentrañando los principales elementos que se imponen como barreras para dicha transformación e impiden su avance hacia el modelo establecido de sociedad moderna industrial. En otras palabras, identificar en las sociedades tradicionales tanto potencialidades como barreras para la modernización. Finalmente, el tercero, englobando los dos anteriores, dar cuenta del proceso de tránsito de lo tradicional a lo moderno, con todas sus variaciones.

“Así pues, estos estudios⁴⁷ [de la modernización] se fundaban sobre el supuesto de la existencia de una relación estrecha, casi inmutable, entre el desarrollo de diversas partes de la sociedad; de una semejanza en las “etapas” de desarrollo de sociedades diferentes; de la explicación de la modernización en términos de su pertenencia a dichas “etapas”

⁴⁷ Especialmente aquellos que estaban ligados a la teoría sistémica y la behaviorista, así como, una vez más, a la perspectiva evolutiva de las ciencias sociales.

respectivas; así como de la universalidad o “convergencia” del “resultado final” del proceso de desarrollo [...]” (Eisenstadt, 1974: 44)

Esta necesidad urgente de dejar atrás lo tradicional para encaminarse hacia el progreso, la modernización y el desarrollo está en el núcleo de la lógica progresista de Rostow. Para este autor, una característica central de las sociedades tradicionales es la existencia de un tope máximo –un techo- que limita el nivel de rendimiento potencial por individuo. Este tope se debe esencialmente a que las sociedades tradicionales no disponen, o por lo menos no aprovechan –al no aplicarse sistemáticamente-, las potencialidades de la ciencia y la tecnología modernas que abren las puertas a la explotación racional de la naturaleza y sus recursos. A su vez, estas sociedades, como resultado de las limitaciones en su productividad, están obligadas a dedicar una proporción muy alta de sus recursos al sector agrícola sin poder así, concentrarse en el avance del sector industrial. De esta manera, si la capacidad productiva es baja y la mayoría de los recursos se dirigen al sector agrícola, las posibilidades de lograr crecimiento económico (y así desarrollo) son mínimas. Bajo esta lógica, la clave para desarrollarse y modernizarse, descansa entonces en la superación de la sociedad tradicional y en el tránsito gradual de sociedades enfocadas en la agricultura a sociedades centradas en la industria.

La necesidad imperante de industrialización para alcanzar el anhelado desarrollo responde a que, bajo este enfoque, la industria, en detrimento de los múltiples sistemas de agricultura tradicional, aparece como el motor de crecimiento por excelencia. A la luz de esta lógica se establece una estricta e inmutable relación entre crecimiento industrial, crecimiento productivo y crecimiento del Producto Interno Bruto. “[...] el crecimiento del PIB es más rápido cuanto mayor es el exceso del crecimiento industrial en relación con el crecimiento del PIB; es decir, cuando la participación de la industria en el PIB total está creciendo a máxima rapidez” (Thirlwall, 2003 – séptima edición- : 120). A su vez, tras la dinámica de estudiar las posibilidades y realidades de las ‘naciones menos desarrolladas’ a imagen de las ‘más desarrolladas’, se establece una asociación muy cercana entre los niveles de vida y la porción de los recursos dirigidos a la industria. Al suponer que el devenir de todas las sociedades será el mismo que el de las sociedades modelo, se llega a la conclusión de que es indispensable redirigir los recursos del sector agrícola al sector industrial tanto para potenciar el crecimiento como para mejorar los niveles de vida. “La premisa orientadora era la creencia en el rol de la modernización como la

única fuerza capaz de destruir las supersticiones y tradiciones arcaicas, esto a cualquier costo social, cultural y político. La industrialización y la urbanización eran vistas como las rutas inevitables y necesarias hacia la modernización.” (Escobar, 1997: 86)

Las sociedades llamadas tradicionales, y con más razón el sector agrícola, al evaluarse bajo los criterios y premisas orientadores de la modernización y la industrialización se destacan por su indiscutible atraso debido a su precaria capacidad productiva. Además, pese a no ser catalogadas necesariamente como sociedades estáticas, sí se las considera presas de una constante lucha contra la escasez y portadoras de una economía aborígen que está poco o nada integrada con los mercados mundiales.

Para superar esta ‘penosa’ condición deben modernizarse acogiendo disciplinadamente los medios técnicos favorables e indispensables para aumentar la productividad. Así, a la luz de criterios “universales” propios de una sociedad moderna e industrial, la única alternativa que tienen las sociedades tradicionales para desarrollarse y modernizarse, es dejar de ser tradicionales y agrícolas, apostándole a la industrialización como vía para potenciar el crecimiento económico. Esta “necesidad” se hace evidente por ejemplo en los trabajos de otro de los promotores de esta corriente del desarrollo económico que ya fue citado, Sir W. Arthur Lewis. Según el *Modelo Lewis*, la llave para aumentar el capital, potenciar el crecimiento económico y abrir las puertas del desarrollo, reside en el aumento del sector industrial en detrimento del agrícola, lo que en grado considerable se conseguía a través de masivas transferencias de mano de obra de un sector a otro.

En términos generales, como lo señaló Eduardo Galeano (1997), “El Tercer Mundo será como el Primer Mundo –rico, civilizado y feliz- si se comporta y hace lo que se le dice, sin decir nada y sin quejarse. Un futuro próspero compensará el buen comportamiento [...]” (Galeano, 1997: 214) Sin lugar a dudas, este buen comportamiento suponía dejar de lado las “cadenas” de lo tradicional y apostarle a la industrialización como vehículo infalible de crecimiento y así, de desarrollo.

Al respecto resulta interesante resaltar la siguiente situación paradójica. Si bien los países industrializados, como eje central del discurso del desarrollo, insistían en la inaplazable necesidad de industrialización del “Tercer Mundo”, alimentaban y fortalecían a la vez una

determinada forma de división internacional del trabajo en la que los países no industrializados cumplieran el papel de proveedores de materias primas. En medio de un discurso, pro-modernizante, pro-industrialista y anti-colonialista, los países industrializados requerían de un sector del mundo no industrial, agrícola y productor-proveedor de materias primas, para sostener sus pautas de producción, consumo e industrialización⁴⁸.

Indiscutiblemente esta paradoja, sumada a muchos otros estudios (Sachs (1998), Latouche (2007), Hamilton (2006)) que señalan que un mundo en el que todos los países sean desarrollados e industrializados es sencillamente impensable, inalcanzable e insostenible, tiene serías implicaciones⁴⁹: ponen al borde del abismo la idea de que la etapa final –la sociedad industrial, el consumo masivo, o como quiera llamársela- de ese camino evolutivo del desarrollo sea realmente alcanzable.

Para cerrar esta capítulo, resulta entonces evidente que la marca de la *Teoría de la Modernización*, y en general del pensamiento modernizante, en la formación del discurso en torno al desarrollo, no sólo impuso a unos un modelo según la experiencia de otros, también subvaloró todo lo que tuviera cierto “olor” a tradicional en tanto pre-moderno y, consecuentemente, sobrevaloró todo lo moderno como universal, forzosamente deseable y urgentemente proseguible. De esta manera, el desarrollo vía crecimiento se impuso como una indiscutible meta a seguir en tanto suponía inopinadamente un estadio mejor. Se puede señalar entonces, que desde hace décadas, se cimentaron las bases del gran mito del crecimiento económico, no sólo como sinónimo de desarrollo, sino también de bienestar y se impuso el PIB, junto con otros índices macroeconómicos, como indicador estrella.

Este es el ambiente general en el que el crecimiento económico, cercano a los terrenos del evolucionismo, la modernización y la industrialización, devino, en medio de una acelerada

⁴⁸ Precisamente en este aspecto concreto enfatizó la orientación teórica, en gran medida de tradición marxista-estructuralista, que en las décadas del 60 y 70 buscó establecer una crítica contundente a los teóricos de la modernización, acentuando en las condiciones estructurales de un sistema capitalista desigual. En este aspecto en concreto es importante destacar el aporte que diversos teóricos hicieron al análisis del desarrollo desde perspectivas que se quedan por fuera del presente análisis dada la delimitación histórica establecida y mencionada al comienzo del trabajo. De la misma manera, en este aspecto repasa Susan George en la introducción de la obra *The Debt Boomerang: How Third World debt harms us all* (1992). Al respecto recomiendo ver una síntesis en *How the poor develop the rich* (1997).

⁴⁹ En las conclusiones se incluye una breve descripción de los principales argumentos de los estudios que sostienen esta idea como una de las otras vías que pueden adoptarse para establecer una crítica al mito del crecimiento económico desde perspectivas críticas cercanas al post-estructuralismo y que de la misma manera pueden aportar a la deconstrucción del discurso del desarrollo y al avance de la ‘corriente’ del post-desarrollo.

profesionalización e institucionalización del desarrollo, en una de las columnas vertebrales del discurso del desarrollo. A continuación, en el siguiente capítulo, con la intención de avanzar en el ejercicio deconstructivo al que esta investigación apunta y para movernos al segundo periodo en el que esta se mueve, se profundizará en la relación entre desarrollo, crecimiento económico y neoliberalismo. Con esto se busca mostrar cómo hoy el crecimiento económico es parte estructural de la agenda neoliberal y cómo el modelo neoliberal de desarrollo profundizó la relación entre crecimiento y desarrollo, revitalizando la sinonimia entre los dos, así como la obsesión indiscutible por alcanzarlo.

3. DESARROLLO, NEOLIBERALISMO Y CRECIMIENTO ECONÓMICO

En el capítulo anterior se mostró la manera en la que la discusión del desarrollo, durante los primeros años de formación discursiva, estuvo, en grado considerable, colonizada por el crecimiento económico. Entre las principales metas de todo país ‘pobre’ o ‘subdesarrollado’, desde la invención de esta nueva acepción de desarrollo, se estableció como prioridad inaplazable alcanzar determinadas tasas de crecimiento económico para así, consecuentemente, llegar al anhelado desarrollo. El crecimiento económico se impuso así, con el apoyo de instituciones financieras internacionales, agencias de cooperación y ayuda, organizaciones multilaterales y prestigiosos centros de construcción de conocimiento, como parte de la genética del desarrollo. Sin embargo, ambas cosas no son idénticas, y por lo tanto una no necesariamente conduce a la otra. Así como lo señala Nafziger (2004), y no desde una posición forzosamente crítica, el “Crecimiento económico se refiere al aumento, en un país, de la producción o ingreso per cápita [y el] Desarrollo Económico se refiere al crecimiento económico acompañado por cambios en la forma en que los *outputs* son distribuidos así como cambios en la estructura económica.” (Nafziger, 2004: 15).

Al respecto influyentes pensadores del campo de estudios del desarrollo, inclusive sin adscribir el postdesarrollo, han ido más lejos argumentando que el desarrollo no precisa necesariamente del crecimiento económico. Por ejemplo, Manfred Max-Neef (1993, 1997, 2006), ha mostrado que sólo hasta cierto punto, que él llama Punto Umbral, el crecimiento económico, convencionalmente medido y convencionalmente entendido, puede ser cercano al desarrollo en tanto conlleva a un mejoramiento de la calidad de vida; “[...] después del punto umbral, cada peso marginal del crecimiento de producto se gastará en corregir problemas generados por el propio crecimiento, en vez de ser invertido propiamente en desarrollo.” (Max-Neef, 1997: 6).

La diferencia parece ser clara; sin embargo el meollo del asunto no está en lograr delimitar y diferenciar estos dos campos. Está más bien en la tendencia, aún estando conscientes de la diferencia, a reducir el segundo al primero, tanto cuando se habla de desarrollo económico en particular como de desarrollo en general. Esta tendencia ha llevado a que, como lo anota Esteva (1992), la construcción social del desarrollo forme parte de un proyecto político determinado que

busca extraer de la sociedad y de la cultura –y por esta vía del ámbito social- la esfera económica como si fuese autónoma, principal e independiente. En un sentido similar Antonio García (1972) anota que esta concepción de desarrollo, además de ser mecanicista, es fragmentaria en tanto se basa en una idea de vida social compartimentalizada, en la que se supone que ciertos compartimentos –en este caso el económico- se pueden aislar de los demás voluntariamente y en consecuencia tratarlos.

Así las cosas, el discurso del desarrollo aparece como hijo del despotismo de la economía y de su hegemonía sobre otras ciencias sociales y otros campos de la vida social. El desarrollo como crecimiento económico es reflejo claro de la tendencia a subordinar, e incluso agotar, todos los valores humanos a la racionalidad maximizadora de los ingresos y la utilidad. Acudiendo a los argumentos de Latouche (1997) es posible ir más lejos y señalar que el discurso del desarrollo es, en este sentido, hijo de la economización del mundo, característica de la modernidad, que ha permitido que los criterios de la economía occidental funcionen e inclusive, hasta cierto punto, gobiernen nuestras vidas.

Es indiscutible que desde la época en la que la idea de desarrollo como crecimiento económico se aceptaba sin mayor reserva, muchas cosas han cambiado y durante su trayectoria, hasta llegar a la era neoliberal, muchos matices y respuestas críticas han tenido lugar. Desde diferentes partes del mundo y desde enfoques y teorías distintas, se han elaborado propuestas, algunas denominadas ‘alternativas’ o de “desarrollo alternativo”, que de una u otra manera buscan atacar el economicismo propio de las primeras teorías y modelos, así como derribar el ‘despotismo’ de PIB como indicador por excelencia de desarrollo con la intención de alcanzar conceptualizaciones más integrales. Los trabajos citados de Max-Neef son un claro ejemplo de esto.

3.1 Breve discusión en torno a las propuestas alternativas de desarrollo

Discutir si las propuestas de “desarrollo alternativo” representan o no un cambio contundente en la dirección en que se ha desplegado la discusión del desarrollo desde los primeros años de formación del discurso no hace parte de los objetivos de este escrito y se escapa

de la delimitación temporal determinada para el análisis. No obstante, resulta pertinente por lo menos hacer mención de algunas de las más influyentes así sea de manera general.

En oposición a la lógica progresista de Rostow, en los años 60, tomó fuerza la *Teoría de la Dependencia*. Desarrollada principalmente en América Latina y con una fuerte influencia estructuralista y marxista, ubicó el tema del desarrollo/subdesarrollo dentro de un contexto histórico, económico y político determinado enfatizando en el carácter desigual de las relaciones internacionales en el marco del sistema capitalista. Se desplazó así, aunque no totalmente, de la preocupación exclusiva por el crecimiento hacia temas tales como la pobreza, la inequidad, la dominación y la soberanía⁵⁰. Otros trabajos, cercanos a los que se conoce como el modelo Cepalino, y criticando también la lógica de fases propuesta por Rostow, propusieron caminos alternativos de desarrollo centrados principalmente en el Estado y en la estrategia de industrialización por sustitución de importaciones. Posteriormente, otras propuestas, como la de *Desarrollo Humano* -medido por el Índice de Desarrollo Humano (IDH)- del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), la de *Desarrollo a Escala Humana* (1993) de Manfred Max-Neef y la de *Desarrollo y Libertad* (1999) de Amartya Sen, buscaron imprimirle un rostro más humano y social, no sólo a la práctica sino también a la discusión, y propusieron formas de entender el desarrollo y la pobreza menos reduccionistas.

Los avances realizados por estas propuestas han sido de especial influencia en el campo de estudios del desarrollo; no obstante, en muchas ocasiones parecieran responder a la lógica de añadir al crecimiento económico nuevos ingredientes y de acompañarlo de algunas transformaciones. Quizá el ejemplo más ilustrativo de esta lógica se encuentra en la propuesta del PNUD, específicamente en medición territorial del IDH. Este índice es el resultado de un promedio simple entre los siguientes tres indicadores: (i) *Longevidad*, medida en función de la *esperanza de vida al nacer*; (ii) *Nivel Educativo*, medido en función de la combinación de dos tercios de (a) tasa de alfabetización de adultos y un tercio de (b) *tasa bruta de matrícula combinada* –primaria, secundaria y superior-; (iii) *Nivel de vida*, medido por el *PIB real per cápita* en dólares.

⁵⁰ Si bien acá se habla de la Teoría de la Dependencia en conjunto, es preciso reconocer que dentro de la misma Teoría de la Dependencia existen importantes matices, así como postulados y posiciones diferentes. Un análisis detallado de la obra de sus principales exponentes revelaría esta característica inmediatamente. Para ver esto en más de talle recomiendo ver Lays (1996) pp. 45 – 63.

En la composición del IDH es posible advertir, en un intento de imprimirle un rostro más humano al desarrollo, por lo menos tres aspectos que resultan clave para efectos de la presente argumentación. Primero, lo económico sigue siendo preponderante y por lo tanto sigue estando en el núcleo de la discusión del desarrollo. Segundo, pese a las muchas críticas, el PIB sigue siendo un indicador central de desarrollo lleve éste el ‘apellido’ que lleve. Tercero, se hace manifiesta la lógica de “añadir nuevos ingredientes” al crecimiento económico y al ingreso real, yuxtaponiendo la esfera social a la económica, en el esfuerzo de atacar el economicismo y reduccionismo en los análisis del desarrollo.

Sin negar que en estas propuestas haya esfuerzos reales y bien intencionados de atacar y superar el reduccionismo y economicismo de las primeras propuestas, en muchas de ellas lo económico parece seguir siendo lo determinante. Si bien es posible encontrar diferentes trabajos que responden a esfuerzos críticos en torno al tema, como lo señala Rist (2002: p. 108), el “núcleo duro” del desarrollo sigue siendo el crecimiento, núcleo que pocas veces es cuestionado. Esto no quiere decir que los *nuevos* discursos sencillamente reproducen el discurso del desarrollo tal y como fue formulado en los primeros años de formación; pero, a pesar de la introducción de nuevos elementos y el ánimo alternativo, retoman y repiten aquellos aspectos que por décadas han configurado el espacio discursivo del desarrollo.

La Teoría de la Dependencia, por tomar un ejemplo, fue protagonista en lo que se llamó, en los años 90, el impasse de los estudios del desarrollo. Esta teoría, con todas sus variaciones internas, desafió en su conjunto al enfoque de la modernización que en los estudios del desarrollo era hegemónico desde 1950. Cuestionó la idea de un mundo en el que todas las intervenciones que se hacían en nombre del desarrollo llevarían a una situación de armonía. Presentó, de esta manera, una perspectiva oscura y crítica sobre lo que algunos de sus pensadores llamaron “el desarrollo del subdesarrollo”. Sin lugar a dudas, esto fue un avance invaluable en diversos sentidos, además de haber sido un paso muy significativo en la construcción teórica de América Latina en el campo de las ciencias sociales. No obstante, el importante debate que abrió se mantuvo dentro del mismo *espacio discursivo del desarrollo* y por lo tanto no logró (quizá nunca lo buscó) plantear un desafío radical al *dispositivo de poder del desarrollo*.

Buscando superar el impasse, algunos teóricos aceptaron el desafío de ir “más allá” y otros, muchos más en cantidad, terminaron por regresar, quizá sin notarlo, a las perspectivas ortodoxas. A diferencia de muchos defensores del postdesarrollo, este trabajo no rechaza el aporte que al campo de estudios del desarrollo y a las prácticas derivadas de este hicieron los teóricos de la dependencia y otros pensadores que se han aproximado críticamente al desarrollo (Ej. Max-Neef y Sen). Sin embargo, la intención de explorar los trabajos que se ha propuesto ir “más allá del impasse” y de avanzar en esta dirección, lleva a que la atención se centre en enfoques teóricos y espacios epistemológicos diferentes a los de la Teoría de la Dependencia. En otras palabras, este trabajo, busca explorar propuestas que se plantan salir del “espacio discursivo del desarrollo” y que no buscan versiones más refinadas de este. No sobra resaltar que la Teoría de la Dependencia, mientras criticó elocuentemente los medios planteados por la teoría de la modernización para alcanzar el desarrollo y algunos de sus supuestos teóricos básicos, no se centró en cuestionar el desarrollo, ni el crecimiento, como fines en sí mismos.

Las divergencias que pueden identificarse entre las diferentes propuestas que se han elaborado a lo largo de estas últimas décadas, inclusive aquellas que han sido consideradas como alternativas, no alcanzan entonces a ser lo suficientemente fuertes para cuestionar el núcleo del discurso del desarrollo, donde descansa, por ejemplo, la obsesión por el crecimiento económico. La fuerza del discurso del desarrollo ha permitido incluir dentro de su dominio enfoques tan opuestos como el liberal y posteriormente el monetarista (ahora revitalizado en la era neoliberal), el estatista y cepalino, y el estructuralista-marxista. A su vez, el discurso ha sido tan flexible que ha permitido la inclusión de propuestas contradictorias entre sí como aquellas que abogan por un desarrollo centralizado guiado por expertos y aquellas que demandan un desarrollo endógeno, local y participativo. Incluso se ha dado el lujo de permitir incluir dentro de su espacio discursivo, propuestas que, señalando críticamente los efectos nefastos (especialmente en el ámbito ecológico) de muchos proyectos que se han echado a correr en nombre del desarrollo y el crecimiento desenfrenado, proponen una visión del desarrollo que sea sostenible. El discurso del desarrollo ha colonizado la realidad de tal manera que inclusive sus oponentes se han visto obligados a plantear sus críticas en los mismos términos desarrollistas (Peet y Hartwick, 1999), utilizando el lenguaje aceptado por lo que Foucault llama “el espacio de lo decible”. De ahí la explosión de *apellidos* del desarrollo: humano, participativo, endógeno, sostenible, etc. Esta

profusión de apellidos, acompañados a su vez de múltiples intentos fracasados en la práctica de escapar al discurso convencional del desarrollo, es evidencia del poder de dicho discurso, fundamentado en el núcleo duro del economicismo.

En síntesis, como bien lo muestra Escobar (1995), es posible señalar que las formulaciones de orientación marxista/neo-marxista, así como otras que se han denominado propuestas de “desarrollo alternativo”, si bien añadieron al análisis conceptos novedosos y desafiaron posiciones y esquemas dominantes, lo hicieron dentro del mismo campo discursivo. Esta flexibilidad y adaptabilidad del discurso ha permitido que las mismas aproximaciones críticas, al no atacar el núcleo básico de la formación, terminen por alimentar el discurso y ampliar y solidificar su dominio a través del tiempo. En otras palabras, los intentos críticos del discurso del desarrollo, terminaron siendo cooptados, en grado considerable, por su versión hegemónicamente convencional.

Pese a los cuestionamientos de estos trabajos críticos alternativos y la inclusión de conceptos y formas de lectura novedosas, a partir de mediados de la década del 80 hemos presenciado un revivir, en la esfera práctica, de la centralidad del crecimiento económico como fin último a la hora de hablar de desarrollo. Esto ha sido posible en gran medida por la misma flexibilidad y adaptabilidad del discurso, así como por el agotamiento, o ausencia, de caminos prácticos derivados de algunas de las propuestas crítico-alternativas.

Este revivir es el resultado de la implementación, en gran parte de los países del denominado Tercer Mundo, de lo que se conoce como el modelo neoliberal, modelo que ha sido presentado en muchos países como un modelo de desarrollo. Las reformas y ajustes de corte estructural que acarrea consigo el modelo neoliberal a través de prácticas y programas, así como el discurso neoliberal en sí mismo, lograron reubicar en el centro de la discusión en torno al desarrollo el tema del crecimiento económico.

A continuación se argumentará la manera en que el neoliberalismo, compartiendo elementos centrales con la propuesta de desarrollo económico de los años 50, revitaliza la centralidad y el papel protagónico del crecimiento económico, y así su obsesión por potenciarlo. La cercanía entre el modelo neoliberal y el discurso del desarrollo es íntima, ello queda claro en las palabras del economista Rick Roden de la organización *Action Aid International* pronunciadas en febrero

de 2009 en la sede central del Banco Mundial: “El llamado Consenso de Washington, portador y exportador del neoliberalismo a lo largo y ancho del mundo, hace parte de una ideología del desarrollo concentrada en el crecimiento económico.” (Roden, 2009).

3.2 Desarrollo, neoliberalismo y la obsesión por el crecimiento

La intención de aportar a una deconstrucción del discurso del desarrollo por la vía del crecimiento económico en la actualidad responde a la identificación de: (1) *aspectos comunes* entre la propuesta de desarrollo económico de los años 50 y el modelo de desarrollo neoliberal que aún hoy es hegemónico en importantes sectores del globo; y (2) *elementos específicos* que, centrales en la propuesta de desarrollo económico de los años 50, subsisten o se retoman hoy bajo los lineamientos de este modelo.

Los primeros, los aspectos comunes, se ubican principalmente en el plano discursivo de ambas doctrinas; los segundos, los elementos específicos, aluden más concretamente a las prácticas concretas que se derivan del espacio discursivo así como del aparataje teórico en el que cada discurso se apoya y se profesionaliza.

Aspectos Comunes

Primero, así como el discurso del desarrollo en los años 50 logró penetrar en las mentes de muchos habitantes del planeta, ubicándose en el centro de prácticamente toda agenda político-económica mundial, el del neoliberalismo, entre la década del 70 y finales de la del 80, logró algo bastante similar aunque en un contexto geopolítico diferente: hacerse hegemónico. En muy poco tiempo, las dos doctrinas lograron convertirse en principios rectores del pensamiento económico y político de sectores importantes del globo, teniendo influencia directa en la formulación y dirección de políticas, así como en la forma en que las personas interpretan y viven el mundo. Al respecto, las siguientes palabras de David Harvey (2005) resultan bastante apropiadas,

Para que cualquier forma de pensamiento se vuelva dominante, un aparato conceptual que apele a nuestras intuiciones e instintos, a nuestros valores y deseos, así como a las posibilidades inherentes al mundo social en el que vivimos, debe ser desarrollado. Si este aparato tiene éxito, encaja de tal manera en nuestro sentido común que se da por sentado y queda exento de cuestionamientos. (Harvey, 2005: 5)

Así, es posible afirmar, tanto para el desarrollo como para el neoliberalismo, que sus aparatos discursivos⁵¹ se instituyeron como ideas dominantes de su tiempo, delineando formas de pensamiento y comportamientos determinadas. Se hicieron hegemónicos en tanto fueron exportados, en gran medida desde sectores hegemónicos, directamente a nuestras mentes permeando así nuestros instintos, intuiciones, valores y deseos. A propósito del carácter dominante del neoliberalismo, las palabras de Max-Neef son ilustrativas: “[...] hay que reconocerle un mérito al neoliberalismo, que es indiscutible, pues ha logrado en tres décadas lo que el Cristianismo y el Islam no han logrado en 2000 años, que es conquistar el mundo entero.” (Max-Neef, 2006: 10).

Segundo, la emergencia del discurso del neoliberalismo también estuvo apoyada en un aparato institucional de corte internacional, a través de la creación de nuevas instituciones afines a su proyecto y de la puesta a su servicio de algunas ya existentes⁵². Este aparataje institucional que sirve de soporte al neoliberalismo es lo que Max-Neef llamó el Vaticano de la seudoreligión neoliberal, compuesto principalmente por las dos instituciones capaces de diseñar el remedio único para todas las enfermedades: el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (Max-Neef, 1997: 2).

Cuando el keynesianismo⁵³ y el intervencionismo entraron en crisis, tuvo lugar lo que Joseph Stiglitz señaló como “la purga de toda influencia keynesiana”⁵⁴. Durante los primeros años de la década del 80, el gobierno de Ronald Wilson Reagan (1981 – 1989), después de haber llegado a considerar cortar el apoyo al Fondo Monetario Internacional (FMI), encontró en el neoliberalismo la fórmula perfecta para armonizar las labores de esta institución con la del *US Treasury* en el intento de resolver los problemas que dieron vida a la llamada Crisis de la

⁵¹ Si bien se habla de dos discursos separados, siendo consistentes con el análisis de Foucault (1972), es importante destacar que más que la identificación de unidades discursivas completamente diferenciadas, acá estamos ante la emergencia de un discurso que si bien trae consigo elementos nuevos, se ubica, alimentando y vitalizando, en el mismo espacio discursivo del desarrollo.

⁵² Las principales instituciones que jugaron un papel activo en este proceso son especialmente aquellas que participaron en el llamado *Consenso de Washington*: el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el Tesoro de los Estados Unidos.

⁵³ En términos generales el keynesianismo, cuyo nombre proviene del pensador John Maynard Keynes, fue una forma de pensamiento que prevaleció con fuerza en el periodo de 1945 – 1980, no obstante sus ideas venían ganando aceptación desde los 30. El keynesianismo sostiene que el nivel de actividad económica se determina por el nivel de demanda agregada y que las políticas monetaria y fiscal pueden estabilizar el proceso de generación de demanda. Durante los 25 años posteriores a la segunda guerra mundial el keynesianismo constituyó el paradigma dominante para entender la actividad económica.

⁵⁴ En inglés a ‘*purge*’ of all Keynesian influences. En: Harvey, 2005: 29

Deuda⁵⁵. “De ahí en adelante el FMI y el Banco Mundial se constituyeron como centros de propagación y refuerzo del ‘fundamentalismo del libre mercado’ y de la ortodoxia neoliberal.” (Harvey, 2005: 29). Al respecto, Broad y Cavanagh (2009), llama la atención sobre la manera en que el Consenso de Washington estuvo apoyado tanto por el sector político de Washington, es decir, el Congreso y los miembros *senior* de la administración, como por el sector burocrático tecnocrático de Washington, es decir, las instituciones financieras internacionales, las agencias económicas del gobierno estadounidense y el Federal Reserve Board.

Tercero, para que este discurso neoliberal se hiciera hegemónico, además de instituciones de corte internacional a su servicio, requirió del soporte de un amplio e influyente aparato teórico. Los principales y más acreditados promotores del neoliberalismo, tal y como ocurrió en el caso del desarrollo, fueron principalmente economistas. Comprometidos con la libertad individual y con la dignidad humana, importantes economistas y filósofos ya habían creado, en 1947, la *Mont Perelin Society* para elaborar las bases de lo que más adelante sería el antídoto a las enfermedades que amenazaban el orden social capitalista. Este grupo, que reunía personalidades de la talla de von Hayek, von Mises y Milton Friedman, alcanzó especial resonancia en la década del 70.

En esta década, crítica para el capitalismo y para las políticas de corte keynesiano, la influencia de *Mont Perelin Society* logró ganar espacio en importantes *think-tanks* y prestigiosas universidades. *Think-Tanks* generosamente financiados como el *Heritage Foundation* en Washington D.C y el *Institute of Economic Affairs* en Londres se pusieron al servicio de esta doctrina que desenterraba y revivía los principios básicos de la teoría liberal clásica. Asimismo, universidades de prestigio como la Universidad de Chicago, desde donde Milton Friedman ejerció significativa influencia, catapultaron y exportaron los principios de este credo en y desde los círculos académicos de mayor autoridad. Como si esto no fuese suficiente, el credo neoliberal ratificó su respeto y centralidad en espacios tanto académicos como políticos, galardonándose con dos premios Nobel de Economía: Hayek en el 1974 y Friedman dos años después. “Honorando a los economistas, el *Nobel Committee* no estaba haciendo nada diferente que dar

⁵⁵ Por *Crisis de la Deuda* se entiende, en términos bastante gruesos, el periodo de crisis en el que entraron gran parte de los países de América Latina a finales de la década del 80 dada la imposibilidad de pagar el servicio de la deuda externa. La Crisis comenzó cuando México declaró públicamente dicha imposibilidad empezando un efecto dominó que se derramaría por muchos otras países de la región.

respaldo a una concepción de la economía que tanto los tomadores de decisión de los gobiernos y los hombres de negocios han sostenido y actuado en consecuencia por lo menos desde la Segunda Guerra Mundial” (Theodore Roszak en: Schumacher 1973: 2).

En este sentido puede señalarse que tanto el neoliberalismo como el desarrollo experimentaron un proceso de *institucionalización y profesionalización*. De la misma manera es importante resaltar que, así como puede verse en la pasada cita de Roszak, tanto la economía del desarrollo de los años 50 como la posterior economía neoliberal son fruto la economía clásica. Aunque se hace más evidente en el neoliberalismo, es importante notar que “Tal y como fue originalmente formulada, la economía del desarrollo fue un *outgrowth* de la economía clásica y neoclásica.” (Escobar, 1998: 432)

Cuarto, es significativo notar cómo la propagación tanto del neoliberalismo como del desarrollo estuvo apoyada en lo que Barbara Stallings (1994) llamó *vinculación* de intereses. Así como los llamados *Chicago Boys* en Chile y el *Kinder de Gaviria* en Colombia, encargados de implementar la doctrina neoliberal en sus respectivos países, aquellos encargados de dirigir los programas de desarrollo en el “Tercer Mundo”, estaban fuertemente vinculados con intereses foráneos inculcados a través de estudios en el exterior o en universidades nacionales estrechamente vinculadas con centros de propagación de conocimiento extranjeros.

“El entrenamiento de estudiantes del Tercer Mundo en universidades norteamericanas o europeas [...] y la familiarización de profesionales con el modelo de ciencia social empírica en universidades del Tercer Mundo, fueron importantes componentes de esta profesionalización del desarrollo [...] Estudiantes colombianos fueron enviados a universidades especialmente en EE.UU donde podían conocer las nuevas técnicas y el esquema mental requerido para esta nueva empresa.” (Escobar, 1998: 431)

Por último, vale la pena añadir que en ambos casos, el discurso y las prácticas derivadas, se valieron de la supuesta neutralidad y objetividad de la cuantificación y los criterios técnicos; esto en sintonía claro está, con los valores de la ciencia social empírica (básicamente la economía) y el despotismo de la técnicas cuantitativas propagadas desde los centros de conocimiento más prestigiosos del mundo. Como lo anota Carrizosa (2001), dos posiciones académicas fueron centrales en el auge del desarrollo en los años 50: los modelos y los indicadores de corte cuantitativo por un lado, y el predominio de la teoría económico por encima de otras ciencias sociales y humanas por el otro (Carrizosa, 2001: 78). Tanto los defensores del desarrollo

económico de los 50 como los neoliberales de los 70 en adelante, sustentaron sus ideas en modelos matemáticos y econométricos, a la vez que defendieron los resultados de sus políticas con indicadores macroeconómicos, abrigándose así con un aura de científicidad y objetividad prácticamente indiscutible.

Los promotores de ambas doctrinas, como lo señala Ahumada (1994) refiriéndose a ‘la élite neoliberal’, al mostrarse como técnicos y no como políticos a la hora de afrontar problemas y realidades “económicas”, además de alimentar su pretensión de neutralidad, se jactaron de una pretendida apoliticidad. Al mostrarse al margen del ‘mundo político’, lograron expresar su proyecto como si estuviera libre de ideologías, corrientes y posiciones políticas. Sin lugar a dudas, el proceso de *profesionalización* que experimentó tanto el desarrollo como el neoliberalismo permitió que los problemas de los que se ocupan se ubicasen en un ámbito por muchos reconocido como neutral y objetivo, el ámbito de la ciencia; tratando así a las personas y a las culturas como meros conceptos y figuras estadísticas.

[El discurso del desarrollo] aparenta no preocuparse más que del bien común, y presenta al “desarrollo” como un conjunto de medidas técnicas (utilización del saber científico, crecimiento de la productividad, intensificación de los intercambios internacionales) y situadas por tanto al margen del debate político [...]” (Rist, 2002: 93 - 94)

Dado esto, no es de extrañarse entonces que, tanto la corriente del desarrollo económico gestada hace ya más de cinco décadas y la del neoliberalismo hegemónica en muchos países en la actualidad, pongan un acento especial en indicadores macroeconómicos como el *Producto Interno Bruto*, el *Producto Nacional Bruto*, el *Producto Interno Bruto* per cápita, los *ingresos*, las *Tasas de Crecimiento Económico*, las *Tasas de Retorno de la Inversión* (tanto extranjera como doméstica), el *Índice de Precios al Consumidor*, la *inflación*, etc. estadísticas por excelencia, objetivas y neutrales.

Como lo señala Rist (2002), lo que está detrás de esta estrategia discursiva, presente tanto en el desarrollo como en el neoliberalismo, es una falsa creencia que supone que la técnica es ideológicamente neutra, que no acarrea consigo coste cultural-social alguno y que no lleva en sí misma el ‘código genético’ de la sociedad que la produjo; en este caso, la sociedad occidental. Krugman (1994), por su parte, anota que la preferencia por los modelos cuantitativos es reflejo

del derecho que todo académico tiene a no tratar de capturar la riqueza y complejidad de la realidad que estudia, el derecho a ser “idiota” al representar el mundo con un modelo simple.

Para sintetizar, apoyándome en la argumentación de Slater (1992, 1993), quien sostiene que el desarrollo está ‘enfascado’ en la imaginación política de Occidente, queda claro que en el espectro discursivo el neoliberalismo de la contemporaneidad lleva consigo una creencia suprema en la aplicabilidad y racionalidad universal del proyecto occidental del desarrollo.

Elementos Específicos

A continuación se expondrán algunos *elementos específicos* que, siendo centrales en el discurso del desarrollo económico de la inmediata post-guerra subsisten hoy y en gran medida son revitalizados en el modelo neoliberal.

Primero, la tendencia presente en el discurso del desarrollo a reducir toda explicación y análisis a la esfera económica, considerándola autónoma e independiente, subsiste en el discurso neoliberal. En ambas formaciones, tanto lo político como lo social, y aún más lo cultural, están subsumidos por lo económico, relativizando así su importancia. Esta tendencia descansa considerablemente en la siguiente idea errada, comúnmente apoyada en la fe en el denominado efecto *trickle down*⁵⁶: las mejorías sociales automáticamente se derivan de las mejorías económicas.

El discurso del desarrollo económico trata de mostrar que el bienestar social, e incluso la *felicidad*, se derivan del crecimiento económico de nuestras naciones y por esta vía de nuestra capacidad de consumo de bienes y servicios⁵⁷. En este orden, el discurso del desarrollo y la interminable e insistente carrera por el crecimiento económico, planteó el *bien-estar* como producto del *bien-tener*⁵⁸, o yendo más allá, el *bien-estar* como *bien-tener*. Sin lugar a dudas, esta relación directa y aparentemente indisoluble que en la propuesta de desarrollo económico⁵⁹

⁵⁶ La utilización de este término se le debe al presidente Ronald Reagan, quien por primera vez lo acuñó en un discurso dado en 1981. Sobre la importancia de este efecto al interior del discurso del desarrollo y la obsesión del crecimiento se volverá más adelante en el capítulo cuarto.

⁵⁷ Al respecto resulta ilustrativa “la era del gran consumo masivo” de Rostow como meta del desarrollo.

⁵⁸ Los términos en inglés, utilizados por Latouche (1997), pueden resultar más ilustrativos: *well-being* y *well-having*.

⁵⁹ Es meritorio reconocer que Amartya Sen, principalmente en *Desarrollo y Libertad* (1999), avanzó mucho, desde una perspectiva bastante crítica, en esta relación riqueza y bienestar. A su vez las obras de Max-Neef, permitieron avanzar bastante en la misma dirección crítica.

se plantea entre riqueza y bienestar subsiste, y se revitaliza, en el neoliberalismo como un aspecto central de su andamiaje teórico y discursivo.

La privatización de empresas públicas, los derechos de propiedad para firmas extranjeras en negocios nacionales, la repatriación de beneficios o ganancias extranjeras, el tratamiento nacional a firmas extranjeras, la eliminación de barreras al comercio, la apertura de bancos nacionales al control extranjero, son todas medidas o políticas que de alguna u otra manera hacen parte de cualquier agenda neoliberal. De acuerdo con los teóricos del neoliberalismo, todas estas “[...] son tanto necesarias como suficientes para la creación de riqueza y por esta vía, para mejorar el bienestar de toda la población.” (Harvey, 2005: 7). En otras palabras, el neoliberalismo trata de mostrar que estas medidas, de corte estrictamente económico-financiero, son tanto *necesarias* como *suficientes* para alcanzar, no sólo mayores índices de crecimiento económico y riqueza nacional, sino también para mejorar el bienestar de la sociedad. Por ejemplo, Bejarano describe, como uno de los principios básicos del neoliberalismo, que “[...] el proceso de comercio e intercambio entre individuos tiene tanto propiedades de eficiencia para lograr el bienestar colectivo, como de exaltación de la libertad” (Bejarano, S.F: 1).

La centralidad y supremacía de la dimensión económica frente a otras dimensiones se hace manifiesta también en la suposición neoliberal de que las libertades individuales están garantizadas por la libertad del mercado y del comercio. El neoliberalismo presenta la libertad del mercado como una de las principales aspiraciones de la humanidad, como el conducto certero para alcanzar la libertad individual, la vida digna, el bienestar e inclusive, la felicidad. Como lo afirma Harvey (2002), los valores neoliberales enfatizan en la importancia de las relaciones contractuales en la escena del mercado, sosteniendo que el bien social se maximiza al maximizarse el alcance y la frecuencia de este tipo de transacciones. De esta forma, el mercado, sustituyendo creencias éticas de antaño, aparece en sí mismo como una nueva ética que actúa como guía de toda acción humana.

En primera instancia el neoliberalismo es una teoría de prácticas de economía política que propone que el bienestar humano puede ser promovido con más fuerza a través de la liberación de libertades empresariales y de habilidades individuales bajo un marco caracterizado por profundos derechos de propiedad privada, libre mercado y libre comercio. (Harvey, 2005: 2)

En lo que tiene que ver con el discurso del desarrollo, no se puede perder de vista que la ‘invención’ del subdesarrollo es una de las improntas máximas de la centralidad y exclusividad de la esfera económica inherente al discurso. Recordemos, como ya se mencionó, que el subdesarrollo no es concebido como el resultado de procesos históricos y sociales situados en un contexto específico sino más bien como un mero estado de escasez y por lo tanto, para la teoría económica, como un ‘dato natural’ a combatir. “Definiendo el “subdesarrollo” como un simple estado de carencia, el economicismo imponía su orden.” (Rist, 2002: 95 –*nota al pie 26*)

Segundo, y de especial importancia para avanzar en dirección de los objetivos de esta investigación, es clave identificar como *elemento específico* de continuidad entre ambos discursos, el lugar estelar que ocupa el crecimiento económico. Sin lugar a duda, potenciar el crecimiento económico de las naciones se ubica entre los objetivos máximos del proyecto neoliberal así como del desarrollo. Max-Neef (1997, 2006) identifica tres dogmas claros en lo que él llama al seudoreligión neoliberal y que componen lo llama, siguiendo la metáfora con al religión, la Santísima Trinidad del neoliberalismo. El primero de estos dogmas es el crecimiento económico (Max-Neef, 1997: 2).

Entendiendo el neoliberalismo más que como mera doctrina económica o teoría de economía política acompañada de determinadas prácticas, el neoliberalismo es una estrategia, o conjunto de estrategias, encaminada a renovar el sistema y modo de producción capitalista que en los años 70 atravesaba por un agitado periodo crítico⁶⁰. Este esfuerzo de revivir la economía a nivel mundial se sustentó, más allá de las prácticas concretas, en tres aspectos generales: desestancar y potenciar la capacidad de acumular capital, disparar las tasas de crecimiento económico, y alcanzar altas tasas de retorno de la inversión extranjera. Esto con el objetivo de superar dos azotes principales: el surgimiento y crecimiento acelerado del desempleo y las desenfrenadas tasas de inflación.

Si recordamos algunos elementos centrales de la propuesta de desarrollo económico de Rostow y el modelo de crecimiento Harrod-Domar, encontraremos una cercanía especial con estas

⁶⁰ Según el análisis que presenta Harvey (2005), la crisis del sistema capitalista en aquel periodo era esencialmente una crisis de acumulación de capital que descansaba en el desempleo y la inflación. En sus palabras: *The crisis of capital accumulation in the 1970s affected everyone through the combination of rising unemployment and acceleration inflation.* (p. 14)

estrategias neoliberales: necesidad imperiosa de crecimiento económico, énfasis en el aumento de la masa de capital, importancia de la inversión (tanto extranjera como doméstica).

Tercero, en estrecha relación con el anterior y recalando que ninguno de los dos discursos es neutral por más apolíticos y a-ideológicos que se muestren, es pertinente notar cómo el modelo neoliberal también juega el papel de mecanismo para disparar los préstamos y las transferencias internacionales de capital bajo un esquema muy similar al creado en los años del desarrollo económico donde los países ‘desarrollados’ prestan y los ‘subdesarrollados’ reciben.

Si la sed de crecimiento económico, que en la propuesta de desarrollo económico se saciaba mediante la creación de capital vía ahorro e inversión, requería en algunos casos acudir al capital extranjero, este capital también aparece como una ficha clave en el ajedrez neoliberal. El Plan Baker es un ejemplo ilustrativo. A través de este Plan diseñado por el Secretario del Tesoro de los Estados Unidos, James Baker, se hacían préstamos privados a los países “subdesarrollados” y ya altamente endeudados a cambio de austeridad fiscal (promulgada por el FMI) y ajuste estructural (promulgado por el Banco Mundial), esto con la intención de vitalizar la economía y de exportar el credo neoliberal en todo el mundo (Broad y Cavanagh, 2009: 24).

La importancia de estos capitales y de alcanzar elevadas tasas de retorno es, en gran medida, la razón de ser de algunas de las estrategias propias del proyecto neoliberal promovidas globalmente. La liberalización del crédito internacional y la liberalización de los mercados financieros son dos ejemplos suficientemente ilustrativos. Como apunta Harvey (2005), la banca financiera de los países ‘desarrollados’, en su búsqueda de producción de ganancia, se encontró con que las opciones dentro de estos países –como por ejemplo los Estados Unidos- no eran las mejores dadas la bajas tasas de retorno de mediados de los 70 en particular y las deprimidas condiciones económicas en general. Por lo tanto, se vieron ante la necesidad de buscar en el exterior opciones más provechosas en términos de márgenes de ganancia. Allá encontraron, específicamente en los países “en desarrollo”, gobiernos ansiosos por recibir préstamos. “Los bancos de inversión de Nueva York siempre han tenido actividad internacional, pero después de 1973 esta actividad se disparó al estar estos más que nunca enfocados en prestar capital a gobiernos extranjeros.” (Harvey, 2005: 28).

Cuarto, bajo el discurso del desarrollo, así como bajo los lineamientos del neoliberalismo, los países son llamados a crear un ambiente que incentive la inversión extranjera, lo que supone un serio compromiso con el avance del capitalismo. Un compromiso que además de materializarse en una serie de medidas macroeconómicas puntuales, se manifiesta en otras esferas como en el control de sentimientos nacionalistas y movimientos de izquierda -incluidos en ocasiones la clase trabajadora, el campesinado, las negritudes, los grupos indígenas, entre otras “minorías”-. Si bien el contexto internacional de cada uno de los discursos difiere en algunos aspectos centrales, es válido señalar que el interés de Occidente por detener y evitar el avance del fantasma del socialismo y propagar el modelo económico capitalista juega en ambos momentos un papel significativo.

Por último, en la misma medida en que es posible señalar que el proyecto que se desprendió de la ‘invención del desarrollo’ en la postguerra servía a los intereses de los Estados Unidos particularmente, es posible afirmar que el proyecto neoliberal está también al servicio de intereses particulares. Si bien no es del todo válido aseverar que el neoliberalismo está al servicio de los Estados Unidos y que el giro que experimentó el mundo hacia este nuevo modelo fuese resultado de una ‘invitación’ tendida por la Casa Blanca⁶¹, sí es posible señalar que el neoliberalismo sirve a una clase determinada que, a través de la ya mencionada creciente vinculación de intereses, se hace cada vez más global.

El proyecto neoliberal no es neutro en el sentido en que favorece a un clase que se ubica en la cúspide de una pirámide económico-social global y a sus intereses particulares. En abstracto, el poder económico es el gran ganador del proyecto neoliberal, un poder que se ha globalizado sin que paralelamente se haya globalizado un poder político que ayude a corregir las imperfecciones y disparidades que genera (Max-Neef, 1997: 9). En concreto, las élites en el poder, así como los inversionistas extranjeros, son los principales favorecidos por las políticas de corte neoliberal, especialmente por aquellas que apuntan a una disminución de los impuestos a las inversiones y que favorecen la apertura de los mercados para facilitar flujos y movimientos transnacionales. El ingreso nacional, que en muchos casos se ve disparado por las políticas neoliberales, se reparte en

⁶¹ Si bien es válido señalar que los Estados Unidos son responsables en grado considerable de giro hacia el neoliberalismo que experimentó Pinochet en Chile durante los tempranos años 70 y el posterior giro que prácticamente todos los países de América Latina experimentaron a finales del 80 y principios del 90, no es tan fácil corroborar que haya una influencia directa de los Estados Unidos en el giro experimentado por ejemplo por Margaret Thatcher en Inglaterra y por Deng Xiaoping en China.

una porción minoritaria de la población⁶² que no cesa de enriquecerse. El grupo de los grandes beneficiados por el neoliberalismo a escala global está compuesto principalmente, según la descripción que hace Harvey (2002), por: propietarios y gerentes (en muchos casos ambos accionistas) de empresas capitalistas muchas veces de corte transnacional, las corporaciones financieras y los CEOs –Chief Executive Officer⁶³-, el sector de la biotecnología y las TICs –Tecnologías de la información y la comunicación- y por último, la empresas multinacionales que logran intensificar su operatividad transnacional en este contexto neoliberal de apertura y que crea un ambiente propicio para la inversión extranjera.

Al servir a intereses particulares y al beneficiar notoriamente a grupos determinados, ni el discurso de desarrollo neoliberal ni el discurso del desarrollo como crecimiento pueden considerarse neutros, por más énfasis en la cuantificación y en criterios técnicos, supuestos símbolos de objetividad y neutralidad.

Hasta el momento en esta investigación se han alcanzado tres de los objetivos planteados inicialmente. Primero, se presentaron y analizaron los principales elementos del desarrollo entendido como formación discursiva a la luz del análisis proporcionado por el posestructuralismo principalmente desde la voz de Foucault. Segundo, se describió y argumentó la persistencia de algunos de los aspectos estructurales y estructurantes del discurso del desarrollo en la actualidad; persistencia que se cristaliza en las múltiples continuidades que pueden identificarse entre el discurso del neoliberalismo y el discurso del desarrollo, aclarando que no se trata de dos discursos diferenciados en su totalidad, si no de una nueva voz discursiva que aunque trayendo nuevos elementos y conceptos, se mueve dentro del mismo espacio discursivo creado décadas atrás, alimentándolo y vitalizándolo. Tercero, se identificó al crecimiento económico como uno de esos conceptos clave y elementos estructurantes del discurso del desarrollo que, presente en los primeros años de formación discursiva, sigue estando hoy en el núcleo duro del desarrollo en medio del discurso neoliberal.

⁶² La relación crecimiento y distribución será elaborada con mayor detalle en el capítulo cuarto.

⁶³ Es pertinente anotar que el mundo financiero adquiere una centralidad especial en el contexto neoliberal incluso por encima del mundo de la producción.

4. EL MITO DEL CRECIMIENTO ECONÓMICO

Hasta el momento se mostró la manera en que el crecimiento económico adquirió una centralidad preponderante al interior del discurso del desarrollo durante los primeros años de formación discursiva. Así mismo se mostró la forma en que, más recientemente y como resultado de la implementación del modelo neoliberal, esta centralidad ha sido revitalizada. Este capítulo se concentra en lo que he denominado el *mito del crecimiento*, buscando revelar algunas de las falacias sobre las que se sostiene, aportando así, por la vía de la deconstrucción, a despejar el camino y posibilitar el surgimiento y fortalecimiento de posiciones, propuestas y estrategias realmente alternativas al desarrollo.

Siguiendo a Escobar (1995), la columna vertebral del discurso del desarrollo es la *economía del desarrollo*, entendida como un conjunto de saberes científicos (paradigmas, modelos, teorías, prácticas y experiencias) del campo de estudios de la economía enfocados en el “Tercer Mundo”, la problematización de la pobreza y la posibilidad, vía planeación, de materializar el desarrollo en aquellas aéreas del mundo bautizadas como atrasadas y subdesarrolladas⁶⁴. Entendida de esta manera, la *economía del desarrollo* se ha sostenido en un conjunto de ‘fábulas’⁶⁵ –del mercado, de la producción, del capital, del crecimiento- que “[...] rara vez se cuestionan, y se consideran formas normales y naturales de ver la vida, “la forma de ser de las cosas”.”(Escobar, 1995: 120). Por esta razón, cualquier intento serio de deconstrucción debe centrar la atención en su desmantelamiento y cuidadoso desmonte. De manera consistente con la crítica que en este escrito se planta al desarrollo como formación discursiva desde el post-estructuralismo, entender el crecimiento económico como un mito (o fábula) exige aproximarse a la economía no sólo como un campo disciplinar enfocado en problemas tales como la producción y el trabajo, sino también como un discurso cultural dominante.

Diferentes teóricos, entre ellos el mismo Escobar (1995, 2005), señalan que la obsesión por el crecimiento se desvaneció en los años 70, y hablan así, como Arndt (1978), del *auge y caída del crecimiento económico*. En este escrito no se desconoce ni niega la existencia, en los

⁶⁴ Para profundizar en lo que se entiende por ‘economía del desarrollo’ desde una posición crítica post-estructuralista recomiendo ver el capítulo segundo de Escobar (1995).

⁶⁵ Expresión tomada de Escobar (1995).

años 60s y 70s, de intentos de replantear el desarrollo atacando la sinonimia con el crecimiento económico. Sin embargo, se considera que esos intentos no representan una reformulación drástica y significativa, en tanto dejan prácticamente intacto el núcleo duro del discurso y sus supuestos fundamentales. Entre estos supuestos el crecimiento económico ocupa un lugar central. Sea hoy considerado o no sinónimo de desarrollo, es considerado ficha clave para erradicar los problemas del “Tercer Mundo”, hasta el punto de convertirse en un fin en sí mismo y en indicador infalible de progreso. En este sentido, se puede decir que a lo largo de estas décadas hemos sido testigos de múltiples mutaciones al interior del espacio discursivo dominante, mutaciones que además de no ser estructurales, en muchos casos han terminado por alimentarlo y fortalecerlo.

El crecimiento económico data de mucho antes de la ‘invención del desarrollo’; fue objeto de interés de la economía clásica, de los influyentes trabajos de J. M. Keynes y fue planteado como meta a alcanzar inclusive antes de la Revolución Industrial. Sin embargo, con la consolidación de la *economía del desarrollo* como discurso cultural apoyada en un sólido aparato teórico e institucional, el crecimiento económico se impuso como un imperativo universal necesario, inaplazable e indisputable. En el “Tercer Mundo” apareció indispensable en la tarea de desarrollar al subdesarrollo y superar la pobreza. Los problemas que el discurso del desarrollo estimó apremiantes y la forma en que debían tratarse, fortalecieron la posición privilegiada del crecimiento económico. Enfermedades que se le diagnosticaban al mundo subdesarrollado, tales como la pobreza, la escasa capacidad de ahorro, la insuficiente inversión, el poco capital, la exigua industrialización, la baja productividad, la baja capacitación de la mano de obra, entre otros, sólo podían ser abatidos y superados a través del crecimiento económico.

“El crecimiento económico se ha convertido en un fetiche en el mundo: no hay día que el tema del crecimiento no esté permanentemente presente entre políticos y jefes que toman decisiones. Es una verdadera obsesión, una obsesión, a mi juicio, que ha llegado a niveles patológicos y que ustedes deberían preocuparse de curar” (Max-Neef, 2006: 3).

El discurso del desarrollo, en un principio, pareció plantear el crecimiento como un medio, como un remedio infalible para la pobreza, el desempleo y otra serie de males diagnosticados al “Tercer Mundo”. Así se ubicó legítimamente como columna estructurante del discurso, interiorizando sus cualidades curativas y su urgente necesidad en las representaciones de los pobladores de vastas zonas del mundo, quienes demandaban y exigían con urgencia medidas enfocadas a su

consecución. Con el tiempo, y siendo reiterado en los modelos de desarrollo de corte neoliberal, terminó siendo concebido, y consiguientemente practicado y perseguido, como un fin en sí mismo.

La posibilidad de planificar el crecimiento económico (y por ende el desarrollo) en las sociedades atrasadas sirvió para catapultarlo como meta global de la *economía del desarrollo* y como panacea para superar el subdesarrollo. La planeación, entendida como la aplicación de conocimiento científico y técnico en el dominio público, resultó ser ficha clave para legitimar el proyecto de desarrollo como crecimiento, así como para alimentar las grandes esperanzas que se gestaban en el “Tercer Mundo”. Mostró que el cambio social podía ser dirigido, que las teorías y modelos que los economistas más destacados elaboraban basándose en diagnósticos formulados por el Banco Mundial y el FMI, podían traducirse en la práctica a través de programas y proyectos concretos. Estos programas, además de la aprobación de las instituciones financieras internacionales, contaban con el beneplácito de los gobiernos nacionales de los países del Tercer Mundo y la fe de los pobladores que habían ya interiorizado el discurso. “Las teorías del crecimiento económico, que dominaron el desarrollo en ese entonces, otorgaron la orientación teórica para la creación de un nuevo orden, y los programas nacionales de planeación otorgaron los medios para alcanzarlo.” (Escobar, 1992: 135). Sin embargo, la planeación no era simplemente la aplicación de un conocimiento teórico en torno al desarrollo, era la técnica en la que la profesionalización del discurso convergía con su institucionalización, era “[...] el instrumento a través del que la economía se hizo útil conectada de forma directa con las políticas y el Estado.” (Escobar, 1998: 432)

La posibilidad de crecer, industrializarse, modernizarse y así desarrollarse apareció, de la mano de la planeación, como una realidad plausible. Sin embargo, no se tuvo en cuenta que la planeación, además de ser un medio para alcanzar el crecimiento y el desarrollo, es también un sistema de representación particular que descansando en un cúmulo de prácticas que se muestran como neutrales, objetivas y racionales. Sin negar las bondades de la planeación, ni los éxitos que se han conseguido a su merced, es importante identificar en esta, por lo menos en lo que atañe al discurso del desarrollo, tal y como nos lo ha hecho notar Mitchell (1988), Escobar (1995) y

Latouche (1997) entre otros, una tendencia a la estandarización de la realidad que conlleva dominación y en ocasiones castra lo diverso y diferente⁶⁶.

Los discursos occidentales del desarrollo fueron desplegados por medio de prácticas de las agencias de planeación, las instituciones locales de desarrollo y las organizaciones de salud. Las personas pensaban y actuaban a través de categorías occidentales, viendo el mundo no como era sino a través de un lente desarrollista occidentalizado. En resumidas cuentas, la realidad fue socialmente construida en el sentido de entenderse y recrearse a través de ideas occidentales. (Peet y Hartwick, 1999: 146)

Dicho esto, lo que se busca mostrar en este capítulo es que las supuestas bondades del crecimiento económico, núcleo duro del desarrollo y obsesión de la planeación del desarrollo, están sustentadas en una serie de falacias que deben ponerse al descubierto. A continuación se buscará aportar a la desestructuración este mito mediante la exposición de *tres falacias del crecimiento*⁶⁷: (i) como distribución, (ii) como reducción de la pobreza y (ii) como generación de empleo.

4.1 Tres falacias del crecimiento económico

La ‘invención del desarrollo’ y la carrera por alcanzar el PIB más alto trazó la meta de incrementar los estándares de vida de todo el mundo y en especial de las áreas bautizadas subdesarrolladas. Para ello, la industrialización, la tecnología, la productividad y el crecimiento se identificaron como medios infalibles, ignorando en ocasiones que estos podrían resultar tanto favorables como desfavorables para elevar los estándares de vida. Fueron “[...] considerados como los únicos medios para alcanzar el bienestar [...] siempre buenos en tanto aumentan las posibilidades, generan empleo (incluso cuando a la vez se deshacen de otros) y ofrecen soluciones a todos los problemas que ellos causan.” (Latouche, 1997: 137 – 138).

No obstante, la lógica del crecimiento como medio no está en condiciones de sobrevivir a un examen serio. Como lo han señalado diferentes autores, los beneficios del crecimiento descansan en la suposición de que un efecto *trickle-down* va a tener lugar. “El llamado al crecimiento económico a ser el objetivo básico de la humanidad está basado principalmente en el famoso

⁶⁶ Para profundizar en esta forma crítico-cultural de entender la planeación sugiero ver Escobar (1992) y (1998). La argumentación presentada bebe de estos escritos.

⁶⁷ No se rechaza la posibilidad de que el mito del crecimiento esté apoyado en más falacias que las tres que acá se exponen. Sin embargo, después de una amplia revisión bibliográfica y un ejercicio de análisis, se considera que estas tres hacen parte de las más significativas y adquieren especial importancia en un análisis que acentúa la atención en el llamado Tercer Mundo.

efecto *trickle-down*, enaltecido por la euforia de los mitos de la modernidad.” (Latouche, 1997: 139). Según este efecto, los desfavorecidos, tarde o temprano, se beneficiarían del crecimiento, de la generación de empleo, del aumento de los bienes y servicios derivados de este, y en general, del la riqueza conquistada. Esta, que en un principio puede concentrarse en unos pocos, terminará por *derramarse* por toda la población a través de la demanda de servicios y de la inversión. La fe en este efecto descansa esencialmente en que parece haber funcionado bien en los países industrializados y desarrollados en los llamados *Treinta Años Gloriosos*⁶⁸. Sin embargo, a nivel global y en medio del contexto de liberalización actual, este efecto no parece funcionar: después de más de cinco décadas de discurso y prácticas de desarrollo pro-crecimiento, pocos hemos sido testigos de aquel efecto derrame.

El balance del neoliberalismo, y de las medidas pro-crecimiento, es desolador en muchos sentidos: “[...] ha contribuido a debilitar las políticas sociales, las posibilidades de acceso de los grupos pobres a los servicios básicos, ha concentrado los beneficios que brindan las oportunidades del mercado en unos pocos grupos, de modo que si antes no fueron claras las ventajas del Estado, ahora no son claras las ventajas del mercado.” (Bejarano, SF: 4).

A continuación se mostrarán tres falacias del mito del crecimiento que proporcionan razones por las que el *efecto derrame* no tiene lugar en medio del contexto económico actual. Se mostrará cómo ideas aceptadas del campo de estudios de la economía devienen en falacias a través de una explicación general del funcionamiento económico, principalmente del denominado “Tercer Mundo”, en tiempos de apertura y liberalización de los mercados.

4.1.1 La falacia del crecimiento como distribución

Esta falacia se sostiene principalmente sobre la idea errónea, proveniente en sentido considerable de la teoría económica clásica y neoclásica y de los modelos de crecimiento ortodoxos, de que el crecimiento económico es neutral, incluso positivo, frente a la distribución de los ingresos. Esta idea ha llevado a que, en la carrera por el crecimiento, éste se considere un indicador de éxito *per*

⁶⁸ Esta expresión fue acuñada por el economista francés Jean Fourastié (“Trente Glorieuses”) y ha sido retomado por diferentes académicos para referirse al periodo comprendido entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y la Crisis del Petróleo a principios de los 70.

se, sin que esté aparejado con otros aspectos como la distribución de los beneficios y oportunidades que puede brindar el mercado, las posibilidades de acceso por parte de los grupos pobres a bienes y servicios básicos y la construcción de nuevos empleos en condiciones formales. Como señala Castells, basándose en la experiencia colombiana, “[...] la teoría y la realidad demuestran que el crecimiento económico no es neutro. El crecimiento no favorece a toda la sociedad por igual; suele favorecer más a unos que a otros.” (Castells, 2007: SP).

En materia de la relación entre crecimiento y distribución, uno de los más influyentes estudios ha sido el de Kuznets (1955), que en términos generales señala que el crecimiento, después de un periodo, acorta las desigualdades sociales⁶⁹. Kuznets planteó una relación prácticamente estable entre el nivel de ingresos de un país y su distribución al interior del mismo, basándose en la hipótesis de que la modernización supone una mayor productividad que crea su propia demanda. Esta hipótesis se basa a su vez en la famosa Ley de Say⁷⁰ según la que, en términos muy resumidos, toda oferta genera su propia demanda. A la luz de este análisis se sigue que el crecimiento económico va de la mano de mejoras sociales y de una más equitativa distribución a través de la elevación de la productividad, de un alza en los salarios que los ubica por encima de esta y de un incremento de la participación del trabajo en el total del PIB.

De los modelos de crecimiento ortodoxos y las teorías basadas en la Ley de Say se esperaba que el crecimiento experimentado se traduzca en una mejor distribución de los ingresos, o en el peor de los casos, que no la empeore. Sin embargo la realidad ha sido muy diferente, hemos atestiguado un constante incumplimiento de la hipótesis de Kuznets⁷¹ y de Ley de Say⁷², que para

⁶⁹ De manera más precisa, lo que plantea la hipótesis de Kuznets, tal y como señalan Dollar y Kraay (2000) y Castells (2005), es que el crecimiento económico, en las primeras etapas de desarrollo, tiende a acrecentar las inequidades, pero en una etapa posterior, estas logran decrecer considerablemente. Kuznets planteó que la relación entre el ingreso nacional per cápita de una economía y la distribución de este sigue el patrón de una “U” invertida: el ingreso per cápita y la desigualdad incrementan conjuntamente hasta que se llega a un umbral a partir del que más crecimiento está acompañado de una distribución más equitativa.

⁷⁰ Esta ley, atribuida al economista francés Jean Baptiste Say (1767 – 1832), aduce que no hay oferta sin demanda en tanto toda oferta genera su propia demanda. Propone que la producción de bienes en un sistema económico implica una demanda agregada suficiente para comprar todos los bienes ofrecidos de tal manera que no hay espacio para la sobreproducción, desempleo de recursos productivos o subconsumo por periodos prolongados. Nótese que de este principio no se sigue que los productores puedan ignorar las preferencias de los consumidores, señala que los recursos productivos no permanecen ociosos por falta de demanda agradada indefinidamente en el tiempo. (Ver: Say: 2005)

⁷¹ Deininger y Squire, en un estudio de 1996, desafiaron la hipótesis de Kuznets a través de un extenso examen sustentado en 682 observaciones del Índice de Gini para más de 108 países, señalando que no existía evidencia de que el crecimiento económico se tradujera en una mejor distribución después de un determinado periodo de tiempo (es decir, que no tenía lugar el comportamiento de U-invertida señalado por Kuznets)

⁷² Para profundizar en la manera en que esta ley se incumple y las razones de su incumplimiento recomiendo ver Sarmiento (2008) pp. 65 – 73.

el caso latinoamericano, tal como señala Sarmiento (1998, 2005, 2008), se ha exacerbado en el reciente contexto de apertura y libre mercado. Así, hemos visto cómo el crecimiento económico, en un balance mundial, no ha estado acompañado forzosa ni automáticamente de mejoras en la distribución del ingreso.

Es un hecho contundente que el crecimiento no se ha traducido en mejoras en materia de distribución, la situación de la distribución a nivel global es hoy preocupante. Pese a que hemos presenciado un crecimiento económico general –Dollar y Kraay (2000) afirman que la economía mundial ha crecido sostenidamente desde los 90-, por lo menos en el mundo “en desarrollo”, la distribución ha empeorado en un mayor número de países que en aquellos en los que ha mejorado⁷³.

Al respecto Sarmiento afirma que en los últimos 20 años en América Latina “El ingreso per cápita ha crecido entre 2,5% y 3,5% [mientras] la distribución del ingreso se ha empeorado y la pobreza ha aumentado” (Sarmiento, 2008: 234). Para el caso colombiano, Castells (2005) afirma algo similar: mientras la economía crece a buen ritmo [...], aproximadamente el 10% más pobre de la población colombiana participa en tan solo un 1.1% de los ingresos totales del país, mientras el 10% más rico lo hace en 46.1%, en un país donde el coeficiente de Gini se acerca ya a valores cercanos a 0.6” (Castells, 2005: SP).

Bebiendo de la argumentación de los economistas Sarmiento (1998, 2005, 2008), Castells (2005), y Nuñez y Espinosa (2005), es posible identificar, en el actual contexto neoliberal y de exacerbada globalización, tres factores centrales que permiten entender el porqué de la desigual distribución que hoy registramos a pesar de haber alcanzado en muchas ocasiones tasas positivas de crecimiento.

1. Fuerte caída de los salarios reales. Hoy en día los salarios, en gran medida determinados o condicionados internacionalmente, se ubican por debajo de la productividad. Las grandes firmas, buscando aumentar su margen de ganancia, buscan nichos de producción con costos menores. Buscan conseguir factores de producción, entre estos el trabajo, a precios más bajos. Los países en desarrollo, sedientos de inversión extranjera directa como motor de crecimiento, se las arreglan de diversas maneras para constituirse en nichos atractivos

⁷³ India y China son quizá los dos países en desarrollo en los que más se ha mejorado la cuestión de la distribución. No obstante, como lo muestra Sarmiento (2008), lo que estos dos países ganaron en esta materia es muy inferior a lo que los demás han perdido.

para el capital foráneo. Uno de los elementos que hacen de un país un ambiente atractivo para la inversión extranjera es la posibilidad de pagar salarios más bajos, inclusive por debajo de la productividad.

2. Ampliación de la brecha entre los salarios pagados a la mano de obra calificada y no calificada. La globalización y la agenda neoliberal presionan por la eliminación de barreras al comercio internacional y prácticamente todo tipo de medidas de protección nacional. Esta desprotección lleva a una caída de los precios internacionales de los productos de menor o nula complejidad tecnológica. Son muchos los países, prácticamente todos, los que pueden producir bienes rudimentarios en los que poca tecnología e industria avanzada es involucrada; paralelamente, son muy pocos los que están en la capacidad de elaborar bienes de alta complejidad tecnológica. Por lo tanto, el mercado internacional libre de protecciones, se ve inundado de productos rudimentarios que, en tanto se producen en tantas diferentes partes del globo, no encuentran mayor demanda en el exterior (se incumple la Ley de Say). El mercado se ve ante una situación de sobreoferta de determinados productos que presiona a la baja de los precios y por esta vía a la baja de los salarios que se pagan por su producción; esto es, en gran medida, los salarios que se pagan a la mano de obra no calificada.
3. Tendencia a las privatizaciones y a las fusiones. Una de los aspectos centrales del ideario neoliberal sostiene que el Estado es ineficiente por naturaleza y que la gestión privada, presionada por la competitividad, es más eficiente. Esto ha llevado, por lo menos en muchos países del “Tercer Mundo”, a una fuerte ola de privatización de empresas públicas⁷⁴. La privatización de estas empresas, en muchos casos, ha conducido a la consolidación de poderes monopólicos que administran los nuevos activos adquiridos a la luz de intereses particulares y del lucro individual, es decir, establecen a su gusto los precios, las tarifas y las tasas con la intención de ampliar los márgenes de ganancia. Los costos sociales de esta dinámica han sido enormes, se han reducido plantas de trabajadores, se han desmontado los sindicatos, se han bajado los salarios, e incluso, se ha favorecido la informalidad laboral⁷⁵. “En términos generales, las privatizaciones han fortalecido el poder del capital sobre el trabajo. Quien tiene más capital gana más y coloca en posición de inferioridad a los trabajadores.” (Sarmiento, 2008: 256)

⁷⁴ Es importante reconocer que algunos países de la región, por ejemplo Venezuela y Bolivia, en los últimos años se han esforzado por subvertir esta tendencia, buscando nacionalizar de nuevo empresas, especialmente en el sector de los hidrocarburos. De la misma manera, resulta pertinente destacar que en países como Ecuador y Bolivia, en gran medida gracias a estos cambios de estrategias, se han venido desarrollando alternativas de desarrollo e inclusive alternativas al concepto mismo de desarrollo en cierto grado como reacción a las tendencias neoliberales. Aunque no hace parte de los objetivos de este análisis, se reconoce que estudiar estas alternativas es una tarea urgente que la ‘corriente’ del post-desarrollo debe emprender en tanto es una forma importante de constatar muchos de sus preceptos en casos concretos.

⁷⁵ La relación entre la tendencia a las privatizaciones y el problema de la inequidad en la distribución adquiere aún mayor importancia si se tiene en cuenta que uno de los principales sectores presa de la privatización es el de los servicios sociales.

Estos tres factores, que han tenido lugar en medio de un clima general de crecimiento económico y que en grado considerable son resultado de medidas adoptadas en función de generarlo, se ubican entre las principales causas del deterioro de la distribución del ingreso tanto entre países (especialmente el primero y el segundo) como al interior de los países (especialmente el tercero). Sin plantear que haya una relación directa⁷⁶ y constante entre crecimiento y distribución en la que un aumento de primero factor conduce al deterioro del segundo, con la anterior argumentación se evidencia que gran parte de las medidas pro-crecimiento no son neutras, ni mucho menos positivas, en relación con la distribución, tal y como nos quiso mostrar la ortodoxia económica y los influyentes trabajos de Kuznets.

Ante tal situación, surge entonces la pregunta por ¿cuál es rol de las políticas sociales y asistenciales? Este tipo de políticas parecen no afectar sustancialmente los comportamientos y realidad económica. Además de que resultan, en muchas ocasiones, inefectivas en su intento de compensar las desigualdades, cuando logran tener un efecto notorio, comúnmente lo hacen en detrimento de la producción y el crecimiento (aparecen como desincentivos). Por ejemplo, la tributación directa puede terminar por propiciar la salida de capitales y alimentar la evasión de impuestos al poner en desventaja las empresas internas frente a las externas. De esta manera, las mejoras en equidad que pueden alcanzarse por vía de la tributación directa se logran a costa de pérdidas en la producción. Situaciones como estas llevan a Sarmiento a afirmar que: “[...] los efectos inequitativos del perfil de crecimiento no son susceptibles de compensarse con políticas asistencialistas.” (Sarmiento, 2008: 222). De la misma manera, en lo que tiene que ver con superar la inequidad, las políticas asistenciales pueden resultar contraproducentes por la vía del empleo: al depender tanto de los gravámenes al trabajo y al estar tan enfocadas a los subsidios al desempleo y a los sectores pobres, pueden terminar por desestimular el trabajo.

4.1.2 La falacia del crecimiento como reducción de la pobreza

El mito del crecimiento como distribución se replica de forma similar en lo que tiene que ver con la reducción de la pobreza. Prueba de ello está en muchas de las más influyentes investigaciones

⁷⁶ Por ejemplo Sarmiento (2008), reconociendo que sí hay una relación entre crecimiento y distribución plantea que el vínculo está regulado e incluso determinado por una tercera variable: el mundo exterior, concretamente las características del sistema internacional y de las economías individuales.

y estudios del Banco Mundial, donde el ejemplo más representativo es quizá el artículo, *Growth is good for the poor* de Dollar y Kraay (2000) del *Development Research Group* de esta institución.

En este estudio, que incluye 418 observaciones en 137 países, los autores concluyen que “[...] la relación entre el crecimiento del ingreso de los pobres⁷⁷ y el crecimiento económico general es uno-a-uno.” (Dollar y Kraay, 2000: 24); es decir, que el crecimiento en el ingreso per cápita es proporcional al aumento del ingreso de los pobres. Afirman también que esta relación no ha variado en el tiempo, no cambia durante periodos de crisis y se da generalmente de la misma manera en los países ricos y pobres. A su vez, afirman que las políticas macroeconómicas pro-crecimiento⁷⁸ son favorables a la mejora de las condiciones de los pobres en tanto estimulan y generan un crecimiento del que todos sacan provecho. En sus propias palabras, las “[...] políticas estándares macroeconómicas pro-crecimiento son buenas para los pobres en tanto elevan los ingresos promedio sin efectos negativos sistemáticos en la distribución del ingreso.” (Dollar y Kraay, 2001: 10)

Este estudio se basa en, y a la vez alimenta, aquellas consideraciones que señalan que el crecimiento económico *se derrama* (efecto *trickle down*) por toda la población y a cada habitante le toca algo del mismo, lo que es proclamado como una ley de carácter universal apoyada en una serie de ecuaciones matemáticas y econométricas declaradas neutras y apolíticas. Dentro de este universalismo no se toman en consideración las características endógenas de cada uno de los países contenidos en el estudio, y por lo tanto, en la relación entre crecimiento económico y pobreza, se presta escasa atención al papel que la distribución del ingreso y que las relaciones de poder juegan en medio de dicha relación.

En este aspecto, el caso colombiano aparece como un ejemplo ilustrativo. En la política económica colombiana no parece primar la distribución y la erradicación de la pobreza, y estas no parecen ser fines ulteriores para los que las estrategias pro-crecimiento sirven como medios. Las políticas macroeconómicas de tipo neoliberal adoptadas en las últimas dos décadas han

⁷⁷ En este estudio los pobres son definidos como aquellos que están en el último quintil de la distribución del ingreso de un país.

⁷⁸ Entre estas políticas los autores destacan las siguientes: estabilidad macroeconómica, estabilización de la inflación, reducción del gasto público, desarrollo financiero, Estado de derecho, apertura hacia el comercio internacional y disciplina fiscal. Nótese que todas estas medidas son características de las agendas neoliberales.

alcanzado buenos resultados en materia macroeconómica y propiciado un ambiente favorable para las empresas y la inversión extranjera. Esto ha tenido lugar en un ambiente en el que las políticas de corte social, más encaminadas a la reducción de la pobreza (convencionalmente entendida y medida) y al alcance de una distribución más equitativa, presentan dificultades serias y en gran medida están subordinadas a las políticas pro-crecimiento que devienen en fines en sí mismo. Como lo señala Castells (2005, 2006), el modelo de desarrollo neoliberal en Colombia ha dejado en manos del mercado y del crecimiento los avances sociales, estancándolos y favoreciendo a los empresarios.

“El marco fiscal del país refleja claramente las prioridades del gobierno colombiano actual en cuanto a gasto público en defensa y servicio de la deuda, dejando recursos limitados para [...] la reducción de la pobreza. Un gasto público que no ha estado focalizado en los más necesitados, que ha sido ineficiente y escaso; en el 2004, según la Contraloría General de la República (CGR), tan solo un 2.1% del PIB colombiano estuvo destinado a inversión social, frente a un 10% destinado a defensa.” (Castells, 2005: SP)

Esto nos permite prever que si se incluye en la ecuación el tema de la distribución a la hora de plantear la relación entre crecimiento y pobreza, sin duda los hallazgos, para muchos países, no sólo Colombia, serían distintos. En los países en los que la distribución de los ingresos es bastante desigual, es de esperarse que los pobres se vean menos beneficiados del crecimiento general en tanto este se acumula en sectores específicos, rompiendo así la proporcionalidad uno-a-uno proclamada por el influyente estudio del Banco Mundial. Esta realidad, que se hace evidente en muchas de las economías del “Tercer Mundo”, es presentada por Sarmiento (2008) de la siguiente manera: “Cuanto más desigual la distribución del ingreso, tanto menor el impacto del ingreso per cápita sobre el ingreso de los pobres; incluso puede ser nulo en casos extremos.” (Sarmiento, 2008: 363).

Ante la evidencia del devenir de las economías de los países en desarrollo en los últimos años, después de más de cinco décadas de fe en un mito, el mismo Banco Mundial, en estudios posteriores, empezó a considerar la variable distribución a la hora de (re) plantear la relación entre pobreza y crecimiento. Sin embargo, pese a estos estudios más recientes y a un cambio evidente en el lenguaje utilizado en general por las instituciones financieras internacionales, la posición del Banco Mundial no ha cambiado en su esencia ni estructura, ello queda expreso con claridad en las palabras de Hassan Zaman, economista del Banco Mundial, pronunciadas en

febrero del 2009 en el debate organizado por *InfoShop* de este Banco ya antes mencionado: “[...] gran parte de la reducción de la pobreza que hemos presenciado en los últimos años es el resultado de la aplicación juiciosa de las medidas y políticas de liberalización y apertura de mercados” (Zaman, 2009). En su intervención, presentando la estabilidad macroeconómica como un prerrequisito, afirmó que esta conduce a mayor crecimiento, este conduce a la generación de empleos y esta cadena conlleva a una reducción de la pobreza y a un aumento del bienestar.

Finalmente, vale la pena recordar que existen múltiples evidencias que señalan que en las economías capitalistas, y especialmente en aquellas que descansan en un fe ciega en el mercado y sus fuerzas auto-reguladoras, existen diversos tipos de ‘restricciones’ que se imponen como barreras para que la riqueza generada se transfiera a los sectores menos favorecidos y en realidad los beneficie. Dadas estas ‘restricciones’, el aumento del gasto público enfocado en actividades dirigidas en mayor proporción a los pobres presenta varias dificultades para ser la solución al problema de la pobreza. Esta fórmula, en los casos en que ha sido aplicada, “[...] no ha dado los resultados previstos, porque los estímulos del lucro impiden que los recursos se manifiesten en beneficio de los pobres.” (Sarmiento, 2008: 365). Diversos casos han mostrado que, una vez se hacen efectivas las transferencias del sector público, una parte importante se queda en los vicios de la corrupción, los intermediarios y los sectores altos. Esto lleva a pensar entonces que la incidencia positiva del gasto público, de sus transferencias e inyecciones y su efectividad en los sectores más desfavorecidos, depende de la organización institucional y por lo tanto, no es automática.

La problematización de la pobreza y la representación del pobre

Esta falacia se manifiesta también en otro sentido que sugiere que, en caso de que el crecimiento económico se tradujera efectivamente en una reducción de la pobreza tal y como lo plantean influyentes trabajos del Banco Mundial y prestigiosas universidades, el problema estaría lejos de ser solucionado. Esto tiene que ver directamente con la manera en que al interior del discurso del desarrollo se ha entendido y problematizado la pobreza.

Como lo señalan Rist (2004), Rahnema (1992) y Escobar (1995), entre otros, la pobreza es un constructo social, por lo tanto la forma en que es entendida y definida varía según quien formule la definición. En la post-guerra la forma de conceptualizar la pobreza sufrió una importante

transformación. En los reportes del Banco Mundial de 1948 en adelante se estableció una relación directa entre la pobreza a escala global y el PIB de los países⁷⁹. “Los ‘expertos del desarrollo’, al visitar una aldea en algún país del Tercer Mundo, usualmente decían “estas personas no tienen nada” simplemente por ellos no estaban en la capacidad de ver formas de riqueza que no hacían parte de su propio universo conceptual.” (Rist, 2004: 253) En este sentido, individuos, comunidades y países enteros, interiorizando el discurso del desarrollo y esta forma particular de problematizar la pobreza, se autodefinieron –o por lo menos aceptaron la definición- como pobres y en consecuencia, necesitados de asistencia. Esto sencillamente porque su PIB estaba por debajo de lo universalmente establecido. “Así, por primera vez en la historia, naciones y países enteros empezaron a ser considerados pobres, con la base de que su ingreso es insignificante en relación con el de aquellos que dominan la economía mundial.” (Rahnema, 1992: p. 161)

Como ya se señaló, al ser la pobreza problematizada en términos de carencia de ciertos bienes, ciertos servicios y determinadas cantidades y flujos de dinero, de ingresos insuficientes, de metas de PIBs, la solución que salta a la vista automáticamente es el crecimiento económico. “[...] el crecimiento económico y la prosperidad era un *sine qua non* para salir de la pobreza [...] era el talismán general.” (Rahnema, 1992: 163; 165. *Traducción del autor*). En torno a la pobreza, como lo advierte Rist (2004), la pregunta es formulada por las agencias internacionales en términos de cómo hacer que los pobres se conviertan en “nuevos ricos”, en tanto este es el objetivo último. Así planteadas las cosas, parte central de la respuesta fue generar crecimiento económico.

En este sentido, la idea del crecimiento económico como superación o reducción automática de la pobreza ha fallado en tanto que, después de décadas con tasas de crecimiento positivas, la pobreza se ha mantenido e inclusive ha aumentado en muchos países. Ha fallado también en tanto la relación entre ambas variables y sus suposiciones han estado basadas en una forma universal de concebir la pobreza que no coincide necesariamente con lo que las múltiples comunidades del mundo, y en especial del Tercer Mundo, entienden por pobreza.

⁷⁹ Si bien es posible marcar en la segunda postguerra un punto de inflexión en la manera de entender la pobreza es importante tener presente, tal y como lo señala Rahnema (1991, 1992), que la pobreza, entendida como la carencia de aquello que tienen los ‘ricos’ en términos de plata y posesiones, es producto de un fenómeno algo más antiguo: la expansión de la economía mercantil, el proceso de urbanización, la *monetarización* de la sociedad y la *economización* de la vida. En la década del 40 se incluye un nuevo ingrediente que resulta definitivo para ‘globalizar la pobreza’, el PIB como referente.

Al entender la pobreza casi exclusivamente como una cuestión de carencia de ciertos recursos (deficiencia en la producción de ciertos bienes y servicios especialmente), se está dando por sentado que las necesidades y demandas de todos sin excepción son las mismas y que por consiguiente serán satisfechas o resueltas con el mismo remedio: más crecimiento económico. Esto queda claro, tanto en la conceptualización de Rostow en los años 50, señalando que la meta de todas las sociedades era el *consumo masivo* de bienes y servicios, como en la de Dollar y Kraay en el 2000, donde se da por supuesto que la pobreza es una cuestión de ingresos.

El discurso del desarrollo y la forma específica en la que desde éste se entiende la pobreza, ha terminado por erosionar la vida vernácula de grandes porciones de los habitantes del Tercer Mundo. La forma en que se ha problematizado la pobreza, en este sentido, no sólo no ha logrado mejorar las condiciones de los más desfavorecidos, sino que también ha truncado la capacidad de estos para alcanzar sus necesidades reales. Lo que Ivan Illich (1987) denominó “pobreza modernizada”, que no es nada diferente a esta restringida forma de conceptualizar la pobreza que no permite entender la simplicidad y frugalidad de ciertas formas de vida como legítimas. Esta situación permite entender por qué, cuando las reformas en pro del desarrollo han alcanzado sus objetivos, han resultado de escasa relevancia en lo que tiene que ver con la conquista de las necesidades reales de los pobres. En este sentido, Rahnama señala que,

En pocas palabras, lo que los pobres necesitan no es producción de recursos o servicios económicos que en últimas benefician a otros o a las generaciones venideras. Necesitan recuperar su capacidad efectiva para explotar sus recursos vernáculos localmente disponibles, que son totalmente diferentes a lo que los economistas llaman recursos. (Rahnama, 1992: 167)

4.1.3 La falacia del crecimiento como empleo

En muchas ocasiones la búsqueda de crecimiento económico ha traído consigo efectos positivos en materia de empleo, lo que en gran medida le otorgó legitimidad al mito. Sin embargo, en el contexto actual de liberalización y apertura de mercado, por diferentes razones, la relación entre crecimiento económico y empleo es algo distinta.

Una de estas razones tiene que ver con las exportaciones. El papel central que juegan las exportaciones en este contexto se basa primordialmente en la teoría de las ventajas comparativas según la que el comercio internacional es un espacio de complementación de la producción. Es decir, un espacio donde las exportaciones de un país, basadas en su ventaja comparativa, se complementan con las de otros países. El principio de las ventajas comparativas, como lo ha señalado los economistas Manfred Max-Neef (1997) y Jesús Antonio Bejarano (SF), es uno de los sustentos centrales de la teoría del libre comercio, que bebiendo de modelos clásicos como el de David Ricardo, propone “[...] que si yo me especializo en un país en aquello para lo cual tengo más posibilidades y el otro en otra cosa, comerciaremos y nos beneficiaremos ambos” (Max-Neef, 1997: 7).

No obstante la realidad indica algo diferente, el comercio internacional, más que ser un espacio de complementación es un espacio de confrontación y competencia en el que muchos países producen los mismos bienes. Una condición central del principio de las ventajas comparativas, fundamental en el modelo de Ricardo y en la argumentación de muchos teóricos clásicos, no se cumple en un contexto de apertura y liberalización como el actual: inmovilidad nacional de capital. El principio supone que el capital se queda dentro del espacio nacional, es decir que se mueve dentro del territorio nacional hasta encontrar el nicho con mayores beneficios. “Esto es lo que permite las ventajas comparativas y es lo que justamente no se da hoy día, porque hoy día es precisamente el capital [tanto el financiero como el físico] el que tiene movilidad total.” (Max-Neef, 1997: 7). Así, se resquebraja la concepción del mundo económico como un gran mercado en el que se libran relaciones de beneficio recíproco mediante el intercambio de productos en el que todos los países, con sus propias ventajas comparativas y según sus posibilidades, juegan en condiciones de igualdad. Sin lugar a duda, el no cumplimiento del principio de las ventajas comparativas, tiene implicaciones serias sobre las tasas de empleo de los países, especialmente de aquellos que se han centrado en la producción de bienes rudimentarios o de poca especialización y valor agregado.

La apertura y la eliminación de barreras al comercio internacional han conducido a una significativa reducción de los precios de las importaciones. Esto ha traído como resultado esperado un aumento en la demanda de bienes importados y una disminución en la de bienes producidos nacionalmente, situación que desestimula el empleo directo al interior del país. De

cierta manera el empleo directo es reemplazado por bienes importados, haciendo que el valor agregado nacional de bienes finales tenga un menor componente de empleo.

En palabras de Sarmiento, “El abaratamiento de las importaciones lleva a sustituir la producción doméstica de materias primas por importaciones y a reemplazar el valor agregado y el empleo en la confección final de bienes finales por bienes intermedios.” (Sarmiento, 2008: 145). En estas condiciones, resultado de la liberalización, apertura de los mercados y la ausencia de restricciones y barreras administrativas, es entonces esperable que un mayor crecimiento económico coincida con un aumento del desempleo pese a los aumentos en la producción. Las políticas de apertura, dónde se le da un papel prioritario a las exportaciones, terminan por favorecer las ventas externas y los movimientos internacionales por encima de la producción y el mercado nacional, lo que a fin de cuentas tiene efectos negativos, entre otras, sobre el empleo.

Como ya se expuso, es evidente que los países en capacidad de producir bienes primarios son muchos, ubicándose en el mercado internacional en una condición de confrontación y competencia. Esto trae como resultado un exceso de oferta internacional de determinados productos. Como lo muestra Sarmiento (2005, 2008), esta competencia ha sido especialmente desfavorable para América Latina, cuyos países se han visto en una constante situación, alimentada por la apertura, de especialización en una producción sin demanda. Por un lado esto ha llevado a una disminución de los salarios pagados a los trabajadores como resultado, en parte, de una esperada caída en los precios, pues “A medida que más países pelean por los mismos mercados tibios de exportaciones, los precios caen en picada” (Braod y Cavanagh, 2009: 20). Por el otro, a una fuerte eliminación de mano de obra que queda presa del desempleo o de los precarios salarios y desprotección propios del sector informal.

No es exagerado, entonces, señalar que las importaciones destruyen la producción nacional. Fue precisamente lo que ocurrió con las aperturas. En principio se observó que la producción doméstica era reemplazada por las importaciones y después de un tiempo se disparó el desempleo (Sarmiento, 2006: 142)

En este contexto, y como resultado de políticas y estrategias pro-crecimiento, el empleo se ve azotado también, por ejemplo, por las políticas encargadas de controlar la inflación. La reducción del desempleo, en tanto amplía la demanda real, trae consigo mayor inflación. Esta relación lógica está en la base de la famosa *curva de Phillips*, que en su representación simple del

funcionamiento macroeconómico, plantea que la ampliación de la demanda se manifiesta tanto en productividad como en inflación. Mayor empleo supone mayor capacidad de demanda y ello termina suponiendo mayor inflación. A su vez, la ampliación de la demanda, por la vía del aumento de la producción, supone mayor empleo –en tanto se requiere más mano de obra–, lo que también termina suponiendo mayor inflación. En este orden, fenómenos relacionados entre sí como la ampliación de la demanda, la ampliación de la producción y la disminución del desempleo, se ganan a costas de mayor inflación.

Teniendo en cuenta que una de las obsesiones centrales de los lineamientos de la economía política actual es el control de la inflación, es de esperarse que los esfuerzos por combatir estructuralmente el problema del empleo no sean del todo contundentes; otras prioridades están primando. Como bien lo señaló Rick Rowden en el reciente debate ya citado en la sede del Banco Mundial en Washington D.C, “[...] la reducción de la inflación es una de las principales prioridades del modelo neoliberal y de cualquier infraestructura macroeconómica de este tipo. Combatir la hiper-inflación es la primera, y quizá la única, prioridad clave de este modelo.” (Rowden, 2009)

Esta situación nos lleva al siguiente círculo vicioso: mayor empleo dispara la demanda y así la inflación aumenta; a la vez, una ampliación de la demanda supone mayor producción lo que requiere mayor empleo, lo que termina en un aumento de la inflación. Las autoridades económicas están en la capacidad de intervenir esta situación con la intención de atenuar la inflación. Una de las principales estrategias utilizadas es jugar con el mercado cambiario (específicamente con la tasa de cambio). Con la intención de bajar la inflación, las autoridades pueden bajar la tasa de cambio: tasas de cambio bajas estimulan y abaratan las importaciones, lo que como vimos desestimula la producción doméstica y genera desempleo. Así se cierra el círculo vicioso al que nos lleva la relación entre crecimiento económico y el empleo.

Por último, no está de más así sea mencionar otro elemento central que ha traído consigo el modelo de desarrollo neoliberal y que ha tenido contundentes efectos negativos en el empleo. La flexibilización, la desregulación y la informalización del mercado laboral son hijos de los cambios que en el sistema capitalista acarrió el modelo neoliberal de desarrollo como resultado el desmonte de las burocracias y la minimización del Estado. Esta realidad, y sus devastadores

efectos sociales, han sido extensamente documentados por la sociología contemporánea (Beck, 1997; Bauman, 2000; Sennet 1998 y 2006). Uno de los rasgos definitorios de lo que Richard Sennet llama el “nuevo capitalismo” y Ulrich Beck “un nuevo mundo feliz”, es la flexibilidad⁸⁰ de las relaciones sociales, en especial, de las relaciones laborales.

“El acento se pone en la flexibilidad y se atacan las formas rígidas de la burocracia y los males de la rutina ciega. A los trabajadores se les pide un comportamiento ágil; se les pide también –con muy poca antelación- que estén abiertos al cambio, que asuman un riesgo tras otro, que dependan cada vez menos de los reglamentos y procedimientos formales” (Sennet, 1998: 9)

La reticencia de las empresas a establecer relaciones duraderas y de largo plazo con sus empleados, junto con el desmonte de sindicatos y estructuras laborales sólidas, ha generado una sensación de angustia e inestabilidad crónica en los trabajadores y, a su vez, ha disparado acelerados ciclos de empleo-desempleo. Como resultado, asistimos a la irrupción de lo precario donde abundan los vendedores ambulantes, los pequeños comerciantes, los asistentes domésticos, entre otros. Nótese que esta situación, que es una consecuencia involuntaria de la utopía neoliberal, no sólo afecta a los países del denominado “Tercer Mundo”. Es una realidad a la que también empiezan a asistir los países desarrollados; de ahí que Beck (1997) diagnostique la irrupción de “multiactividad nómada”⁸¹, síntoma de la flexibilidad y precariedad laboral, a los países de Occidente utilizando la expresión “brasileñización de Occidente” (Beck, 1997: 9 – 20).

Resumiendo, un conjunto de medidas y políticas adoptadas en el contexto actual que son consideradas por prestigiosos economistas –entre estos Dollar y Kraay del Banco Mundial- como macroeconomía pro-crecimiento, han traído efectos negativos en lo que tiene que ver con el empleo, de ahí que se hable acá del la falacia del crecimiento como empleo. “[...] el empleo ha evolucionado por debajo de las posibilidades de la economía y por debajo también de la relación histórica con la producción.” (Sarmiento, 2008: 252). No sorprende entonces que Castells (2005) señale, basado en cifras de la Contraloría General de la República, que algo no está funcionando en el modelo de crecimiento neoliberal colombiano: “[...] se estima que el crecimiento

⁸⁰ En términos generales por flexibilización estos autores aluden, usando las palabras de Beck (1997), a que los empresarios pueden despedir de manera más fácil a sus trabajadores en una situación en la que los riesgos asociados a esta situación de precariedad laboral se traspasan de los Estados y las economías a los mismos individuos.

⁸¹ Los “nómadas laborales” son aquellos que, en medio de la incertidumbre y la inseguridad, se ven obligados a moverse con agilidad entre los campos muy variados de actividad laboral con contratos rescindibles de corta duración (Beck, 1997).

económico colombiano superó el 6% durante el pasado 2006 (el más alto en muchos años) mientras que por el contrario el desempleo subió a más del 12%”. (Castells, 2006: SP)

4.2 En síntesis

Utilizando como base los argumentos de diferentes economistas que han estudiado el comportamiento reciente de las economías del “Tercer Mundo” en general, y la latinoamericana y colombiana en particular, ha sido posible aportar al desmonte del mito del crecimiento económico desde el mismo campo de la teoría económica. El diagnóstico social de lo que se conoce como la era neoliberal, o de lo que Sennet llama en “nuevo capitalismo”, no es prometedor y sirve de sustento para la deconstrucción del discurso del desarrollo por la vía de la deconstrucción. “Este crecimiento tiene un precio elevado: mayor desigualdad económica y mayor inestabilidad social.” (Sennet, 2006: 10). Este diagnóstico, sumando a la crisis actual por la que atraviesa el capitalismo abriendo una era de profunda incertidumbre, en el clima histórico social que abre espacios para propuestas provenientes de otras epistemologías, tales como el postdesarrollo.

Vale la pena señalar que con lo dicho en este capítulo de ninguna manera se están negando las potenciales ventajas del crecimiento de las economías, en especial en aquellos países cuya producción general es aún reducida y cuyo problema dista de ser el sobreconsumo y el despilfarro (de energía y materia por ejemplo) de los sectores más amplios de la población. No se está desconociendo entonces que en algunos casos es imprescindible alcanzar mayores tasas de crecimiento para trabajar en pro de una distribución más equitativa y de reducciones considerables de la pobreza. Si bien en América Latina existen nichos de consumo exagerado, existen también sectores, como salud y educación, que deben crecer y para los que es preciso contar con un mayor crecimiento económico que esté “socialmente regulado”⁸² (Gudynas, 2009: 33). En este sentido, no se está rechazando el crecimiento económico de manera generalizada, pero sí se está buscando relativizar su importancia, no sólo en las economías y en las políticas

⁸² La “regulación social” es entendida por Gudynas (2009) como un tipo de regulación basado en la amplia participación ciudadana a través de la que tanto mercado como Estado quedan sujetos a un mayor control por parte de los ciudadanos en pos de convertir sus componentes en instrumentos al servicio de las personas y las comunidades. Este concepto es congruente con el escepticismo planteado anteriormente frente a la idea de que volver al Estado asistencialista es la panacea para todos los fallos del mercado.

económicas de los países, sino también en las mentes de las personas donde se ha interiorizado como algo indispensable, infalible e inaplazable. Utilizando las palabras de Carrizosa (2001), en este esfuerzo deconstructivo, “Lo que se persigue es el derrumbe de la hegemonía del racionalismo económico [en el interior del discurso del desarrollo] para que puedan prosperar las demás formas de ver la realidad, no para dejar de lado conceptos que son aportes vitales de la teoría económica.” (Carrizosa, 2001: 83). Hay un rechazo contundente, eso sí, del crecimiento como panacea, y de la idea de que existe una relación positiva y automática entre crecimiento económico y otros campos socioeconómicos.

La experiencia reciente de Colombia, así como la de otros países del denominado “Tercer Mundo”, muestra que la relación entre crecimiento económico y mejoras sociales no es neutra y mucho menos positiva. Estas experiencias incluso revelan que mayores tasas de crecimiento pueden significar mayores tasas de desigualdad y, por esta vía, más propensión a la pobreza. Por tanto queda claro así que el acortamiento de la brecha entre ricos y pobres, la erradicación de la pobreza y la superación del desempleo, no pasa tan sólo por el crecimiento.

Las razones detrás de esta afirmación son muchas, algunos de los argumentos fueron esbozados en este capítulo. Diferentes trabajos como los de Deining y Squire (1996), Kakwani y Pernia (2000), Ravallion y Chen (2003), Klasen (2004), Castells (2005), Nuñez y Espinosa (2005), Hon (2007), Kakwani y Hon (2008), han examinado la relación entre crecimiento económico, distribución y pobreza en diferentes países, y para ello algunos han calculado la tasa de crecimiento pobreza-equivalente (Poverty Equivalent Growth Rate, PEGR⁸³). Estos estudios, que no cabe reseñar en extenso en este escrito, han permitido verificar si el tipo de crecimiento de los países (principalmente de Asia) ha beneficiado o no a la porción más pobre de la sociedad en determinados momentos de la historia.

“Si la PEGR es mayor que el crecimiento observado, el crecimiento es pro-pobres. Si es menor, pero positiva, el crecimiento es *trickle-down* (derrame); es decir, el crecimiento reduce la pobreza pero aumenta la desigualdad. Por el contrario, si la PEGR es negativa, el crecimiento se define

⁸³ La PEGR toma en consideración la tasa de crecimiento en relación directa con la manera en los beneficios del crecimiento están distribuidos entre los pobres y no pobres. (Son, 2007).

como anti-pobres: las ganancias del crecimiento son recibidas por los ricos y, a pesar del crecimiento, la pobreza aumenta.” (Castells, 2005: sp). Esto implica, dice Son (2007), que hay una ganancia en la tasa de crecimiento cuando este es pro-pobres; es decir, beneficia a los pobres proporcionalmente más que a los no pobres.

El resultado del trabajo de Nuñez y Espinosa realizado en 2005 para el caso colombiano, en el que se buscó identificar los determinantes de la pobreza, señala que en el periodo 1997 – 2004 la PERG fue mayor que el crecimiento económico observado únicamente en los años 2000 y 2003, mientras que en los otros 6 años esta tasa fue negativa. Estos resultados sirven como sustento a la hipótesis de Castells (2005) de que el crecimiento en Colombia ha sido, en su mayoría, anti-pobres y a su vez, sirve para efectos de la argumentación de este trabajo, en el sentido en que señala que la relación entre crecimiento y pobreza no es automática y que por lo tanto el crecimiento no puede ser entendido como sinónimo de desarrollo.

“[...] si el crecimiento económico colombiano hubiera sido neutro, el nivel de pobreza en el 2004 hubiera sido más de 7% más bajo. Los datos demuestran que el crecimiento económico colombiano de la última década y media, en particular desde la apertura y la adopción de políticas neoliberales de la década de los noventa, no es pro-pobres; no está ayudando a disminuir los niveles de pobreza del país. “El modelo neoliberal colombiano, privatizando los servicios públicos sin un control riguroso (como en el caso de los servicios de salud), confiando en reformas tributarias regresivas, desprotegiendo industrias nacionales intensivas en mano de obra apostando por mayor eficiencia en detrimento de la equidad, convirtiendo la estabilidad de precios en el máximo objetivo de la política económica -donde competitividad significa bajos salarios-, ha puesto al interés privado por encima del interés general. Ha acentuado la desigualdad y provocado más pobreza.” (Castells, 2005: SP)

Disponiendo de argumentos teóricos sólidos, estudios de casos rigurosos e inclusive algunos datos que revelan que el crecimiento económico no necesariamente aporta a reducciones de la pobreza ni a alterar los patrones desiguales de muchas economías, resulta central, en especial a la hora de pensar alternativas reales al desarrollo, dejar de esperar que el crecimiento lo solucione todo. Todo replanteamiento serio y que busque ser realmente alternativo, debe entonces lograr hacerse al margen de la obsesión por el crecimiento que ha estado en la base del discurso del desarrollo desde sus primeros años de formación y que ha sido, eufemísticamente revitalizado, con el modelo de desarrollo neoliberal.

5. CONCLUSIONES: EXPLORANDO EL POSTDESAROLLO

“Si el motor de desarrollo es el crecimiento, el motor del crecimiento es una creencia –creencia que no es compartida por todos.”
Gilber Rist, 2004: 46.

Con el análisis presentado, es posible llegar a una respuesta a la pregunta de investigación planteada inicialmente y afirmar que los objetivos propuestos fueron alcanzados. En medio de un contexto como el actual, caracterizado entre otros elementos por la apertura de mercados y la liberalización, es de esperar que el crecimiento económico, una de las principales metas de prácticamente todos los gobiernos y eje central de un sin número de estrategias de desarrollo, no se traduzca automáticamente en una mejor distribución de la riqueza, no se refleje necesariamente en una reducción considerable de la pobreza y tampoco disminuya forzosamente las altas tasas de desempleo que caracterizan a muchos países del denominado “Tercer Mundo”.

Se sigue de esto, por lo menos en lo que tiene que ver con estos tres aspectos, que el crecimiento económico no se traduce en mejoras sociales que aportan al alcance de un estado en el que la mayoría de la población logra satisfacer sus ‘necesidades básicas’ y elevar sus ‘estándares de vida’. En este sentido, algunas de las premisas centrales promulgadas por el discurso del desarrollo de los años 50, retomadas y reforzadas en la era neoliberal, no se reflejan en el mundo práctico. Esta realidad, considerando que ya han pasado más de 5 décadas y los resultados no se han visto, es razón suficiente para que los científicos sociales tomemos una actitud crítica frente al discurso y prácticas del desarrollo. Esta actitud debe apuntar, desde enfoques y corrientes diversas, a abrir las puertas para la búsqueda decidida de alternativas reales. Alternativas que conduzcan a la constitución de lo que John Cavanagh (2009), director del *Institute for Policy Studies* –prestigioso *think-tank* de Washington D.C-, llama una sociedad más sana. Es decir, una sociedad basada en la satisfacción de las necesidades que diferentes comunidades, dadas sus particularidades, consideran básicas y no en el crecimiento, ‘necesidad’ que se impuso como básica –y suficiente- para todo el mundo sin tener en cuenta las voces de muchos ni las implicaciones de su persecución ciega.

El ejercicio acá realizado optó, a través de la estrategia general de la deconstrucción, por penetrar los fundamentos y premisas básicas en las que se sostiene el discurso del desarrollo. Esta postura, con las herramientas de la lectura de discursos característica del postestructuralismo, permitió identificar el papel central que tiene el crecimiento económico al interior del discurso del desarrollo y enfatizó en el protagonismo que (re)adquiere en su fase neoliberal. Dado este énfasis, la crítica acá contenida se hizo en cierto grado desde algunas de las premisas de la teoría económica. El crecimiento económico, tal y como se puede constatar en prácticamente cualquier manual de economía, es un aspecto central de la teoría económica y como tal, una crítica dirigida a este, no puede marginarse de su dominio disciplinar. A su vez, esto conllevó necesariamente, dada la importancia que se le otorga al crecimiento económico en las agendas de corte neoliberal, a tratar con asuntos propios de las dinámicas actuales de la llamada economía de mercado.

Este proceder es congruente con el enfoque seleccionado y con el marco conceptual usado para abordar la pregunta de investigación. Constancia de ello se encuentra en la importancia que Escobar (1995) le otorga, al aproximarse críticamente al desarrollo, a la *economía del desarrollo*. En la misma línea, las palabras de Rist (2004) son contundentes: “La crítica al desarrollo [...] es más urgente que nunca y debe hacerse en primer lugar y con especial importancia en el dominio de la teoría económica.” (Rist: 2004: 257).

De esta manera, las tres falacias que se identificaron como parte del mito del crecimiento económico en el contexto actual, y que por décadas han alimentado el discurso del desarrollo, aparecen en este análisis como fracturas internas de la estructura misma del discurso. Por lo tanto, sacarlas a la luz y mostrar la manera en que operan, develando su carácter falaz, no es buscar embellecer, refinar, ni pulir el objeto del discurso; tampoco acomodarlo a nuevas exigencias y preocupaciones contextuales como la *lucha global contra la pobreza* o la *gestión medioambiental* cuyas banderas las han tomado, en grado considerable, las mismas instituciones arquitectas del discurso. Por lo contrario, estas fracturas, en tanto estructurales, son fuente de la estrategia deconstructiva. Por consiguiente, este esfuerzo analítico no pretendió reorganizar los elementos existentes que componen el discurso del desarrollo, ni las interrelaciones que se establecen entre sí.

Es, eso sí, un esfuerzo por romper radicalmente con epistemologías realistas que por décadas han sido el motor de la construcción y supervivencia de este discurso. Epistemologías que se constituyen en racionalidades del tipo, *one size fits all*, que pretenden incluir una amplia diversidad de motivaciones humanas bajo a idea de *homo economicus*, desconociendo que existen prácticas sociales que sencillamente no caben dentro de esta. La crítica acá establecida es a su vez un intento por resaltar esas “otras racionalidades” que son diferentes, e incluso opuestas, a la maximización de utilidad. El rescate de esas “otras racionalidades”, como lo indica Carrizosa (2001), es lo que ha inducido a una contundente crítica de lo económico conducida por “[...] el escepticismo de los verdaderos postmodernos pero armada por lo viejos fundamentalismo, por los guerreros de las racionalidades que también desean ser hegemónicas; sabia en la deconstrucción de los símbolos y en la descodificaciones del conocer y mágica en la búsqueda de demás esencias, en la recreación lúdica y en el recordar de lo prohibido.” (Carrizosa, 2001: 82).

Diversos autores, en gran medida acá referenciados, han elaborado críticas que, sumadas a esta, constituyen elementos que aportan de manera importante a la desmitificación del mito del crecimiento y así a la deconstrucción del discurso del desarrollo y la apertura de las puertas a una era post-desarrollo.

Algunos teóricos han puesto el acento de su crítica en la relación entre crecimiento, consumo y felicidad. Dirigiendo y basando sus análisis principalmente en la experiencia de los países del “Primer Mundo” se plantean interrogantes como: ¿nos hacen más felices las tasas de crecimiento sostenidas alcanzadas y los niveles de consumo conquistados?, o de manera más directa, ¿vivimos mejor ahora?

Latouche (2003, 2004, 2006, 2007) plantea *el decrecimiento*⁸⁴ y establece preguntas cruciales como *¿Podrá Occidente ser más feliz con menos? ¿Por qué menos debe ser mucho más? ¿Cómo aprender a querer menos?* Su posición frente a las acepciones dominantes de desarrollo y frente a la obsesión por el crecimiento que éstas alimentan es profundamente crítica: “¿Qué tal si la mera idea del crecimiento –acumular riquezas, destruir el medio ambiente y exacerbar la inequidad

⁸⁴ Para conocer más acerca del decrecimiento recomiendo ver, además de los artículos y obras citadas de este autor, la “Declaration on De-growth” de *Conference on Economic Degrowth for Ecological Sustainability and Social Equity*. Ver referencia completa en la bibliografía.

social- es una trampa? Quizá necesitamos crear una sociedad basada en la calidad y no en la cantidad, en la cooperación y no en la competencia.” (Latouche, 2003: 1)⁸⁵

Hamilton (2001), refiriéndose al tema como *fetiché* o *fatiga del crecimiento*, retoma la pregunta que según su estudio muchos españoles y habitantes de otros países ricos se plantean constantemente: ¿Qué sentido tienen nuestros elevados ingresos y el crecimiento económico de nuestras naciones? En su obra propone un programa político alternativo que puede resultar congruente con el post-desarrollo: “eudemonismo”. Yendo más allá del desarrollo y del crecimiento, básicamente el eudemonismo propone “[...] una sociedad en la que la gente pueda dedicarse a actividades capaces de mejorar realmente su bienestar individual y colectivo [fundamentándose] en una reflexión sobre lo que contribuye y lo que no contribuye a crear una sociedad más satisfecha.” (Hamilton, 2001: 19) Este cambio resulta necesario y urgente porque el crecimiento, en aquellos lugares en los que se han alcanzado las tasas proyectadas, no ha logrado satisfacer a la gente y ha terminado por destruir muchos espacios que podrían aportar a su satisfacción. “El crecimiento económico fomenta el consumismo vacío, degrada la naturaleza, debilita la cohesión social y corroe la personalidad.” (Hamilton, 2001: 16)

En directa relación con esta posición, pensadores como Sachs (1992), Carrizosa (2001), el mismo Latouche (2007) y en algunas oportunidades Rist (2004), han direccionado su crítica por la vía ambiental. Señalan la inviabilidad de un mundo en el que todos los países sean “desarrollados”, en el que todos presenten índices de crecimiento económico sostenido y que ostenten niveles de consumo elevados siguiendo el “modelo” de vida de los países del “Primer Mundo”. Con sus críticas sacan a la luz tanto la insostenibilidad biofísica como la insostenibilidad social de los modelos de desarrollo basados en la obsesión mimética.

Sachs (1998) argumenta que aunque los países que han alcanzado una economía a gran escala son una minoría, la expansión de la economía mundial ya pesa sobre la naturaleza y sus impactos son evidentes. Señala que si todos los países alcanzaran sus metas de modernización e industrialización, se necesitarían por lo menos cinco o seis planetas para suplir la demanda de

⁸⁵ Es importante que desde nuestro propio debate leamos estas estrategias sin perder de vista el contexto particular en el que surgieron. En muchos casos particulares de inventado “Tercer Mundo” no es apropiado trasplantar acríticamente estas lecturas que abogan por una reducción de las economías. Los momentos y estados actuales de las economías son diferentes y por lo tanto reclaman estrategias de transgresión diferenciadas.

recursos y servir de depósito para los desechos inevitables del avance económico. En una tónica similar, Latouche (2007) advierte que nuestros niveles de producción y consumo no son sostenibles dado que el espacio bioproductivo de la tierra (aquel que nos surte recursos) se agota día a día. Si todos consumiéramos al mismo ritmo de los españoles, necesitaríamos dos planetas y medio más para subsistir; de los franceses, tres planetas; y de los estadounidenses, seis. Rist (2004), por su parte, sostiene que el desbalance que existe entre el crecimiento obsesivo y la preservación del medio ambiente se manifiesta no sólo en el uso no moderado de recursos no renovables, sino también en diferentes formas de contaminación, desastres naturales y desórdenes climáticos. Por lo tanto, “La fe en el desarrollo no puede escapar más de la crítica, no sólo porque justifica enormes aumentos en materia de inequidad social, sino también porque se ha vuelto peligrosa al comprometer el futuro de todos.” (Rist, 2004) De este modo, la meta del desarrollo como crecimiento económico resulta objetivamente insostenible e inalcanzable, a la vez que la creencia en ella aparece irrazonable.

Autores como Latouche (1993, 1996), Escobar (1995) y Esteva, en su crítica a las estrategias desarrollistas y obsesivas por el crecimiento económico, enfatizan en la homogenización de lo que por naturaleza es heterogéneo y en la castración de opciones de vida locales y vernáculas. Latouche (1993, 1996) se refiere a este proceso como la *occidentalización del mundo* y la absorción de *lo informal* –entendido no en términos exclusivamente económicos- por *lo formal*. Escobar (1995) argumenta que el discurso del desarrollo ha sido el agente protagónico y más ubicuo de la política de representación e identidad de lo que fue rotulado como “Tercer Mundo”. El discurso del desarrollo y la obsesión por generar crecimiento económico en todo el globo amenazan la diversidad y multiplicidad en tanto acarrear consigo un rechazo a expresiones que sean ininteligibles e ilegibles bajo el código de la modernidad; en palabras de Foucault, un rechazo a todo lo que está por fuera del *espacio de lo decible y pensable*. El discurso del desarrollo, como fuerza de representación, identidad y transformación global, termina por borrar del mapa el rol de los movimientos de base, de las formas de conocimiento local y del poder “popular”. Las palabras de Esteva (1992) van en la misma dirección: “[...] la metáfora del desarrollo dio hegemonía global a una genealogía de la historia puramente Occidental, privando a los pueblos de diferentes culturas la oportunidad de definir sus propias formas de vida social.” (Esteva, 1992: 9)

5.1 Entreviendo una era post-desarrollo: Desarrollo alternativo Vs. Alternativas al desarrollo

“[Redefining development serves only to] reinforce the Western economic domination over the shape of formal economics by the professional colonization of the informal sector, domestic and foreign.”

Ivan Illich

Estas diferentes posturas, y los diferentes argumentos contenidos en este escrito aportan a la constitución de un cuerpo teórico-práctico coherente que puede ubicarse bajo la etiqueta de post-desarrollo. Aunque no es objeto de este escrito prestar una definición detallada del post-desarrollo, vale la pena detenerse en la siguiente distinción que resulta bastante pertinente para concluir el presente análisis y que está en la base de los aspectos constitutivos y definatorios de esta ‘corriente’: desarrollo alternativo versus alternativas al desarrollo.

Se ha insistido en que el objetivo de la crítica acá contenida no es embellecer el discurso del desarrollo, tampoco alcanzar una conceptualización más precisa del objeto del discurso. Esta posición está en la base de la distinción entre *desarrollo alternativo* y *alternativas al desarrollo*, pues en gran medida el primero, si bien es fruto de posturas críticas, termina por establecer *mejores* formas de entender el desarrollo y *refinar* las prácticas derivadas. En este sentido, el discurso del desarrollo se alimenta de la crítica, reproduce su lógica y así se mantiene en el tiempo a lado de una serie de nuevos “adjetivos cosméticos”⁸⁶—social, integral, sostenible, humano, local, endógeno- que si bien suponen mutaciones no dejan de ser formas de desarrollo. Estas propuestas, por más alternativas y críticas, al ubicarse bajo la pancarta del desarrollo, se ubican en el mismo modelo de pensamiento, representación e identidad que décadas atrás produjo el desarrollo. Es una realidad, como lo anota Munck (1999), que “[...] el campo más amplio del desarrollo está fuertemente unificado en sus principios fundamentales, no importa el adjetivo que se le sume en las diversas variaciones de la teoría del desarrollo.” (Munck, 1999: 199)

Acudiendo a los elementos teóricos centrales de la obra de Derrida, es válido decir que el desarrollo alternativo es una muestra clara del *logocentrismo* discursivo. El *logocentrismo* “[...] muestra cómo inclusive el discurso más radicalmente crítico fácilmente se resbala en la forma, la lógica, y los postulados implícitos de aquello que precisamente busca combatir.” (Manzo: 1991:

⁸⁶ Expresión tomada de Esteva, 2009.

8) Con esto Manzo busca dar cuenta de la manera de que las posiciones más críticas, al no lograr salir del ‘omnipresente’ lenguaje del discurso del desarrollo, no son tomadas más en serio y terminan siendo no más que lo mismo pero ‘alternativo’. Un esfuerzo deconstructivo serio debe luchar contra el logocentrismo del discurso del desarrollo, pues, como anota Escobar (2009), asistimos a un momento histórico en el que el lenguaje desarrollista limita nuestros esfuerzos de imaginar formas distintas de pensar, ser y hacer. Al respecto ya Einstein había hecho un contundente llamado: “No es posible resolver un problema utilizando el mismo lenguaje que dio origen al problema”.

El post-desarrollo, por el contrario, busca deconstruir la estructura del desarrollo para abrir las puertas a una sociedad realmente diferente articulada en torno a un *nuevo sentido común emancipatorio*⁸⁷ y no a una sociedad producto de *otro* desarrollo, producto de una nueva hegemonía e hija del mismo logos dominante. Una sociedad exterior al universo del desarrollo, que venga de afuera de sus contornos homogenizantes, modernizantes y occidentalizantes, y que se ubique lejos de la obsesión por el crecimiento económico y el consumo masivo. Por lo tanto el desarrollo, como ha insistido Rahnema (1997), no es el final de la búsqueda de nuevas posibilidades de cambio social; es el final, eso sí, de enfoques desarrollistas que han mostrado ser autodestructivos e inhumanos. “En general, el postdesarrollo rechaza la forma de pensar y el modo de vivir producido por el desarrollismo moderno en pos de revitalizar filosofías y culturas no modernas y, usualmente, no occidentales (Peet y Hartwick, 1999: 153).

Por lo tanto, y siguiendo la argumentación de Escobar (1995) y Rist (2002), las prioridades del post-desarrollo, consistentes con la estrategia de deconstrucción adoptada en este análisis y la crítica al crecimiento establecida, son: (a) lograr tomar distancia de la creencia en el desarrollo, procurando un *belief-dissolving* en el que se develen las formas ocultas en donde yacen sus contradicciones; (b) cuestionar y desmitificar ciertas *ideas evidentes* que forman parte del discurso de la economía del desarrollo; (c) despejar el camino para la imaginación colectiva de futuros realmente alternativos; y (d) constituir un espacio intelectual imaginativo para pensar alternativas al desarrollo a partir de una transformación radical teórica y práctica. Así las cosas, el

⁸⁷ Expresión tomada de de Sousa Santos (1995).

post-desarrollo es, antes que nada, una estrategia de *transgresión* que desafía una creencia compartida e internalizada y que rechaza las prácticas y comportamientos que de esta se derivan.

Por último, nótese que postdesarrollo no es anti-desarrollo, aunque sí es anti-posiciones hegemónicas y homogenizantes. Querer *transgredir* la manera en que por décadas se han venido haciendo las cosas, no supone querer hacer lo contrario, pero sí por lo menos que la vía no sea entendida en singular, como una sola vía. En el postdesarrollo las recetas no existen, pues ante nada busca respetar y rescatar la multiplicidad y pluralidad de valores y culturas. “La teoría y la práctica del post-desarrollo difiere de los sentimientos antidesarrollo en el sentido en que no niega ni la globalización ni la modernidad, pero busca formas de vida reconociéndolos pero imaginado trascenderlos.” (Hoogvelt 1996: 16) Más allá del anti-desarrollo y del anti-entnocéntrismo, el post-desarrollo procura **repensar** lo que se ha venido pensado, **pensar** en aquello que está por fuera del *espacio de lo pensable*, e **impensar**⁸⁸ todo aquello que se ha normalizado en nuestros imaginarios y representaciones.

5.2 Nuevos escenarios y los límites del postdesarrollo

En este escrito se seleccionó como enfoque de análisis el postestructuralismo para desde ahí hacer un aporte crítico al campo de estudios del desarrollo. Esto se hizo con la convicción de que para abrir paso a nuevos escenarios e imaginar nuevos futuros es necesario romper las epistemologías realistas que han caracterizado a las diferentes perspectivas, algunas críticas, desde las que se ha abordado el tema del desarrollo. Como quedó expreso en la monografía, este lente de estudio permitió poner de manifiesto aspectos cruciales que deben ubicarse en el centro del debate en torno al concepto y prácticas del desarrollo, aspectos que la misma epistemología e historia desarrollista se ha encargado de ocultar. A su vez, haber tomado el riesgo de entrar en el dominio de la teoría económica, dominio que en grado considerable ha sido ajeno a los trabajos posestructuralistas, permitió encontrar fracturas internas del discurso del desarrollo que, al estar en su “núcleo duro”, sirvieron de caminos por los que es efectivo conducir su deconstrucción.

⁸⁸ Se propone la idea de impensar en el sentido en que la propone Wallerstein (1991) en *Unthinking Social Science*. Impensar es corregir de manera radical, sacándolos a la luz, todos los supuestos que aún hoy fundamentan el discurso dominante el desarrollo, supuestos que si bien son concebidos por muchos como emancipadores, han devenido en un barreras para la comprensión y transformación real de la vida social. (Ver: Wallerstein, 1991: 1 – 5)

No obstante, debe reconocerse que este enfoque (y la corriente misma del postdesarrollo) tiene alcances y limitaciones. Este trabajo permite dar cuenta de sus alcances y a su vez, deja entrever sus más serias limitaciones. Después de una amplia revisión bibliográfica de la que queda registro en este trabajo, se identificaron dos ausencias teóricas importantes en los principales trabajos que han dado forma al postdesarrollo.

Por una parte, es común a gran parte de estos trabajos dar por sentada la aplicación del postestructuralismo, en particular de la obra de Foucault, al tema del desarrollo. Se identificó una despreocupación por aclarar y puntualizar la manera en que este enfoque, y este autor en especial, pueden ser utilizados para abordar el tema en cuestión. Por la superación de esta ausencia se trabajó en este escrito y se espera haber logrado un avance importante⁸⁹.

Por otra parte, como ya lo ha advertido Rist (2004), se identificó la necesidad de entablar un debate serio, desde su propio dominio y con sus propios conceptos, con la teoría económica. No es común que los trabajos elaborados desde el postestructuralismo y el postdesarrollo establezcan discusiones cercanas con la teoría económica sobre los aspectos económicos, algunos muy técnicos, sobre los que se estructura el discurso del desarrollo. Este trabajo, sin perder de vista la aproximación crítico-cultural al desarrollo como discurso, al poner el énfasis en el crecimiento económico como columna vertebral del discurso, entabló un debate con la economía desde el mismo campo de la teoría económica. Se reconoce que al respecto hay aún mucho trabajo por hacer y argumentos por afinar. En consecuencia, se espera que esta monografía abra una línea de trabajo en la que la corriente del postdesarrollo tiene mucho por hacer y a través de la que puede seguir consolidándose como un cuerpo teórico coherente.

Frente a una tercera limitación identificada, que ya no se limita a los avances teóricos del postdesarrollo, hemos decidido, deliberadamente, quedar en deuda reconociendo que este es el siguiente paso que debe darse: someter a un serio examen empírico los hallazgos contenidos en esta monografía y en otros trabajos postestructuralistas y postdesarrollistas. Considerando que lo

⁸⁹ En el marco de esta investigación, que no se agota en esta monografía, se han hecho otras producciones que buscan aportar a la superación de esta ausencia o limitación. Por ende, además de la obra de Escobar, en particular de (1984) "Discourse and Power in Development, Michel Foucault and the Relevance of his work to the Third World", recomiendo ver: Masullo, Juan. "Post-estructuralismo y estudios del desarrollo: de formaciones discursivas y la estrategia de la deconstrucción" en *Movimentos Sociais e Democracia na América Latina e Caribe*. Ecola de Servico Social, Universidade Federal Fluminense. Rio de Janeiro, Brasil. 2010.

que está en juego en este debate en torno al desarrollo es el futuro de nuestras sociedades y la posibilidad de un disfrute de una vida más sana por parte de muchos habitantes del globo, el siguiente paso que debe darse es llenar de contenido empírico esta postura crítica haciendo uso de métodos tanto cuantitativos como cualitativos. No obstante, esta importante tarea no debe hacerse de manera apresurada y es en este sentido que no haberlo hecho hasta el momento fue el resultado de una decisión deliberada. Se consideró apropiado avanzar en esta ocasión en la discusión teórica reiterando argumentos ya elaborados por otros, reevaluado y aportando nuevas ideas, para hacer, desde un aparatage teórico cada vez más coherente y sólido, una incursión empírica y un examen en la práctica. Esto es un reto grande, pues de los resultados que de este examen salgan y de los resultados de los diferentes ejercicios de campo que en el mundo ya están teniendo lugar inspirados en el postdesarrollo, dependerá el futuro de esta corriente y la posibilidad de establecer alternativas reales al desarrollo más allá de los textos.

La crisis actual, que algunos han llamado el fin del Consenso de Washington y/o de la economía basada en la liberalización de mercados, abre una oportunidad sin precedentes para desmotar el discurso del desarrollo de nuestros imaginarios y borrar sus prácticas y estrategias de nuestras agendas de manera radical. El *breakdown* de la economía capitalista en su forma actual abrió un escenario de incertidumbre que anuncia el advenimiento de un nuevo ciclo del capitalismo mundial diferente a aquel que, como anota Thwaites (2010), entusiasmó a Thatcher y Reagan y cuyos contornos son aún indescifrables y están en disputa. Este *breakdown* resquebraja consigo muchos de los viejos saberes y dogmas que dieron fondo y forma al tipo de capitalismo que entró en aguda crisis. En medio de esta disputa, aprovechando el desorden epistémico producto del alejamiento de los dogmas de antaño, lo clave es encontrar la manera de formular el postdesarrollo tanto en el mundo de las ideas como en el de sus aplicaciones prácticas.

Es cierto que el postdesarrollo debe probar su aplicabilidad práctica, debe mostrar que es posible traducir los avances teóricos en praxis social. En este trabajo se reconoce este gran reto y se hace un compromiso de avanzar por esta vía. Algunas experiencias realmente alternativas están teniendo lugar en terreno y el hecho que su relación con este cuerpo teórico y un examen de coherencia teórico-práctica sean aún incipientes no quiere decir que el postdesarrollo no exista. Como de Sousa Santos (2007) advierte, lo que no existe es activamente construido como no existente o como alternativa no visible o creíble ante los ojos de lo existente; con Foucault

(1973), lo no existente es todo aquello que queda fuera del espacio de lo decible, imaginable y considerable.

Por lo demás, permítanos afirmar, utilizando las palabras de Beck (1997), que este trabajo se enmarca, más allá del postestructuralismo y de cualquier debate entre enfoques para el análisis de fenómenos sociales, en la categoría de *visionario-no ficticio*. Es *visionario* porque a la auto-perpetuación del discurso del desarrollo opone la posibilidad de nuevas sociedades postdesarrollistas, basadas en valores y principios diversos y que surjan por fuera de los contornos creados por la sociedad del desarrollo. Y es *no ficticio*, porque la construcción de esta visión y del diagnóstico de la situación presente, descansa en argumentos, conceptos, modelos y datos existentes y disponibles para la elaboración de argumentos sólidos y rigurosos basados en evidencia tanto teórica como histórica.

6. BIBLIOGRAFÍA

- Ahorro, Joseph. “The Waves of Post-Development Theory and a Consideration of the Philippines” [en línea] <http://www.cpsa-acsp.ca/papers-2008/Ahorro.pdf> Recuperado: Mayo de 2009.
- Ahumada, Consuelo. (1996) *El Modelo Neoliberal y su impacto en la sociedad colombiana*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Alperovitz, Gar y Daly, Lew (2009) *Unjust Deserts*. New York: The New Press.
- Arndt, H. W (1978) *The Rise and Fall of Economic Growth*, Chicago: The University of Chicago Press.
- Arocena, José (1995). “Una aproximación a la noción de desarrollo local” En *El desarrollo local: un desafío contemporáneo*. Caracas: Nueva Sociedad. Pp. 19 – 36.
- Banco Mundial (2006) *El desarrollo y la nueva generación*. World Bank, Mundiprensa y Mayol Ediciones, S.A
- Baran, Paul (1957) *The political economy of growth*, New York: Monthly Review Press.
- _____ (1958) “On the Political Economy of Backwardness” en *The Economics of Underdevelopment*, Agarwala y Singh (eds.), págs. 75-91, Bombay, Oxford University Press.
- Beck, Ulrich (1999) *Un Nuevo mundo feliz: la precariedad del trabajo en la era de la globalización*. Barcelona: Edición Paidós (Primera edición de bolsillo, 2007)
- Bejarano, Jesus Antonio (Sin fecha) *¿Qué es el neoliberalismo? Su significado en la historia de las ideas y en la economía* [en línea] <http://eumed.net/cursecon/textos/bej-liberalismo.htm> Recuperado: junio 2010
- Carrizosa Umaña, Julio (2001) “Desarrollo y medio ambiente” en Sánchez, Jairo y Supelano, Alberto (comp.) *La Roca y las Mareas: ensayos sobre economía y ecología*. Bogotá: IDEA UN
- Castells, David. (2007) “¿Creciendo para quién? El modelo neoliberal de crecimiento económico anti-pobres.” En: *Observatorio de la Economía Latinoamericana*. N. 77. [en línea] <http://www.eumed.net/cursecon/ecolat/co/> Recuperado: marzo 2008.

- Castillo, Olga Lucia (2006) *¿David vs. Goliat? ONG y movimientos de resistencia contra la deuda externa*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Castillo, Olga Lucia (2007) “Significaciones del desarrollo (rural) y post-desarrollo” en *Revista Javeriana* Vol. 143, septiembre de 2007. pp. 16 - 23
- Castillo, Olga Lucia (2007) *El desarrollo ¿Progreso o ilusión? Aportes para el debate desde el ámbito rural*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Cavanagh, John (2009) Intervención pronunciada en un *Panel Discussion* organizada por InfoShop The World Bank, en la sede del Banco Mundial, 18th Street and Pennsylvania AV. en Washington DC. Febrero 24, 2009.
- CEPAL, Comisión Económica para América Latina y el Caribe. “Panorama Social de América Latina 2008” [en línea]
http://www.eclac.org/publicaciones/xml/2/34732/PSE2008_Cap1_Pobreza.pdf
Recuperado: Mayo de 2009.
- CLACSO. (2008) “Repensar la Teoría del Desarrollo.” en *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*. Num. 4, Enero 2008 [en línea]
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/secret/cuadernos/furtado/furtado.pdf>
Recuperado: Mayo de 2008.
- Conference on Economic Degrowth for Ecological Sustainability and Social Equity (2008) “Declaration on De-growth”. 19 April, 2008. Paris-France [en línea]
<http://www.worldinbalance.net/agreements/ec-degrowth.php> Recuperado: Mayo de 2009
- Culler, Jonathan. (1984) “Sobre la deconstrucción. Teoría y crítica después del estructuralismo.” Edición digital [en línea] <http://www.jacquesderrida.com.ar/>
Recuperado: julio de 2008.
- Deininger, Klaus; Squire, Lyn (1996) “A new data set in measuring income inequality” en *The World Bank Economic Review*. Vol. 10 Num. 3. pp. 565 - 91
- Derrida, Jaques (1975) *La diseminación*. Caracas: Fundamentos.
- _____ (1978) *Writing and Difference*. Chicago: University of Chicago Press.
- _____ (1981) *Positions*. Chicago: University of Chicago Press.
- _____ (1989) *La desconstrucción en las fronteras de la filosofía: la retirada de la metáfora*. Barcelona: Paidós.

- Derrida, Jaques (1990) *Teoría literaria y deconstrucción*. Madrid: Arco.
- Dollar, David y Kraay, Aart (2001) “Growth is good for the poor” World Bank Policy Research Working Paper No. 2587. [en línea] <http://ssrn.com/abstract=632656> recuperado: Marzo 2009.
- Eisenstadt, Shmuel Noah (1974) *Ensayos sobre el cambio social y la modernización*. Tecnos.
- Eisenstadt, Shmuel Noah (1992) *Modernización, Cambio Político y Teoría Social*. Alianza.
- Escobar, Arturo (1984) “Discourse and Power in Development, Michel Foucault and the Relevance of his work to the Third World” en *Alternatives* Vol. 10 Num. 3. pp. 377 – 400.
- _____ (1992) “Planning”, en Sachs, W (ed.) (1992) *The Development Dictionary*. Lóndres: Zed Books. pp. 112 – 145.
- _____ (1995) *La invención del Tercer Mundo, Construcción y deconstrucción del desarrollo*, Bogotá: Grupo Editorial Norma (edición de 2007)
- _____ (1997) “The making and unmaking of the Third World” en Rahnama, Majid. Bawtree, Victoria (edits). (1997) *The Post-development Reader*. New York: Zed Books. pp. 85 – 93
- _____ (1998) “Power and Visibility, Development and the invention of the Third World”, en *Cultural Anthropology* Vol. 3 Num 4 pp. 428 – 442 [en línea] <http://www.unc.edu/~aescobar/html/texts.htm> Recuperado: Marzo 2009.
- _____ (2000) “Beyond the Search for a Paradigm? Post-Development and beyond” en *Development*. Hamsphire: Palgrave Macmillan Journals. [en línea] <http://www.unc.edu/~aescobar/text/eng/434escobar.pdf> Recuperado: Mayo de 2009.
- _____ (2005) “El “postdesarrollo” como concepto y práctica social.” en Mato, Daniel (coord.) *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización*. Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela. pp. 17-31.
- _____ (2009) “Una Minga para el postdesarrollo” en *América Latina en Movimiento* (ALAI). No. 445, pp. 26 - 30.

- Esteva, Gustavo (1992) “Development” en Sachs, W (ed.) (1992) *The Development Dictionary*. Londres: Zed Books.
- _____ (2009) “Más allá del desarrollo: la buena vida” en América Latina en Movimiento (ALAI). No. 445, pp. 1 - 5
- Fagan, G.H. (1999) “Cultural Politics and (post) Development Paradigm(s)” en Munck, Ronaldo. O’Hearn, Denis (edits.) (1999) *Critical Development Theory: contributions to a new paradigm*. New York: Zed Books. pp. 178 - 195
- Fairclough, Norman. “El análisis crítico del discurso como método para la investigación en ciencias sociales.” En: Wodak, Ruth y Meyer, Michael. (2003) *Métodos de análisis crítico del discurso*. Barcelona. Gedisa; p. p 179 – 204.
- Ffrench-Davis, Ricardo (2004) Entre el neoliberalismo y el crecimiento con equidad: tres décadas de política económica en Chile. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Foucault, Michel (1972) *The Archeology of Knowledge and the discourse on language*. New York: Pantheon Books.
- _____ (1968) *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI (Trigesimosegunda edición, 2005)
- _____ (1973) *The Order of Things*. Nueva York: Vintage Books.
- _____ (1980) *Power/Knowledge*. Nueva York: Phantleon Books.
- _____ (1991a) “Politics and the Study of Discourse” en Burchell, Graham; Gordon, Colin (eds) *The Foucault Effect studies in governmentality*. Chicago: The University of Chicago Press.
- _____ (1991b) “Governmentality” en Burchell, Graham; Gordon, Colin (eds) *The Foucault Effect studies in governmentality*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Galeano, Eduardo (1997) “To be like them” en Rahnema , Majid. Bawtree, Victoria (edits). (1997) *The Post-development Reader*. New York: Zed Books. pp. 214 - 223
- García, Antonio (1972) *Atraso y dependencia en América Latina*, Buenos Aires: El Ateneo.
- Garcia, José Tomas; Garcia, Francisco; Lucas Samper, Aris. (2004) “Pensando el ‘post-desarrollo’: estrategias reversivas tras décadas de *impasse* en Sociología del

(Sub)Desarrollo” Madrid, IX Jornada de Economía Crítica [en línea]

<http://postdesarrollo.com/textos/GarciaGarciaSamperSociologiaDesarrolloImpase.pdf>

Recuperado: Mayo de 2009.

- Gómez Jiménez, Alcides. (2007) “Colombia: pobreza, crecimiento económico y desigualdad social.” En: Zorro Sánchez, Carlos (Comp.) *El desarrollo: perspectivas y dimensiones. Aportes interdisciplinarios*. Bogotá: CIDER Universidad de los Andes.
- George, Susan (1998) *A fate worse than debt*. London: Penguin Books.
- _____ (2003) *Another world is possible if...* New York: Transnational Institute.
- Gendzier, Irene (1985) *Managing Political Change. Social Scientists and the Third World*. Boulder: Westview Press.
- Gudynas, Eduardo. “El día después del desarrollo” en *América Latina en Movimiento* (ALAI) No. 445, pp. 31 – 33.
- Hamilton, Clive. (2006) *El fetiche del crecimiento*. Pamplona: Editorial Laetoli.
- Harvey, David (2004) *A brief history of Neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press.
- Hobsbawm, Eric (1994) “La Guerra Fría” en *Historia del Siglo XX*. Buenos Aires: Crítica. (10ª ed., 2007)
- _____ (1994) “Los Años Dorados” en *Historia del Siglo XX*. Buenos Aires: Crítica. (10ª ed., 2007)
- _____ (1994) “El Tercer Mundo” *Historia del Siglo XX*. Buenos Aires: Crítica. (10ª ed., 2007)
- Hoogvelt, Ankie (1996) *Globalization and the post-colonial world: The new Political Economy of Development*. Londres: Macmillan.
- Illich, Ivan (1978) *Toward a History of Needs*. New York: Pantheon Book.
- Kakwani, Nanak; Pernia, Ernesto (2000) “What is pro-poor growth” en *Asian Development Review*. Vol 16. Num. 1. pp. 1 - 22
- Kakwani, Nanak; Son, Hyun (2008) “Poverty Equivalent Growth Rate” en *Review of income and wealth*. Vol. 54. Num. 4. pp. 643 - 655
- Kay, Cristobal. (1989) *Latin American Theories of Development and Underdevelopment*. London: Routledge.

- Klasen, Stephan (2004) "In search of the Holy Grail: How to achieve pro-poor growth" en Tungodden, Bertil; Stern, Nicholas; Kolstad, Ivar. (eds.) (2004) *Towards pro-poor policies: aid, institutions and globalization*. New York: Oxford University Press.
- Kuznets, Simon (1955). "Economic Growth and Income Inequality." en *The American Economic Review*, Vol. 45, Nom. 1. pp 1-28.
- Latouche, Serge (1993) *In the wake of the Affluent Society, An exploration of post-development*. London: Zed Books.
- _____ (1996) *The Westernization of the World*. Oxford: Polity Press.
- _____ (1997) "Paradoxical Growth." En: *The Post-development Reader*. Londres: Zed Books. (Sexta Edición; 2006).
- _____ (2003) "Would the West actually be happier with less? The world downscaled." *Le Monde diplomatique*, Diciembre de 2003. [en línea] <http://mondediplo.com/2003/12/17growth> Recuperado: abril de 2009
- _____ (2004) "Why less should be so much more, Degrowth economics" *Le Monde Diplomatique*, Noviembre de 2004. [en línea] <http://mondediplo.com/2004/11/14latouche> Recuperado: abril de 2009
- _____ (2006) "How do we learn to want less? The globe downshifted." *Le Monde Diplomatique*, Diciembre de 2006, [en línea] <http://mondediplo.com/2006/01/13degrowth> Recuperado: abril de 2009
- _____ (2007) "“¡Necesitaremos treinta planetas como éste!” La Vanguardia, Marzo 2007. Entrevista de Víctor M. Amela a Serge Latouche [en línea] http://www.lavanguardia.es/premium/publica/publica?COMPID=51310728507&ID_PAGINA=3746&ID_FORMATO=9&turbourl=false Recuperado: abril de 2009.
- Leys, Colin (1996) *The Rise and Fall of Development Theory*. Indiana: James Currey.
- Lewis, W. Arthur (1955) *The Theory of Economic Growth*. Illinois: R.D. Irwin
- Max-Neef, Manfred (1984) *Economía Descalza*. Nordan
- Max-Neef, Manfred (1986) *Desarrollo a escala humana, una opción para el futuro*. Cepaur: Fundación Dag Hammarskjold

- _____ (1997) “Economía, humanismo y neoliberalismo” en *Participación Popular: retos del futuro* [en línea] <http://www.scribd.com/doc/5271502/ECONOMIA-HUMANISMONEOLIBERALISMO-MAX-NEEF> Recuperado: mayo 2010.
- _____ (2006) “El poder de la globalización” en *Revista Futuros*, Vol. 4, No. 14
- Manzo, K. (1991) “Modernist Discourse and the crisis of development theory” en *Studies of Comparative International Development*, Vol. 26, No. 2
- Munck, Ronaldo. O’Hearn, Denis (eds.) (1999) *Critical Development Theory: contributions to a new paradigm*. New York: Zed Books.
- Munck, Ronaldo (1999) “Decostructing Development Discourses: of impasses, Alternatives and Politics” en: Munck, Ronaldo. O’Hearn, Denis (eds.) (1999) *Critical Development Theory: contributions to a new paradigm*. New York: Zed Books.
- Nederveen Pieterse, Jan (1998) “My Paradigm or Yours? Alternative Development, Post-Development, Reflexive Development” en *Development and Change* Vol. 29 (1998). Oxford: Blackwell Publishers Ltd. [en línea] <http://classshares.student.usp.ac.fj/GE402/development%20thinking/Post-Development.pdf> Recuperado: Mayo de 2009.
- Nafziger, E. Wayne (2004) *Economic Development*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Nurske, Ragnald (1953) *Problems of capital formation in Underdeveloped Countries*. Oxford: Oxford University Press.
- Peet, Richard; Hartwick, Elaine (1999) *Theories of Development*. New York: The Guilford Press.
- Perez, Francisco (2007) “Crecimiento y desempleo en cuatro actos” en *UN Periódico*, domingo 9 de septiembre de 2007.
- Perreti, Cristina (1989) *Jaques Derrida: Texto y deconstrucción*. Barcelona: Anthropos.
- _____ (1998) “Deconstrucción” en Ortiz-Osés, A.; Lanceros, P. *Diccionario de Hemenéutica*. Bilbao: Universidad de Deusto Edición digital [en línea] <http://www.jacquesderrida.com.ar/> Recuperado: Julio de 2008.

- Platsch, Carl (1981) “The Three Worlds or the Division of Social Scientific Labor circa 1950 – 1975” en *Comparative Politics in Society and History*; 23 (4). pp. 565 – 590.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD. “Desarrollo Humano: Índice de Desarrollo Humano.” [en línea] <http://www.pnud.org.co/sitio.shtml?apc=aBa020081--&volver=1> Recuperado: Mayo de 2009
- Rahnema, Majid (1991) “Global Poverty. A Pauperizing Myth” en *Interculture* Vol. 24 (2); Montreal
- _____ (1992) ‘Poverty’ in W. Sachs (ed) *The Development Dictionary*, London: Zed. pp. 158-176.
- Rahnema, Majid. Bawtree, Victoria (edits). (1997) *The Post-development Reader*. New York: Zed Books.
- Rahnema, Majid. (1997) “Towards Post-development: Searching for Signposts, a New Language and New Paradigms” en Rahnema, Majid. Bawtree, Victoria (edits). (1997) *The Post-development Reader*. New York: Zed Books. pp. 377 – 404
- _____ (2006) “Reflexiones sobre la pobreza”. CIEPAC: Entrevista con Majid Rahnema por Luca Martinelli. Julio 4 de 2006. Milán-Italia. [en línea] <http://www.ciepac.org/boletines/chiapasaldia.php?id=509> Recuperado: Mayo de 2009.
- Ravallion, Martin; Chen, Shauhua (2003) “Measuring Pro-poor growth” en *Economics Letter*. Vol. 78. Num. 1. pp. 93 – 99.
- Rick, Rowden (2009) Intervención pronunciada en un *Panel Discussion* organizada por InfoShop The World Bank, en la sede del Banco Mundial, 18th Street and Pennsylvania AV. en Washington DC. Febrero 24, 2009.
- Ricardo, David (1817) *On the Principles of Political Economy and Taxation*. London: John Murray.
- Rist, Gilbert (2004) *The History of Development from Western Origins to Global Faith*. New York: Zed Books. (Edición Nueva, revisada y expandida)
- Rostow, W. W. (1960) *The Stages of Economic Growth: A non-Comunist Manifesto*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Roszak, Theodore. (1973) “Introduction” en: Schumacher, E.F. (1973) *Small is beautiful: economics as if people mattered*. New York: Harper and Row publishers. Pp. 1 – 9

- Sachs, Wolfgang (edit). (2007). *The Development Dictionary: a guide to knowledge as power*. London: Zen Books.
- Sachs, Wolfgang (1997). “Archeology of the idea of Development” en *Revista Envio, Central American University*. Número 194, Septiembre 1997 [en línea]
<http://www.envio.org.ni/articulo/2040> Recuperado: Mayo, 2009.
- _____ (1998) “La anatomía política del “desarrollo sostenible” en Álvarez, Jairo y Cárdenas, Martha (1998) *Las gallinas de los huevos de oro –debate sobre el concepto de desarrollo sostenible-*. Bogotá: CEREC. pp. 15 – 43.
- Sarmiento, Eduardo (1998) *Alternativas a la encrucijada neoliberal*. Bogotá: ECOA, ACE y Editorial Escuela Colombiana de Ingeniería.
- _____ (2005) *El nuevo paradigma de la estabilidad, El crecimiento y la distribución del ingreso*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- _____ (2008) *Economía y Globalización*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Schumacher, E.F. (1973) “The Third World” en: Schumacher, E.F. (1973) *Small is beautiful: economics as if people mattered*. New York: Harper and Row publishers. pp. 154 – 208
- Sánchez W. (2004) *Análisis Crítico del Discurso: una aproximación*. Bogota. PUJ / CUA.
- De Sousa Santos, Boaventura (1995) *Toward a New Common Sense: Law, Science and Politics in the Paradigmatic Transition*. New York: Routledge.
- _____ (2007) *The Rise of the Global Left*. Zed Books, Londres, 2007.
- Sen, Amartya (1999) *Desarrollo y Libertad*. Barcelona: Planeta.
- Sennet, Richard (1998) *La corrosión del carácter: las consecuencias del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Editorial Anagrama. (Novena edición, 2006)
- _____ (2006) *La cultura de nuevo capitalismo*. Barcelona: Editorial Anagrama
- Silva, Omer (2002) “El análisis del Discurso según Van Dijk y los estudios de la comunicación.” en *Revista Razón y Palabra*, Núm. 26 [en línea]
<http://www.cem.itesm.mx/dacs/publicaciones/logos/anteriores/n26/osilva.html>
Recuperado: mayo de 2009.

- Slater, David (1992) “Theories of development and politics of the post-modern. Exploring a border zone” en *Development and Change*, Vol. 23, No. 3. Pp 283 - 319
- _____ (1993) “The geopolitical imagination and the enframing of development theory” en *Transactions of the Institute of British Geographers*, New Series, Vol. 18, No. 4. pp. 419-437
- Son, Hyun (2007) “Interrelationship between growth and poverty: the Asian experience” en *Asian Development Review*, Vol. 24, No. 2. Pp. 37 - 63
- Stallings, Barbara (1994) “La influencia internacional en las políticas económica: deuda, estabilización y reforma estructural” en Haggard, Stephen y Kaufman, Robert (comp.) *La política de ajuste económico: las restricciones internacionales, los conflictos distributivos y el Estado*. Bogotá: Cerec.
- Stiglitz, Joseph. (1998) “Towards a New Paradigm for Development: Strategies, Policies, and Processes” Ponencia presentada el 19 de octubre de 1998 en la Lectura Prebisch en la UNCTAD. Ginebra. [en línea]
<http://siteresources.worldbank.org/CDF/Resources/prebisch98.pdf> Recuperado: mayo de 2009.
- Thirlwall, A.P (2003) “The Study of Economic Development” en: *Growth and Development* (Séptima Edición). Londres: Palgrave MacMillan. Pp. 3 - 24
- _____ (2003) “The characteristics of underdevelopment and structural change” en: *Growth and Development* (Séptima Edición). Londres: Palgrave MacMillan. Pp. 71 - 124
- _____ (2003) “Theories of Economic Growth” en: *Growth and Development* (Séptima Edición). Londres: Palgrave MacMillan. Pp. 126 – 183
- Thwaites Rey, Mabel (2010) “La globalización y su crisis: el contexto actual de la crisis mundial” en *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano* (CLACSO). Buenos Aires.
- Todaro, Michael. (1977) *Economic development in the third world, an introduction to problems and policies in a global perspective*. London: Longman.
- Todaro, Michael. Stephen, Smith. (2006) *Economic Development*. Boston: Pearson Addison Wesley.

- Truman, Harry S. (1949) Inaugural Address (Discurso Inaugural) dictado el jueves 20 de enero de 1949 [en línea] <http://www.bartleby.com/124/pres53.html> Recuperado: junio de 2010.
- Tucker, Vincent (1999) “The Myth of Development: A critique of an Eurocentric Discourse” en Munck, Ronaldo. O’Hearn, Denis (edits.) (1999) *Critical Development Theory: contributions to a new paradigm*. New York: Zed Books. pp. 1 - 26
- Tungodden, Bertil; Stern, Nicholas; Kolstad, Ivar. (eds.) (2004) *Towards pro-poor policies: aid, institutions and globalization*. New York: Oxford University Press
- Uribe López, Mauricio. (2007) “Tres falacias sobre la relación entre macroeconomía y pobreza.” En: Zorro Sánchez, Carlos (Comp.) *El desarrollo: perspectivas y dimensiones. Aportes interdisciplinarios*. Bogotá: CIDER Universidad de los Andes.
- Wallerstein, Immanuel. (1984) “The Development of the Concept of Development” en *Sociological Theory*, Vol. 2 (1984), pp. 102-116. American Sociological Association. [en línea] <http://www.jstor.org/stable/223344> Recuperado: Octubre de 2008
- Wodak, Ruth. “El enfoque histórico del discurso”. En: Wodak, Ruth y Meyer, Michael. (2003) *Métodos de análisis crítico del discurso*. Barcelona. Gedisa; p. p 101 – 142.
- Zaman, Hassan (2009) Intervención pronunciada en un *Panel Discussion* organizada por InfoShop The World Bank, en la sede del Banco Mundial, 18th Street and Pennsylvania AV. en Washington DC. Febrero 24, 2009.
- Zygmunt, Bauman (2000) Trabajo, consumismo y nuevos pobres. Barcelona: Gedisa (Segunda reimpresión, 2005)
- Zorro Sánchez, Carlos (Comp.) (2007) El desarrollo: perspectivas y dimensiones. Aportes interdisciplinarios. Bogotá: CIDER.

7. ANEXOS

Anexo # 1

Foucault: el desarrollo como objeto de discurso.

En la segunda parte de su obra *L'Archéologie du Savoir* publicada por primera vez en 1969 en francés, titulada –en la versión anglosajona (1972)- “The Discursive Regularities”, Foucault define las condiciones de existencia de un objeto de discurso. Define como primera medida tres diferentes niveles o ejes que designan la emergencia de una formación discursiva, o más concretamente, de un objeto de discurso: a) Superficies de Emergencia (*surfaces of emergence*); b) Autoridades de delimitación (*authorities of delimitation*); y c) coordenadas de especificación (*grids of especificaciones*). A continuación, de manera complementaria presentaré brevemente cada uno de estos tres ejes en diálogo con el objeto de estudio de esta investigación, el Desarrollo entendido como discurso. Si lugar a dudas, siendo consistentes con el enfoque seleccionado, cada uno de estos tres ejes se tuvieron en cuenta, como se verá en capítulos posteriores, a la hora de identificar y aproximarse al desarrollo como un objeto discursivo en sí mismo y como un discurso en general.

- a) **SUPERFICIES DE EMERGECIA:** Se refiere a los campos de diferenciación inicial del objeto de discurso, diferenciación que puede ser tanto frente a usos pasados del mismo objeto como a otros objetos relacionados con el mismo, estableciendo así discontinuidades y distanciamientos. En este sentido se entiende como superficie de emergencia el lugar (no físico) donde a la noción de desarrollo se le otorga un nuevo estatus tomando la forma de objeto de formación discursiva. Así, el nuevo contexto histórico y político que resulta del fin de la Segunda Guerra Mundial, la nueva posición de los Estados Unidos en el concierto de las naciones y en los equilibrios internacionales de poder, y la nueva condición, posición, representación e identidad del Tercer Mundo – tras su invención- resultan tres niveles centrales a la hora de delimitar las superficies de emergencia. Cada uno de estos tres niveles se describen con mayor detalle en la introducción y en el capítulo segundo a la hora de profundizar en la manera en que el desarrollo se entiende como un discurso.
- b) **AUTORIDADES DE DELIMITACIÓN:** Se refiere a las principales autoridades de la sociedad que delimitan, designan, denominan y establecen el objeto de discurso; en este caso, aquellas autoridades que instituyen y legitiman al desarrollo como un objeto que dará vida a una formación discursiva y una realidad social nueva. Para efectos de este objeto de discurso y de esta investigación, se identificó un amplio y contundente aparataje institucional que va desde el nivel internacional/multilateral de las Instituciones Internacionales Financieras y las Naciones Unidas, hasta el nacional y local de los Ministerios de Planeación Nacional y Agencia Locales de Desarrollo de muchos países

del recién bautizado Tercer Mundo. Esta explosión de autoridades de delimitación del desarrollo como objeto de discurso se presenta en el trabajo, bebiendo de Escobar (1995), como *institucionalización del desarrollo*. Paralelamente hay una puesta al servicio de la delimitación de este objeto de otro tipo de autoridades tales como centros de construcción y propagación del conocimiento que incluyen a algunos de las universidades más prestigiosas del mundo, algunos *think-tanks* de reconocimiento e impacto internacional, universidades y escuelas nacionales e inclusive algunas locales, así como los departamentos de *research* de las mismas Instituciones Financieras Internacionales. En la investigación este proceso de delimitación y legitimación del desarrollo desde centros de investigación académicos y construcción teórica se denominó, también bebiendo de Escobar, como *profesionalización del desarrollo*. En ambas, *institucionalización* y *profesionalización*, se profundiza en la introducción y en el capítulo segundo.

- c) **COORDENADAS DE ESPECIFICACIÓN:** Se refiere al sistema de acuerdo al que las diferentes sociedades, naciones o países son contrastados y relacionados entre sí, así como clasificados y agrupados por parte del discurso del desarrollo. Como se presenta en el análisis, las múltiples mutaciones que tuvieron lugar luego de la Segunda Guerra Mundial, permitieron reorganizar, dentro del espacio discursivo creado por el desarrollo, el sistema de acuerdo al que se contrastan, relacionan, clasifican y agrupan las diferentes sociedades. El desarrollo, de la mano del sub-desarrollo, pasó a ser el referente clave de organización y reorganización del sistema internacional, y de la representación y re-representación de la identidad de los pobladores de los diferentes sectores del sistema.

Anexo # 2

Punto IV de Discurso Inaugural del Presidente Harry S. Truman

Jueves 20 de Enero de 1949

Fourth, we must embark on a bold new program for making the benefits of our scientific advances and industrial progress available for the improvement and growth of underdeveloped areas.

More than half the people of the world are living in conditions approaching misery. Their food is inadequate. They are victims of disease. Their economic life is primitive and stagnant. Their poverty is a handicap and a threat both to them and to more prosperous areas.

For the first time in history, humanity possesses the knowledge and the skill to relieve the suffering of these people.

The United States is pre-eminent among nations in the development of industrial and scientific techniques. The material resources which we can afford to use for the assistance of other peoples are limited. But our imponderable resources in technical knowledge are constantly growing and are inexhaustible.

I believe that we should make available to peace-loving peoples the benefits of our store of technical knowledge in order to help them realize their aspirations for a better life. And, in cooperation with other nations, we should foster capital investment in areas needing development.

Our aim should be to help the free peoples of the world, through their own efforts, to produce more food, more clothing, more materials for housing, and more mechanical power to lighten their burdens.

We invite other countries to pool their technological resources in this undertaking. Their contributions will be warmly welcomed. This should be a cooperative enterprise in which all nations work together through the United Nations and its specialized agencies wherever practicable. It must be a worldwide effort for the achievement of peace, plenty, and freedom.

With the cooperation of business, private capital, agriculture, and labor in this country, this program can greatly increase the industrial activity in other nations and can raise substantially their standards of living.

Such new economic developments must be devised and controlled to benefit the peoples of the areas in which they are established. Guarantees to the investor must be balanced by guarantees in the interest of the people whose resources and whose labor go into these developments.

The old imperialism—exploitation for foreign profit—has no place in our plans. What we envisage is a program of development based on the concepts of democratic fair-dealing.

All countries, including our own, will greatly benefit from a constructive program for the better

use of the world's human and natural resources. Experience shows that our commerce with other countries expands as they progress industrially and economically.

Greater production is the key to prosperity and peace. And the key to greater production is a wider and more vigorous application of modern scientific and technical knowledge.

Only by helping the least fortunate of its members to help themselves can the human family achieve the decent, satisfying life that is the right of all people.

Democracy alone can supply the vitalizing force to stir the peoples of the world into triumphant action, not only against their human oppressors, but also against their ancient enemies—hunger, misery, and despair.

On the basis of these four major courses of action we hope to help create the conditions that will lead eventually to personal freedom and happiness for all mankind.